



SCME
SOCIEDAD CIENTÍFICA
MEXICANA DE ECOLOGÍA

Naturaleza, sueños y magia

Cuentos mexicanos para
conocer y cuidar al planeta



Volumen 2

Naturaleza, sueños y magia. Cuentos mexicanos para conocer y cuidar al planeta.

Ana De Luca, Judith Vilchis, Ileri Suazo-Ortuño, coordinadoras

Sociedad Científica Mexicana de Ecología

México

2023

Diseño de cubierta: Carolina Barcena

Corrección de estilo: Isela Hinojoza

Este libro es de dominio público y gratuito. Puede ser descargado, compartido, reproducido y distribuido sin restricciones, siempre y cuando se cite la fuente original y no se utilice con fines comerciales.

Este libro es un trabajo colectivo inédito en el país. Es el resultado de un gran esfuerzo que combina creatividad y conocimiento certero del mundo, en el que confluye la imaginación entusiasta de personas de distintas regiones de México, de las ciudades, de las costas, de la sierra, de las planicies y muchos otros rinconcitos hermosos y gloriosos de este país.

Su propósito es hacer posible con alegría y entusiasmo un libro para las y los niños, así como para aquellos adultos que decidieron no dejar jamás su añorada niñez. No nos queda duda que aquí no solo se escribieron cuentos, sino que se escribió una carta al futuro lleno de esperanza.

Queremos expresar nuestro más profundo agradecimiento a cada una de las personas que colaboraron de distintas maneras en el libro, a quienes escribieron cuentos, realizaron ilustraciones, así como a las y los científicos de la Sociedad Científica Mexicana de Ecología que brindaron los datos y la información con los cuales la fantasía pudo volar sobre terreno seguro.

Queremos agradecerle a Carolina Bárcena por las hermosas ilustraciones que engalanan la portada de este libro.

A Isela Hinojoza que con tanto cuidado realizó la corrección de estilo de los cuentos.

A Rebeca Lomelí y a Naomi Campos por su esmero en el trabajo logístico y administrativo.

Y a pgiovas, empresa que formó el libro y lo convirtió a formato digital.

Atentamente,

*Las coordinadoras: Ana De Luca, Ireri Suazo-Ortuño, Judith Vilchis
La Sociedad Científica Mexicana de Ecología.*

Queridas niñas y queridos niños de México y del mundo:

Queremos hablarles de este libro de cuentos, de las lindas historias escritas e ilustradas aquí para ustedes con mucho amor, con alegría. Este es un libro que habla de nosotras las personas que vivimos, que soñamos, que queremos hacer de este un mundo dulce y hermoso, un mundo en el que todas las personas quepan, en el que podamos ser felices. Un mundo donde los árboles se llenen de pajaritos y de flores, en el que los animales se sientan queridos y cuidados, en el que los ríos estén llenos de peces. Un lugar en donde respiremos aire limpio y el agua pura llegue a nuestras casas. Un mundo en el que los grillos y las ranas sigan cantando por siempre, en el que oigamos el sonido arrullador del mar, de los ríos, del viento y de la lluvia suave que nos permite vivir y soñar.

Cada uno de estos cuentos ha sido pensado para ustedes, cada uno de ellos es una invitación para dejarse llevar por la imaginación, para sentir que la imaginación todo lo puede, y que se puede viajar, conocer otros mundos incluso sin movernos de lugar. Aprenderemos que hay otras formas de vivir y sentir, que se puede hablar con los árboles, escuchar a los animales, oír a quienes nos rodean y escuchar nuestra propia voz, aquella que viene de nuestro interior. Cada uno de estos cuentos es una emocionante aventura, una fiesta de colores, una invitación a experimentar con los sentidos. Es un llamado a asumir la vida con una esperanza activa y creativa que haga posible no solo pensar en un mundo mejor, sino a hacerlo posible.

A lo largo de los dos tomos de este libro, conoceremos a algunos de los personajes más fascinantes y representativos de nuestro querido México. Estamos hablando de los totipotentes ajolotes, de las traviesas gotitas de agua, del majestuoso desierto, esos seres maravillosos que pueblan nuestro país y esa cultura nuestra que nos llena de orgullo. Cada página es una invitación a enamorarse aún más de nuestra maravillosa tierra y su gente. Aprenderemos que esa naturaleza y esa cultura, grandes tesoros del país, están sufriendo daños pero que no todo está perdido pues guardamos lo más importante. ¿Sabes qué es? Es nuestra esperanza, nuestros sueños y nuestra voluntad para defender lo que más atesoramos. Aprendiendo a cuidar y a cuidarnos, a unir nuestra fuerza colectiva, estaremos asegurando un presente y un futuro lleno de vida, de ternura y de magia.

Te invitamos a leer las historias dentro de estos dos volúmenes. Aquí encontrarás un cuento para toda ocasión. No hay un orden para leerlas, pueden empezar por las primeras o por las últimas. Hay un cuento para los días lluviosos, para los días soleados, para los días tristes y los alegres también. Cuentos para antes de dormir, o después de una siesta, para leerse boca arriba, boca abajo, de lado, y bajo las estrellas. Las puedes leer después de una marometa, sacando la lengua y sosteniéndote de solo un pie.

No esperes más, que la imaginación y el amor nos conduzcan en esta hermosa aventura.

Con mucho cariño,

Ana De Luca, Ileri Suazo-Ortuño, Judith Vilchis.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

CARTA DE BIENVENIDA

1. LOLA, LA BOBA

Alicia González Rodiles Villarreal

Autora e ilustradora: Kenia Daniela Reyes Ochoa

Científica asesora: Laura Roxana Torres Avilés

2. ¿POR QUÉ AQUÍ NO HAY ÁRBOLES?

Cristina Martínez Garza

Ilustradora: Romina Díaz Martínez

3. UN CUMPLEAÑOS DIFERENTE

Elisabet Wehncke

Autora e ilustradora: Clara María Hereu

4. LA CASA DE CROCO

Laura Yáñez Espinosa

Ilustradora: Luz Aurora Valdez Yáñez

5. TEPORINGO... ¿Y ESOS PUNTOS COLORIDOS?

Lizet Arellano Díaz

Autora e ilustradora: Yolanda Arellano Díaz

6. CARLITOS Y LOS MURCIÉLAGOS

Cecilia Cabello Melgarejo

Autora e ilustradora: Sandra Álvarez Betancourt

Científicos asesores: Mariana Yólotl Álvarez Añorve y Luis Daniel Avila Cabadilla

7. RASCANDO LA TIERRA

Fernando Jiménez Moreno

Autor: Luis Daniel Olivares Martínez

Autora e ilustradora: Enedely Vargas Muñoz

8. NATI LA NUTRIA

Evodia Silva Rivera

Autor e ilustrador: Luis David Pérez Gracida

Científico asesor: Pablo César Hernández Romero

9. EL GUARDIÁN DE LOS VOLCANES

Luis Miguel López Díaz

Ilustradora: Catalina López Ortíz

10. EL RESCATE DE NAZARI

Oriana Ramirez Sanchez

Autora e Ilustradora: Maria de la Luz Delgado Gómez

11. CUENTOS DE LUNA

Autora e ilustradora: María Villegas Ledesma

12. TRES TEXTOS DE PROSA POÉTICA Y POESÍA

Mariana Benítez

Ilustradora: Emilia Abarca Tortolero

13. DENTRO DE UNA PLANTA

Autora e ilustradora: Mariana Rios Londoño

14. EL VIAJE DE RUFINO

Maribel Arenas Navarro

Autora: Jhenifer Reyes Galvez

Científico asesor: Gabriel López Segoviano

Ilustradores: Laura Dennise Meza Lecuona y Manuel Alejandro Arenas Navarro

15. ZIGZAG HUASTECA

Autor e ilustrador: Juan Miguel Moran Ramirez

16. LOS MAMÍFEROS HERBÍVOROS DE LA SELVA LACANDONA

Nury Monzerrat Alfaro Díaz

Científico asesor: Eduardo Mendoza Ramírez

Ilustradores: Nury Monzerrat Alfaro Díaz y Joaquín Eng Ponce

17. DESCUBRIENDO A LOS AMIGOS Y ENEMIGOS MICROSCÓPICOS DE LAS PLANTAS

Pamela Helué Morales Sandoval

Científicos asesores: Sergio de los Santos Villalobos y Fannie Isela Parra Cota

Ilustradora: María Edith Ortega Urquieta

18. TENOCH Y EL MONSTRUO DE AGUA

Paulina Cortés Sánchez

Ilustrador: Rallase

19. EL ENCUENTRO DE ANHÁTAPU

José Roberto Morales Vásquez

Científica asesora: Patricia Valentina Carrasco Carballido

Ilustradora: Jezabel Danaeh Flores Martínez

20. MIS AMIGAS ESPONTÁNEAS

Sandra Escobar Colmenares

Donají López Flores

Ilustradoras: Laura Escobar Colmenares y Sandra Escobar Colmenares (título)

21. UNA TORTUGA LLAMADA LORA

Santiago García Nava

Científica asesora: Alma Delia Nava Montes

Ilustradora: Vanessa Matamoros Nava

22. EXPERIENCIAS MARINAS DEL CAMBIO CLIMÁTICO

Ángel Scarry González Cruz

Autora e ilustradora: Laura Margarita Cruz Gómez

Autor: Sergio Scarry González Peláez

23. SEMILLAS EN EL DESIERTO

Silvia Margarita Carrillo Saucedo

Ilustradoras: Gabriela Uribe Lizardo y Sarahí Alfaro Guzmán

24. FILLIP... SE FUE DE PINTA

Silvia Ramírez Chávez (AylisRamírez)

Ilustrador: Luis Enrique Martínez Ramírez (Chroma)

25. LUGARES VERDES

Autora e ilustradora: Tamara Del Moral

26. CRECIMIENTO DE UN ÁRBOL

Patricia Valentina Carrasco Carballido

Patricia Eugenia Carballido Díaz

Autora e ilustradora: Valentina Luz Carrasco Carballido

27. RHIZO EL MANGLE

Valeria Itzel Moreno Contreras

Autor e ilustrador: Noé Fabián Corral Rodríguez

28. ALLÁ EN EL PARQUE VIVE UN CACO LLAMADO TLACO

Miguel Ángel Torhton Granados

Científico asesor: Juan A. Cervantes Pasqualli

29. LAS HISTORIAS DEL MAESTRO MEZCALERO

Ivan Nabor Terres Mata

Científica asesora: Liliana Márquez Benavides

Ilustradora: Maria Fernanda Centeno Roque

30. NUESTRO BOSQUE ESTÁ CAMBIANDO

Guadalupe Pacheco Aquino

Víctor Aguirre Hidalgo

Ilustrador: Christian Carreño Rojas

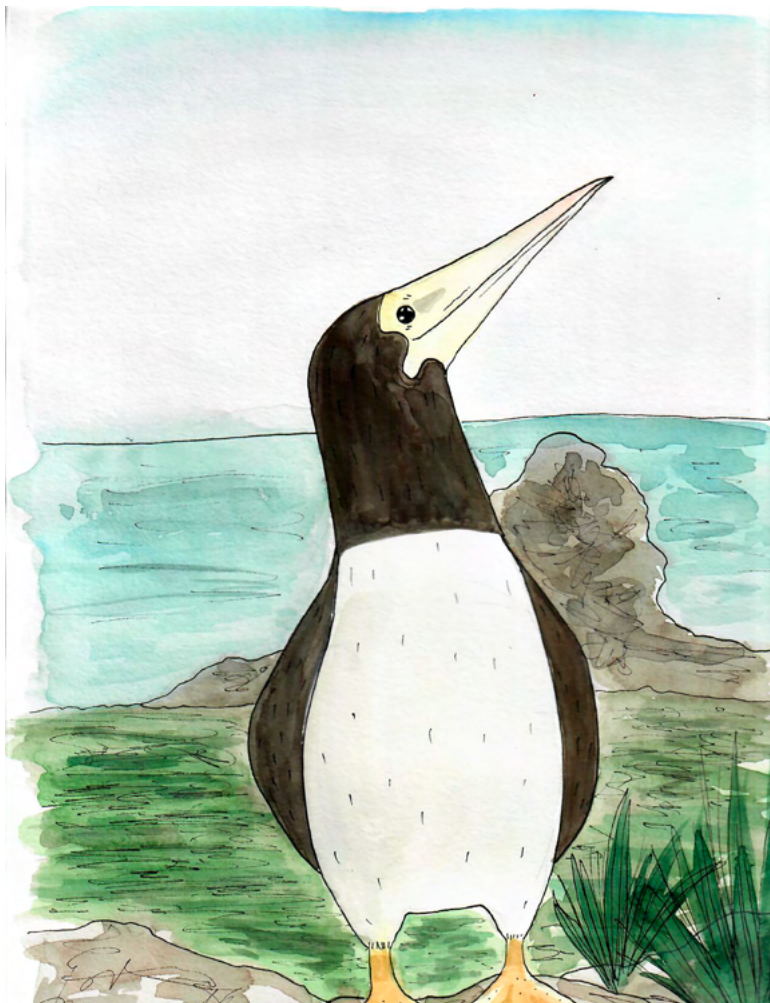
31. UN BUEN TRATO ENTRE HORMIGAS Y PLANTAS

Autora e ilustradora: Nancy Vargas Cortés

Científica asesora y autora: Karina Boege Paré

LOLA, LA BOBA
Alicia González Rodiles Villarreal
Autora e ilustradora: Kenia Daniela Reyes Ochoa
Científica asesora: Laura Roxana Torres Avilés

LOLA, LA BOBA



¡Hola! Soy Lola y soy un bobo café, vivo en unas islas chiquititas del Océano Pacífico en las costas de México llamadas Islas Marietas. Hoy quiero contarte sobre mi hábitat y mi comunidad.

Hace muchos años los humanos que vivían ahí las llamaron Islas Tintoque y fueron un lugar sagrado para ellos. Hoy lo siguen siendo, pues son un Área Natural Protegida. Esto significa que existen leyes que las protegen y a todos los animalitos y plantas que vivimos ahí.

En Marietas el Sol sale tras las montañas y se pone sobre el mar. Al amanecer, las aves marinas saludamos volando al Sol, estiramos nuestras alitas, limpiamos nuestras plumas y jugamos, así nos preparamos para empezar nuestro día.

Hay aves chiquitas, otras grandes; hay de patas azules, verdes o amarillas; aves bailadoras y clavadistas. Todas nos vemos, cantamos y volamos diferente. Aunque todas encontramos nuestra comida en el mar porque comemos pececitos, algunas, como los bobos y los pelícanos, somos excelentes nadadoras.

Volamos sobre el mar y cuando vemos un pez, de un clavado, lo atrapamos con nuestro pico y nos lo zampamos completo. Las que no saben nadar, pero que son excelentes navegantes del viento, vuelan bajito pegaditas al mar y agarran al primer pez despistado que brinque fuera del agua; a veces, nos roban la comida que pescamos, son como piratas de los cielos y las llaman fragatas.

Otras, como las gaviotas, son más tragonas y comen muchas cosas diferentes, como cangrejos, pececitos, huevos y hasta basura. Cada una de nosotras es especial e importante para el equilibrio de nuestra isla en la que vivimos como una gran familia.





Desde hace tiempo, cuando pescamos encontramos pocos peces y, al tirarnos clavados, nos atoramos en las redes de pesca de los humanos, junto con nuestros amigos los delfines y las tortugas.

Cada vez hay más plástico flotando en nuestro mar, a veces pensamos que es un pez y nos lo comemos, otras veces nos atoramos en él. El plástico nos hace mucho daño. Al mar lo contaminan y destruyen los humanos cuando derraman petróleo, talan los manglares para construir hoteles y campos de golf, también cuando pescan demasiados peces o tiran su basura y su mugre al mar.



Las personas, las aves y todos los animales dependemos de la naturaleza y del mar para tener aire fresco, agua limpia y alimentos nutritivos, pero las cosas están cambiando porque los humanos destruyen la naturaleza.

¡Tú puedes ayudarnos! Llevándote la basura de la playa, comprando sólo lo que necesites a personas de tu comunidad, diciendo "no" al plástico y cambiándolo por bolsas y botellas reutilizables, andando más en bicicleta, cuidando a los corales al no usar bloqueador solar tóxico y contándole a tus amigos y familia sobre los animales marinos y cómo pueden ayudarnos.

Y recuerda: en el mar la vida es más sabrosa. Juntos podemos hacer de este mundo un hogar donde todos seamos felices como lombrices.



¿POR QUÉ AQUÍ NO HAY ÁRBOLES?

Cristina Martínez Garza

Ilustradora: Romina Díaz Martínez

¿POR QUÉ AQUÍ NO HAY ÁRBOLES?

En la selva hay muchos árboles. Los árboles son muy altos, apenas alcanzas a ver unos puntitos de Sol pasando entre las hojas. Si miras con cuidado, notarás que los árboles están llenos de animales de muchos colores y formas: aves, arañas, orugas, mariposas, hormigas, escarabajos; escuchas a las chicharras, pero ¡no puedes verlas! Si observas atentamente podrás encontrar la ropa que han dejado atrás.



Los monos pasan aullando entre las ramas y, a veces, se quedan mirándote y piensan mientras comen hojas y frutos: "¿Qué haces ahí abajo?"



También, las aves gritan, unas más que otras: "¡Este árbol es mío!" Ves muchos insectos volando y también hay semillas con alas. Hay árboles tan grandes que necesitan paredes para sostener sus troncos, muros que podrían formar una casa.



Cuando las hojas caen, forman colchones en el suelo, suaves colchones por donde puedes caminar. Pero debes tener cuidado porque esas hojas en el suelo también están llenas de vida: más arañas, orugas, hormigas, escarabajos, milpiés, ratoncitos.

Cerca de los árboles, entre los muros que sostienen los inmensos troncos, duermen las serpientes. ¡Ssh, no las despiertes! Tienen mal carácter.



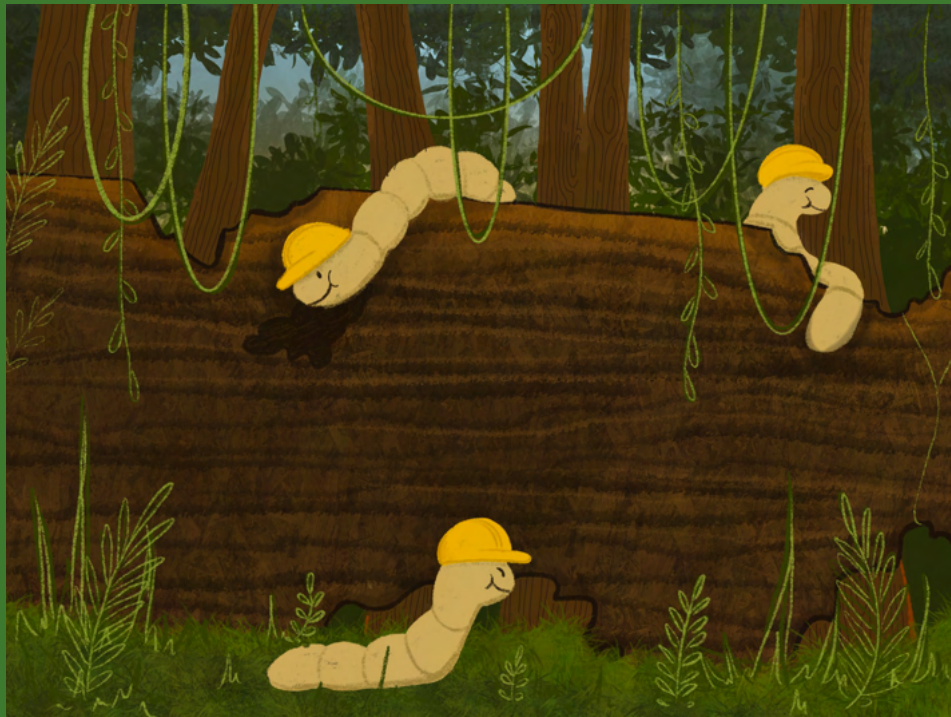
Cuando la lluvia viene, se queda jugando en cada hoja, algunas hojas caen con las gotas que usan de alfombras mágicas y las verás planeando; a veces, las gotas se tardan mucho en bajar y lo hacen despacito, por los troncos de los árboles.

Pero entonces comienza a caer más agua, las gotas se empujan unas a otras porque ya todas las hojas están ocupadas y entonces comenzarán a caer hasta el piso, con un ruidito tranquilizador.

Los grandes árboles de la selva, los reyes, tienen coronas y las coronas se llenan de agua más vida, más insectos y también renacuajos y ranas.



Con tanta agua en hojas y en las coronas, un árbol cayó, es una pared que tendrás que escalar: los bebés de los insectos de grandes antenas ya se apresuran a quitarlo del camino, pero el árbol es muy grande, llevará su tiempo.



Apresura el paso porque en la selva oscurece mucho antes y ya comienzan a salir las luciérnagas.

De regreso en la ciudad, te preguntas ¿por qué aquí no hay árboles?

Las calles son grandes, hay pavimento por todos lados y apenas unos pocos pastitos y hierbas tratando de sobrevivir en alguna grieta. No hay quien detenga al Sol que quema.

La lluvia llega pronto, no tiene donde detenerse a jugar, no hay coronas que pueda llenar.

Hay algunas macetas con flores de colores y puedes ver una abeja. Hay mucho ruido de coches y camiones y no escuchas a la abeja, aunque sabes que está zumbando.

¡Un cuadro de tierra en el cemento! Un pequeño arbolito está creciendo ahí y tira unas pocas hojas que alguien barre rápidamente.



¡Yo voy a sembrar un árbol! Debe haber lugar en el parque junto a los juegos, y cuando llueva, las gotas se quedarán a jugar entre sus hojas y el Sol se tardará en alcanzar el suelo.

Las aves, arañas, orugas, mariposas, hormigas y escarabajos tendrán un hogar, ¡y espero que nadie barra las hojas!

Un cumpleaños diferente

Juan está feliz. Hoy cumple 12 años y por fin su sueño se hará realidad. Como regalo, Juan le pidió a sus padres ir a visitar la ciudad de La Paz para conocer al gran tiburón ballena.

Es su animal favorito y desde que supo lo manso y amistoso que es, no dudó en pedirles que lo llevaran a una excursión para nadar junto a uno de ellos.

Cuando les dije lo que tanto deseaba, sus padres pensaron que era una broma.

—¿Que quieres nadar con un tiburón? ¿Te has vuelto loco? —dijo su mamá preocupada.

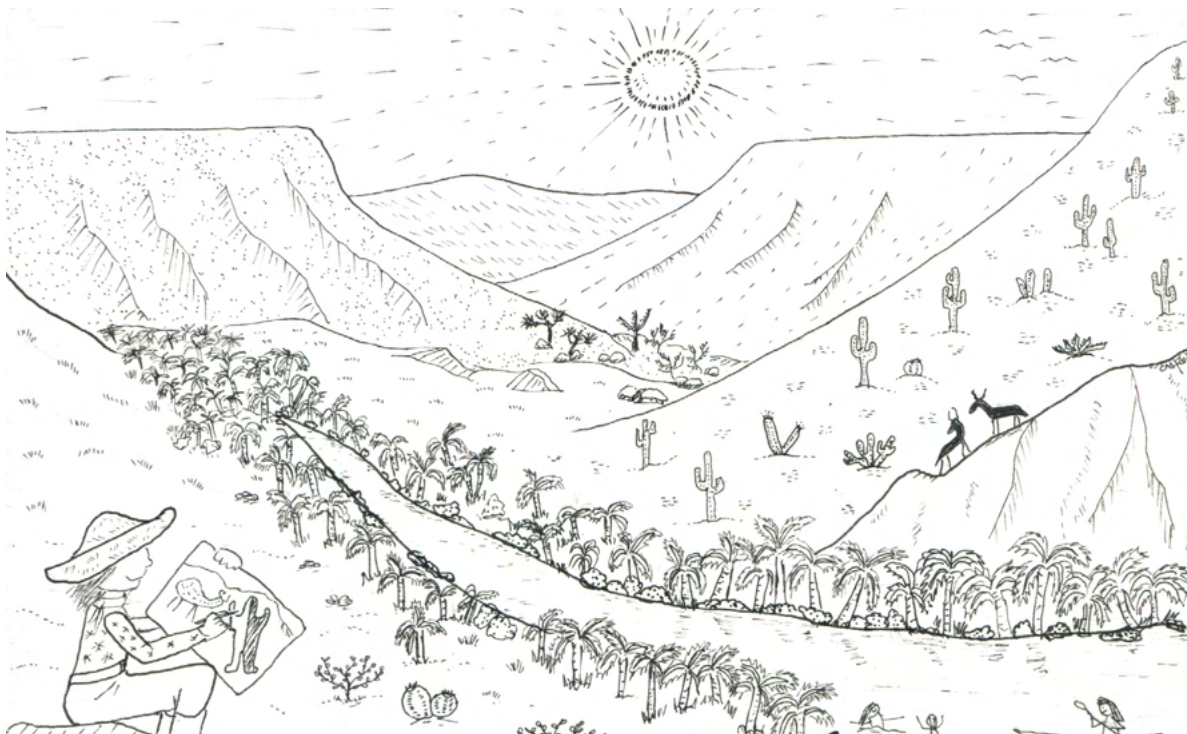
—¿Ya viste los dientes que tienen los tiburones, Juan? —dijo su padre casi al mismo tiempo.

–Sí, ya sé papá, pero es que el tiburón ballena es diferente, sus dientecitos son pequeños y no les sirven para comer.

Ellos no muerden porque comen filtrando el agua, como las ballenas.

La maestra nos contó que comen zooplankton, unos animalitos microscópicos, y que son tan mansos que no les molesta la compañía mientras nadan.





¡Ya lo verán! Ándale, ¿vamos?

Ante la insistencia de Juan, sus papás también hicieron su investigación y, efectivamente, encontraron mucha información sobre operadores turísticos especializados en llevar a los visitantes a nadar con el tiburón ballena dentro de la Bahía de la Paz.

Así supieron que los tiburones más jóvenes llegan allí a pasar una temporada entre los meses de octubre y marzo. Así que no había tiempo qué perder, pues el cumpleaños de Juan era en noviembre y pronto empezarían a llegar.

Entre los tres planearon el viaje cuidadosamente y el mero día del cumpleaños, allí están, sentados en la embarcación con sus trajes de neopreno y snorkel, junto a otros turistas, listos para partir.

El capitán Daniel y Estrella, la guía, les dan la bienvenida y algunas recomendaciones para tener en cuenta antes de ingresar al agua. Estrella es bióloga y conoce muy bien a los tiburones, explica que gracias a las manchas que tienen en el dorso los puede reconocer rápidamente moviéndose en las cálidas y transparentes aguas de la bahía.

–Vamos a ingresar al agua con mucho cuidado y sin brincar para no asustarlos. Recuerden que no deben nadar a menos de dos metros de distancia del tiburón –les dice Estrella al mismo tiempo que zarpan.

–Como sabrán, el tiburón ballena es una especie protegida y debemos ser cuidadosos, ya que aquí llegan los jóvenes a alimentarse y crecer antes de partir hacia otros sitios.

En esta época pueden llegar hasta 100 jóvenes y, si tenemos suerte, hoy veremos unos cuantos.

Ya pasaron 20 minutos desde que partieron y, de pronto, la guía le señala al capitán un punto hacia el oeste: –Por allí, allí veo dos.

El capitán Daniel, disminuyendo la velocidad, se acerca hasta ubicarse a una distancia de casi siete metros de los tiburones. Juan da brincos de emoción y está a punto de lanzarse al agua.

De repente, ve las majestuosas siluetas serpenteando juguetonas bajo la superficie y se queda sin aliento.

–¡Son más grandes de lo que imaginaba! Y sus lunares... ¡mira, papá, parecen salpicaduras de pintura!

–Ja, ja, es cierto –dice sonriendo Estrella.

–¿Sabías, Juan, que gracias a la forma y posición de esas manchas podemos reconocerlos? Y así sabemos que algunos regresan aquí por varios años.

–O sea, ¿son como una especie de huella digital? –pregunta Juan intrigado.

–Algo así. Estos tiburones que vemos han de medir tres metros, apenas, son muy jóvenes.

Seguramente tienen poco más de un año de edad.

Imagínate que faltan 21 años para que crezcan hasta medir nueve metros ¡y puedan tener sus primeras crías!

–explica Estela.



–¡Uf! Para entonces, tú ya habrás terminado la universidad hace rato –dice la mamá y le guiña un ojo a la guía en complicidad.

–¿Ya nos podemos meter? –pregunta ansioso Juan, que no sale de su asombro.

–¡Claro! Y estén muy atentos, pues a veces les gusta ponerse en posición vertical para alimentarse. Yo los acompañaré. Nadaremos con ellos una media hora y luego iremos a visitar otros sitios. Con suerte, también veremos peces, tortugas, rayas y delfines.

Ya en el agua, Juan sigue muy atento los suaves movimientos de los tiburones que no se muestran incomodados con los acompañantes. Juan y Estrella van a un lado de ellos, a poco más de dos metros de distancia y sus papás acompañan del otro lado.

Y tal como les había explicado la guía, a los pocos minutos los tiburones abren sus enormes bocas y sus branquias comienzan a ondularse como pequeños banderines flameando.

El agua rebosante de plancton entra por la boca y los pequeños camaroncitos rojos apenas visibles desaparecen como por arte de magia. Por las branquias sale agua limpiecita.

La aventura continúa unos 30 minutos. Juan no se pierde detalle de los movimientos de su larga cola y sus brillantes ojos, pero también nota una marca larga y delgada en una aleta, diferente a las manchas que le salpican la piel, y ya de regreso en el bote le pregunta a Estrella qué es.

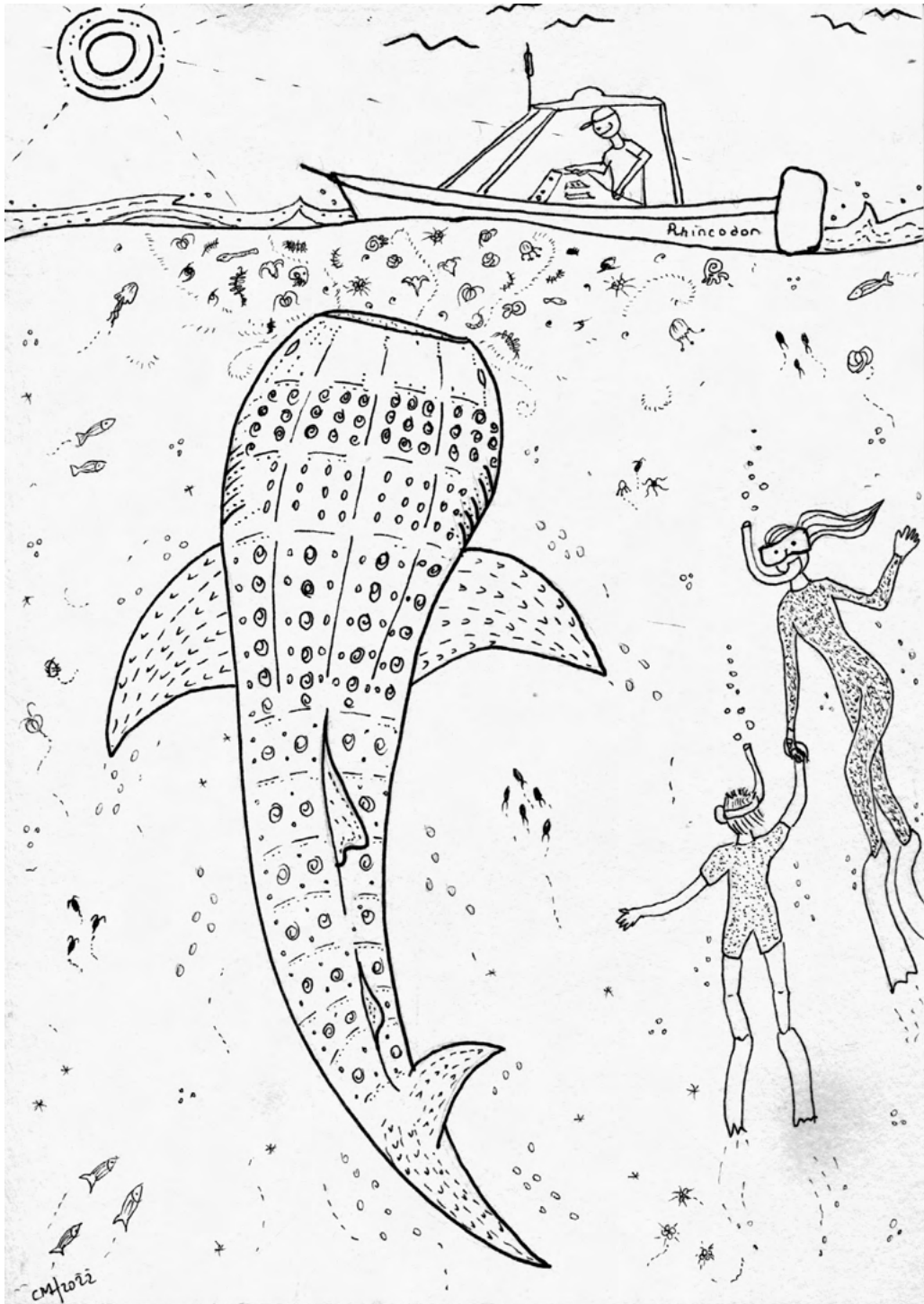
–Por desgracia, a veces, son lastimados por las hélices de los barcos que se acercan demasiado sin respetar las reglas. Por suerte, la herida fue leve y la cicatriz resultó pequeña –le explica y antes de que se desanimen, agrega.

–Esperamos que hayan disfrutado la experiencia y hayan sacado muy bonitas fotos. Ya saben que para cuidar a los tiburones, también debemos cuidar el lugar donde viven.

Así los tiburones regresan el próximo año y ustedes también.

–¡Sí! Volveremos el año que viene, ¿verdad, mamá? ¡Es el mejor regalo de cumpleaños que he tenido! –dice Juan entusiasmado.

Y así, contagiados por el entusiasmo del cumpleaños, continúan el día visitando diferentes sitios, conociendo su flora y fauna, y aprendiendo de qué manera entre todos podemos ayudar a cuidar y preservar el maravilloso refugio del tiburón ballena en la Bahía de La Paz.



La casa de croco

Hoy es un día muy soleado en la costa junto al mar. Entre el mar y la tierra hay un bosque siempre verde que se llama manglar y diario lo alcanza la marea con agua salada que se combina con el agua dulce que llega por debajo del suelo, inundándolo.

Los árboles que están allí son muy especiales porque tienen un tallo muy derecho y sus raíces son muy altas, sobresaliendo del suelo hasta por arriba del agua para que puedan respirar.

Entre las raíces del manglar las crías de muchos animales, como peces, pájaros, camarones, cangrejos, cocodrilos y otros encuentran alimento y casa. ¡Es como una guardería muy salada y húmeda!



Ahí hay un manglar chaparrito, todo enmarañado donde el suelo es muy salado; creo que no crecen mucho porque no se alimentan bien. ¡Vamos a asomarnos! Pero ¿qué es eso? Parece una camita con varios huevos y junto a ella está la señora cocodrilo esperando a alguien.

¡Mira! Se están moviendo y ahora se rompe el cascarón. Se asoman unas cabezas pequeñas y ¡ese es el bebé Croco y sus hermanitos! ¡Bienvenidos!



Esta mañana Croco va a nadar por primera vez en el agua junto con su mamá y hermanitos. ¡Vamos, es hora de un chapuzón!

–¡Hola me llamo Áak! ¿Quieres jugar? Juguemos carreras para ver quién nada más rápido –dice una tortuguita.



Al cabo de un rato pierden de vista a su mamá.

–No te preocupes. ¡Vamos a encontrar a tu mamá y tu casa! –le dice Áak.

Entre las raíces del mangle rojo se encuentran a un pez y Áak le pregunta si no ha visto pasar a la mamá de Croco. El pez niega con la cabeza y, entonces, le preguntan al flamenco porque es más alto y puede ver más lejos.

–¡La vi ir hacia los árboles negros! –les dice el flamenco.



Pero Áak no está muy seguro, el agua apenas cubre el suelo y es muy salado, el mangle negro tiene raíces como lápices, altas y muy espesas. Croco está muy triste porque extraña a su mamá y su casa, pero no se siente solo porque su amigo Áak está con él.

El cangrejo está comiendo hojas de mangle y el mapache lava una fruta para comérsela. Cuando les preguntan si no han visto a la mamá de Croco, ellos les dicen muy emocionados:

–¡Sí! La vimos ir con tus hermanitos hacia el bosque de mangle rojo alto y con raíces como zancos que está en el borde de la laguna. ¡Apresúrate para que la encuentres!



Áak y Croco casi llegan, pero tienen que rodear un lugar donde hay mucha basura que los humanos han tirado ahí y no logran ver los árboles. ¡Qué susto! y huele muy mal. Croco está confundido porque no pueden avanzar por tanta basura, pero rodean el lugar.



–¡Sígueme, Croco! –le dice Áak y juntos avanzan para encontrar a su mamá. Parece que va a llover en la costa al atardecer y el viento empieza a soplar más fuerte, pero los árboles de mangle rojo forman una barrera que lo debilita, como jugadores de un mismo equipo de fútbol delante de su portería.

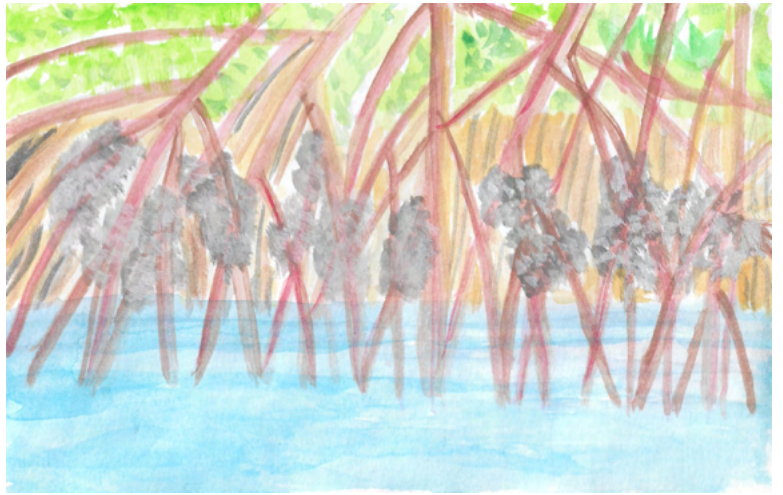
La señora cocodrilo está muy preocupada por Croco, pero sabe que está protegido por el manglar.

Áak y Croco están juntos y nadan más rápido hacia el borde de la laguna.

Entonces, desde lo alto de las raíces se escucha a los ostiones gritar muy felices.

—¡Ahí vienen!

Croco abraza a su mamá que está muy feliz de haberlo encontrado. Su mamá le agradece a Áak por ser su amigo y haberlo acompañado. Finalmente, Croco está en casa con su mamá.



TEPORINGO... ¿Y ESOS PUNTOS COLORIDOS?

Lizet Arellano Díaz

Autora e Ilustradora: Yolanda Arellano Díaz

Teporingo... ¿y esos puntos coloridos?



¡Hola!, Mi nombre es Romerolagus diazi, aunque tú puedes llamarme Teporingo. Te contaré la historia que viví en la ciudad.

Un día me desperté muy aburrido, todos los días hacía lo mismo, no había nada nuevo; ir a buscar comida con mi mamá, jugar entre los pastizales altos con mis hermanos, siempre estar alerta de nuestros depredadores y avisar a los demás para esconderse ¡y eso era todos los días!

Un día, acompañando a mi mamá a buscar comida, vi un área que llamó mi atención.

–¿Mamá, qué es eso que se ve a lo lejos, esos puntos coloridos?

–Esa es la ciudad y esos puntos son casas, ahí es donde viven los humanos. Teporingo no dejaba de pensar en la ciudad, no pudo dormir.

La curiosidad de conocer la ciudad le invadió, por lo que decidió ir a explorar ese lugar. Empacó algunas plantas, semillas y zacate para el camino y salió sigilosamente de la madriguera para no despertar a los demás.

Salió saltando de alegría montaña abajo para llegar, pero no pensó que fuese tan largo el camino; llegó muy agotado a los límites entre la montaña y la ciudad.

En el camino, se encontró con otro animal color gris de ojos y orejas pequeñas y, a diferencia de Teporingo, él tenía una cola muy larga, ¡era una rata!

Después de mirarse, le dijo:

–¿Qué haces aquí, pequeño conejito?

–Hola, me llamo Teporingo y vine a conocer la ciudad desde mi hogar que se encuentra a faldas del volcán.

–Tenía mucha curiosidad porque me llamó la atención los puntos coloridos que veía a lo lejos desde mi hogar.

La rata se sorprendió y le dijo:



–¡Yo te puedo guiar! Por cierto, mi nombre es Rattus y este es mi hogar.

Teporingo estaba muy emocionado de haber encontrado a Rattus y comenzar su aventura. El primer lugar al que lo llevó fue a su hogar, el cual era oscuro y olía raro.

Ahí le presentó a toda su familia, eran tantos que no podía contarlos.

–Familia, les presento a Teporingo. Él viene del volcán y quiere conocer la ciudad.

–¡Hola, Teporingo! –se escuchó al unísono.

Algunos se acercaron y le dieron unos consejos: “¡Aléjate de las ratoneras!” “La mejor comida está fuera de los restaurantes”. “¡Ten cuidado con los coches!” “¡Los humanos no son amigables!”

Teporingo no entendía qué era todo lo que le decían las ratas.

–¿Ratoneras, restaurantes, coches... ¿Qué es todo eso? –le pregunto a Rattus.

–No te preocupes, yo te voy a mostrar qué son –le dijo Rattus y salieron a conocer la ciudad.

En el camino, Teporingo comenzó a sentir hambre y ya se había acabado su comida, por lo que Rattus lo llevó por alimento. Teporingo ya se estaba saboreando esos zacates que tanto le gustan, pero se sorprendió cuando llegaron a un lugar húmedo y maloliente. Rattus trepó en algo que a Teporingo le parecía un tronco.

–Espérame aquí, ya vuelvo con el banquete –dijo Rattus.

Cuando bajó, traía cosas que no conocía Teporingo y el olor le era raro.

–Toma un pedazo de pan.

–¿Pan? Yo no como pan. ¿No tienes algunas semillas, plantas o zacate?

Rattus se sorprendió al saber que Teporingo sólo comía plantas, por lo que decidió llevarlo al parque.

–Ahí encontraremos lo que tú quieres –le dijo.

Al llegar al parque, Teporingo vio pasto, árboles, plantas, pero no había zacate.

–¡Mira, allá hay unos restos de ensalada! –le señaló Rattus. De éstos Teporingo sólo se comió los que parecían unas plantas que se dan en el volcán.

Después de la comida, Rattus llevó a Teporingo a otro lugar muy ruidoso, pasaban unas cosas gigantes que asustaban a Teporingo, por lo que le pidió a Rattus ir a descansar.

Un poco decepcionado, Rattus le dijo:

–Aún no termino de mostrarte mi ciudad.
¿Estás seguro que ya te quieres ir a descansar?, faltan muchos lugares.

–Sí, ya estoy muy cansado –le contestó Teporingo.

–Está bien. ¡Vámonos a casa!



Al llegar a la casa de Rattus, al ser tanta familia unos dormían encima de otros, estaba tan incómodo Teporingo que no pudo dormir; en ese momento recordó a su familia, su hogar, la madriguera, la tranquilidad, el sonido del viento, la lluvia, los pájaros y a sus hermanos. Se dio cuenta de que extrañaba su hogar.

A la mañana siguiente, Rattus muy emocionado le dijo:

–¡Teporingo, hoy te voy a mostrar más lugares que no pude mostrarte ayer.

–Gracias, Rattus, pero lo he pensado y ya quiero regresar a mi hogar.



–¿Estás seguro?

–Sí, extraño mucho a mi familia.

–Está bien, te acompañaré hasta el límite de la ciudad –le dijo Rattus decepcionado. En el camino, Teporingo le platicó a Rattus un poco sobre su hogar y lo invitó a que lo visitara.

–Me dio gusto conocerte, Teporingo, y espero pronto ir a visitarte con toda mi familia.

Ambos se abrazaron y cada quien tomó camino rumbo a su hogar.

Teporingo, mientras se acercaba a su madriguera, escuchaba los gritos de su mamá buscándole.

–¡Mamá, he vuelto de una gran aventura que voy a contarte!

–Desde ese día no he vuelto a la ciudad, prefiero seguir observándola desde mi hogar y Rattus pronto vendrá a visitarme.

Carlitos

y

los murciélagos

Escrito por:

Cecilia Cabello Melgarejo
Dra. Sandra Álvarez Betancourt
Dra. Mariana Yolotl Álvarez Añorve
Dr. Luis Daniel Ávila Cabadilla

Ilustrado por:

Cecilia Cabello Melgarejo
Dra. Sandra Álvarez Betancourt



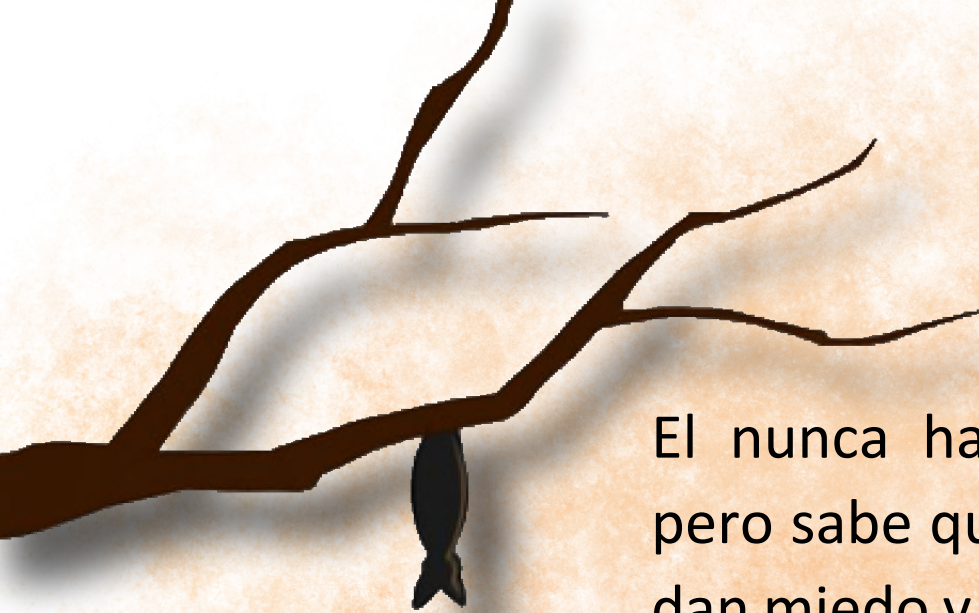
A Carlitos le encanta el chocolate, le gustan las flores, la fruta y salir a jugar al jardín. También le encanta su clase de música en la escuela.



Hay muchas cosas que le gustan a Carlitos, pero hay una cosa, que realmente no le gusta...



¡A Carlitos no le gustan los MURCIÉLAGOS!



El nunca ha visto uno de cerca,
pero sabe que son feos, sus alas le
dan miedo y le han dicho que viven
en cuevas oscuras y apestosas.



Además ¡Todo el mundo sabe
que se convierten en vampiros
chupa sangre y son amigos de las
brujas!



¿A quién podría gustarle un
animal así?

Carlitos a veces los escucha volar junto a su ventana, y los ve esconderse en el tejado.



Eso siempre lo asusta y lo hace desear vivir en un mundo en donde no existieran los murciélagos.

Una noche, mientras Carlitos intentaba dormir, asustado por el sonido de los aleteos fuera de su ventana, deseo con todas sus fuerzas que los murciélagos no existieran.

En ese momento, brilló una luz muy fuerte junto a su cama.

¡Era un hada!

¡Un hada de verdad!



- “Hola Carlitos, soy el hada de la naturaleza. He escuchado que te gustaría vivir en un mundo sin murciélagos. ¿Quieres que te conceda tu deseo?”

- “¿En verdad podrías?”
“¡Si por favor! Sería genial vivir en un mundo sin murciélagos”.



- “De acuerdo Carlitos, pero debo advertirte que después de 3 semanas, tu deseo será para siempre. Si no quieres que eso pase, sólo pídelo tres veces y podrás cambiar tu deseo”.

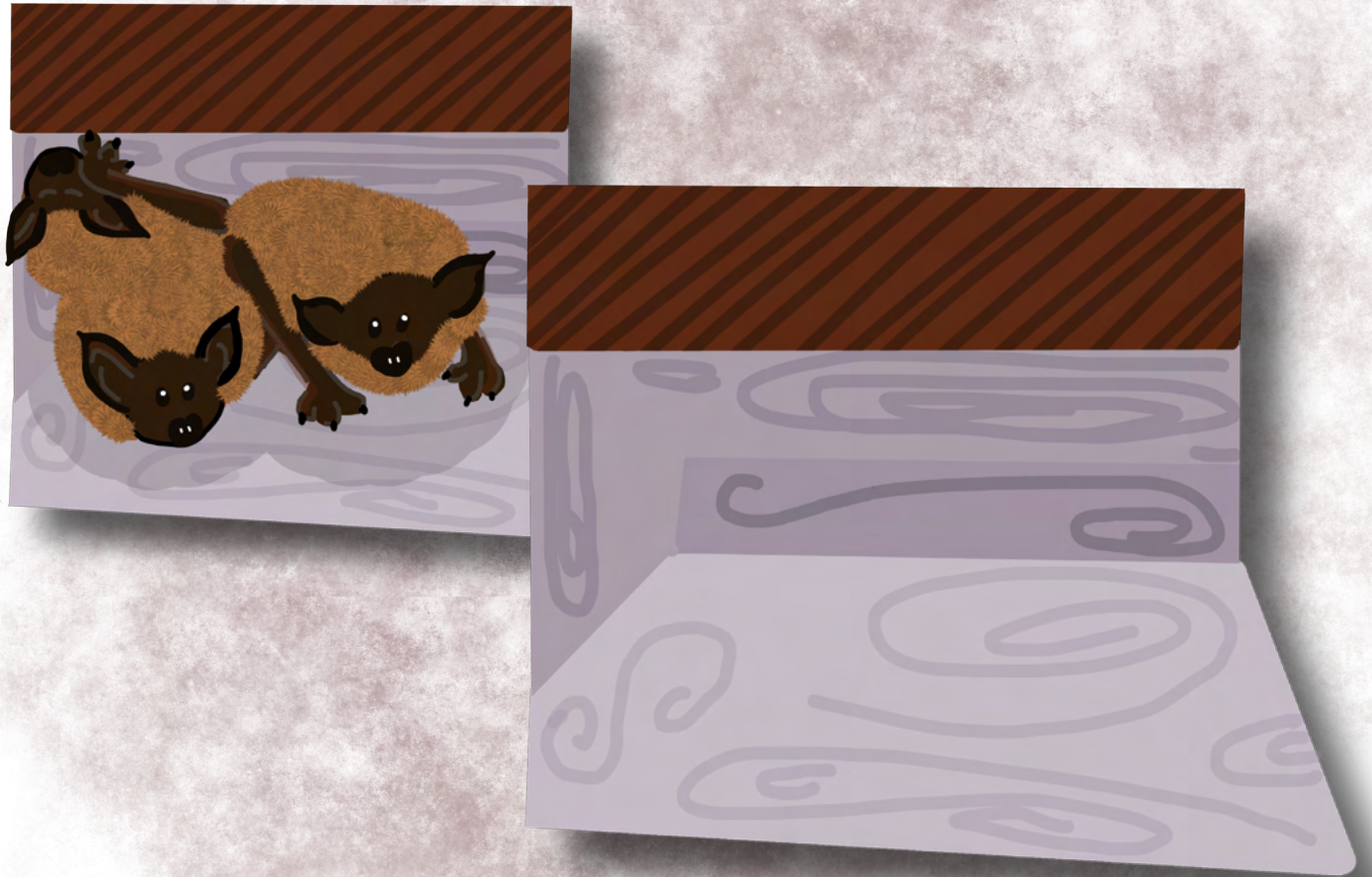


“¡Jamás me voy a arrepentir de vivir sin esos bichos raros!”

- “Muy bien” dijo el hada. “Mañana al despertar vivirás en un mundo en el que los murciélagos nunca han existido”.

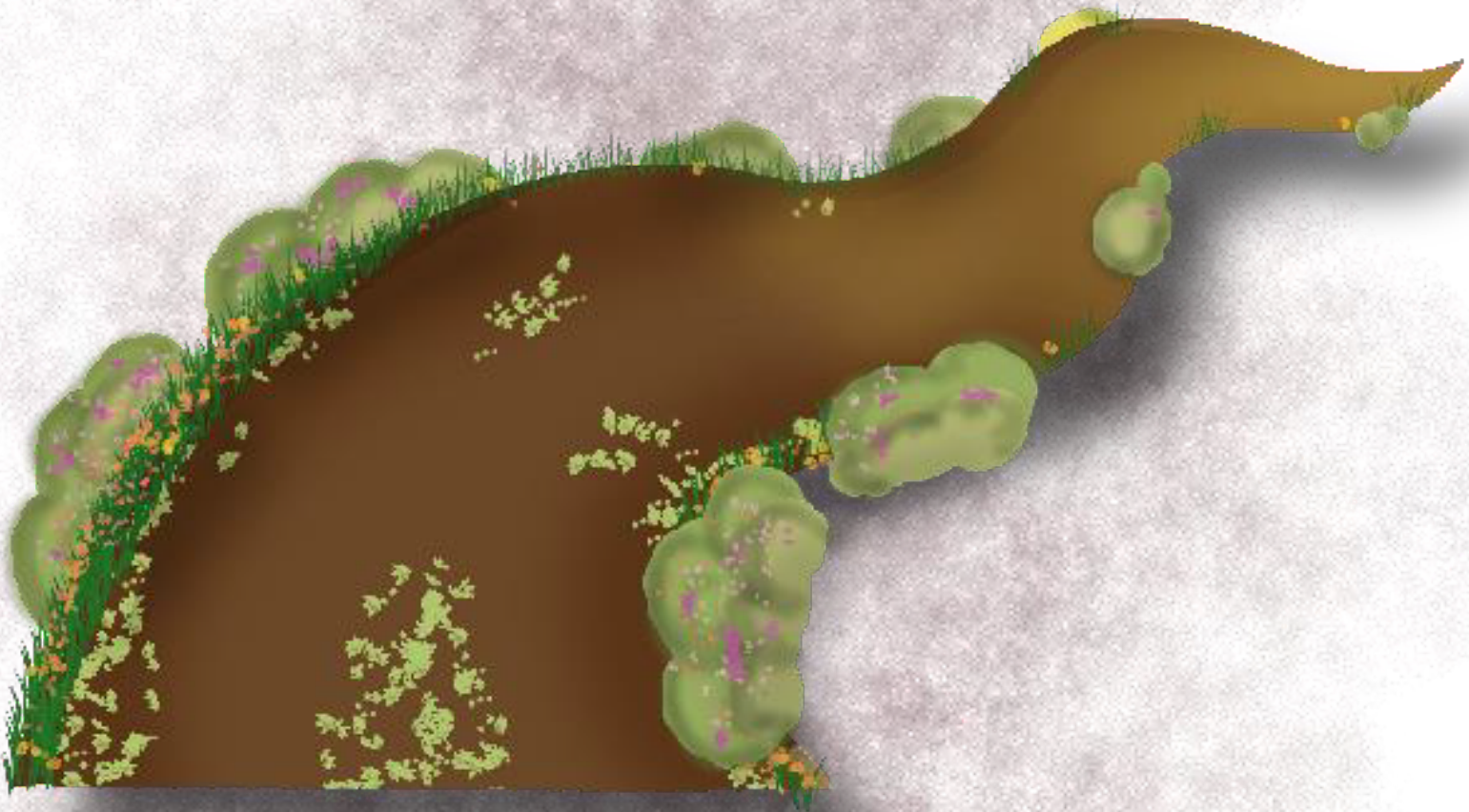
Y con un giro de su varita y una fuerte luz, el hada desapareció.

Al día siguiente, Carlitos se despertó tan emocionado que casi se cae de la cama. Lo primero que hizo fue asomarse entre las tejas sobre su ventana...



¡El Hada había cumplido su palabra!
Ya no había murciélagos durmiendo ahí.

Ese día, Carlitos estuvo tan feliz que ni siquiera notó lo diferentes que eran algunas cosas.



Sin embargo, al llegar la tarde, hubo algo que no pudo evitar notar...

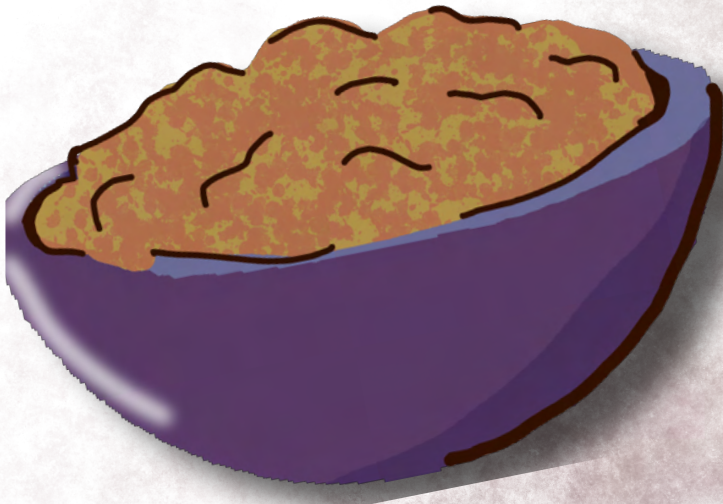
–¡MAMAAAAAAAÁ! ¿Por qué hay tantos mosquitos aquí afuera? ¡Y tan grandes!

“Carlitos, pero si ya sabes que no puedes salir a jugar en el jardín. Los mosquitos siempre han estado ahí”.



Confundido y asustado, Carlitos entró a su casa.

- “Toma tu cena Carlitos” Le dijo su mamá poniendo un plato frente a él.



- “Pero mamá”,
“¿Hoy no hay
plátanos y lechita
con chocolate?”

- “¿Qué es eso Carlitos?”
- “¿! QUEEEEE!? gritó Carlitos muy espantado.

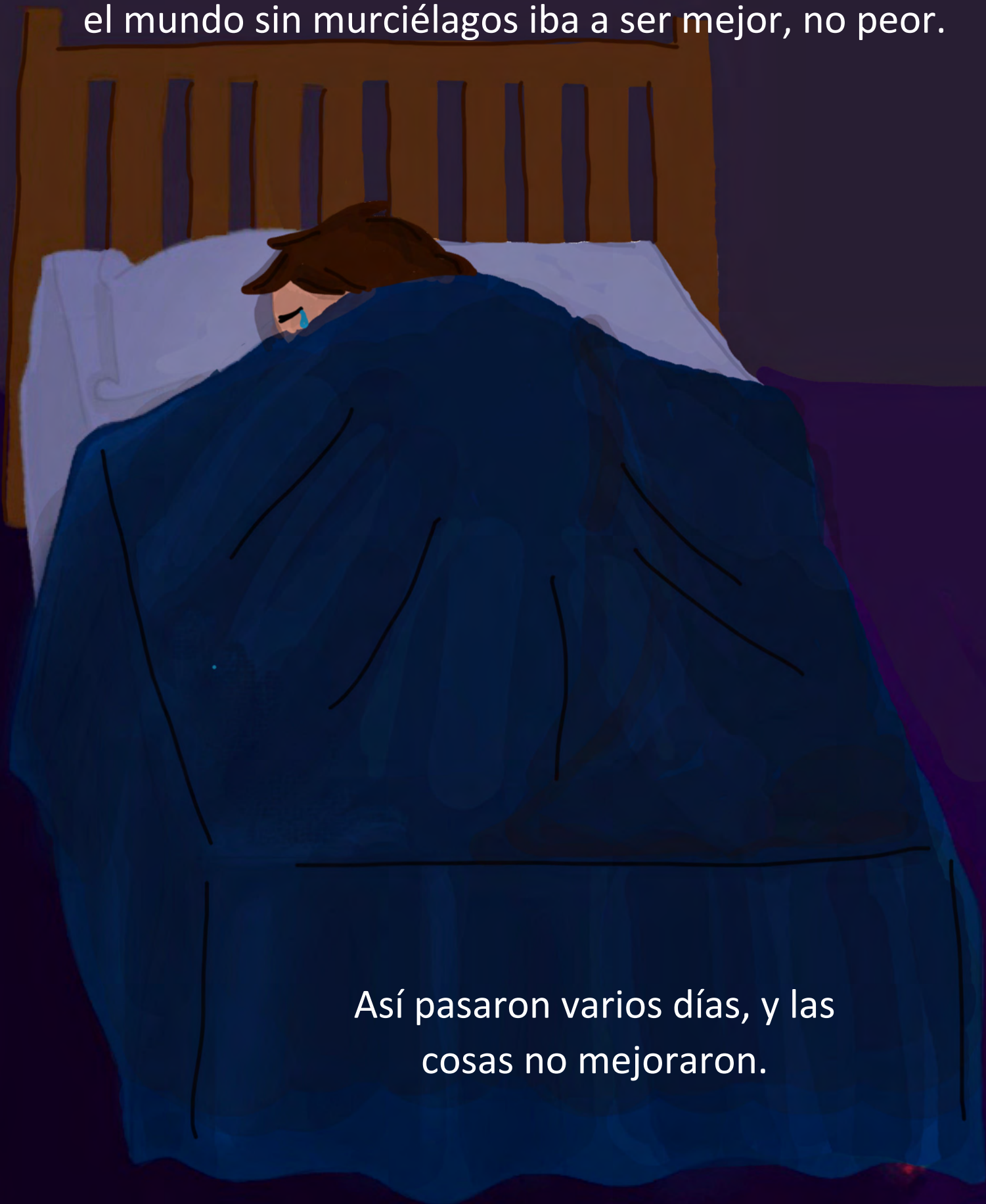
¡Su mamá no sabía lo que
era el chocolate! Y tampoco
había plátanos para cenar.



- “Bueno, ¿puedo cenar cereal o comer de las
tunas que comimos ayer?”
- “Ya deja de inventar cosas y come tu cena”

Así que Carlitos comió su cena extraña.

Esa noche se acostó triste y confundido. Se suponía que el mundo sin murciélagos iba a ser mejor, no peor.



Así pasaron varios días, y las cosas no mejoraron.



Carlitos tenía que salir siempre vestido con ropa especial para que no lo picaran los insectos, los mosquitos siempre estropeaban los juegos en el parque y el jardín, ya no había tantas flores y las calles se veían tristes y vacías.

Por si fuera poco, había muy pocas frutas y hasta su maestra de música había dejado de dar clases por una enfermedad rara que él nunca había escuchado.



Una noche, después de dos semanas de soportar eso, Carlitos muy molesto pidió tres veces.

“¡Quiero cambiar mi deseo!,

¡quiero cambiar mi deseo!,

¡quiero cambiar mi deseo!”

Y de pronto, el hada volvió a aparecer frente a él.



- “Se supone que el mundo sin murciélagos iba a ser mejor, no peor”. “¿Qué tienen que ver los murciélagos con los mosquitos, las flores y con que mi maestra esté enferma?”

“¿Por qué ya no hay las frutas que me gustan?” “¡Y NI SIQUIERA PUEDO TOMAR MI CHOCOLATE!”

“Yo no te pedí un mundo así, sólo quería que desaparecieras a los murciélagos, no todo lo demás”.

“¡HICISTE TRAMPA!”



Entonces, el hada se sentó en su cama, y con una dulce voz comenzó a explicar a Carlitos lo que había sucedido.

- “Yo no hice trampa Carlitos, sólo hice lo que tu me pediste”. “Los murciélagos desaparecieron, y con ellos todo lo bueno que esos animalitos nos dan

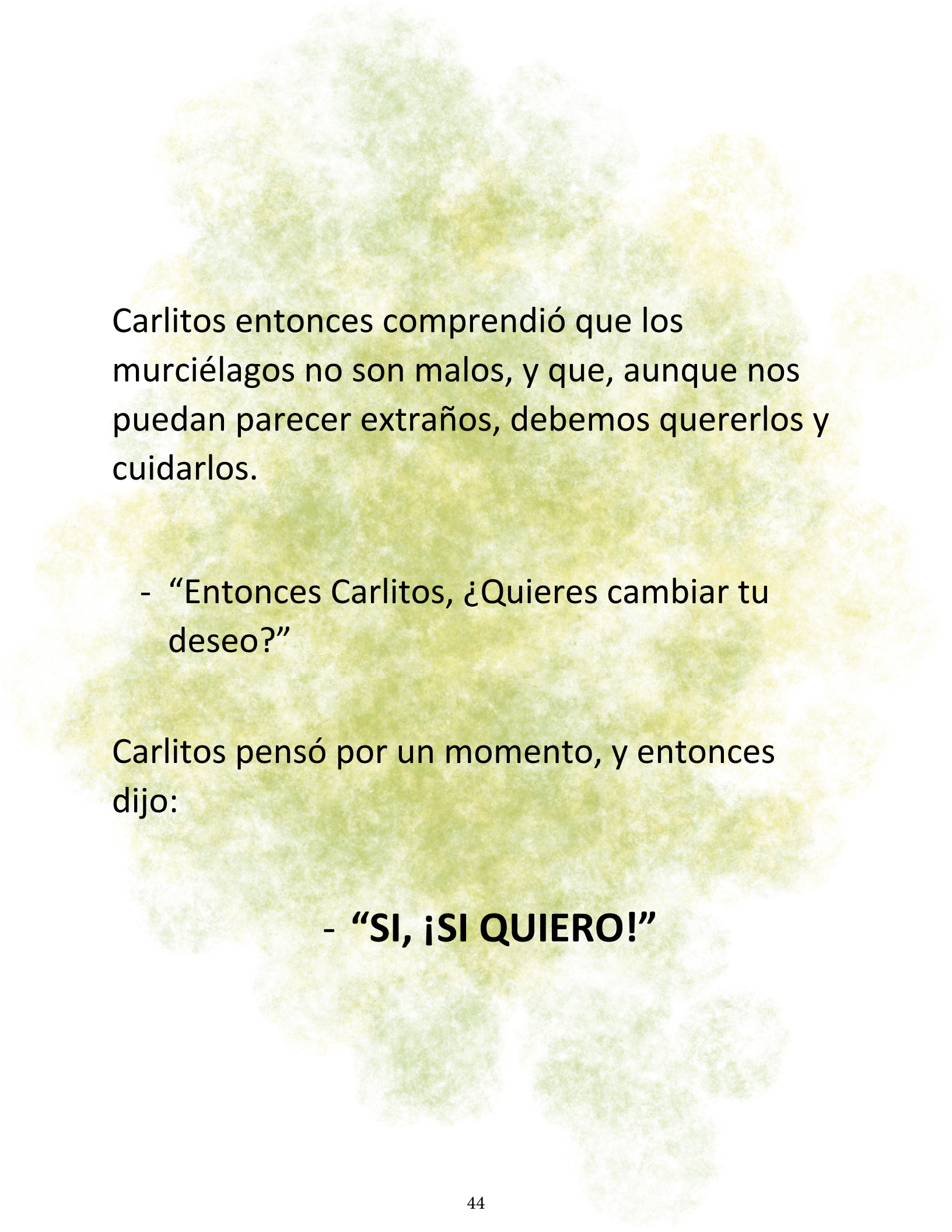




- “Los murciélagos también polinizan árboles de frutas y reparten sus semillas y ayudan a proteger los cultivos de donde salen comidas como el cereal”. “Incluso tu chocolate es ayudado por los murciélagos”

- “Los murciélagos comen mosquitos, y nos ayudan a que no haya tantos en nuestros parques y jardines, y así, a controlar enfermedades que estos mosquitos nos pueden pasar, como a tu maestra de música”.





Carlitos entonces comprendió que los murciélagos no son malos, y que, aunque nos puedan parecer extraños, debemos quererlos y cuidarlos.

- “Entonces Carlitos, ¿Quieres cambiar tu deseo?”

Carlitos pensó por un momento, y entonces dijo:

- “SI, ¡SI QUIERO!”

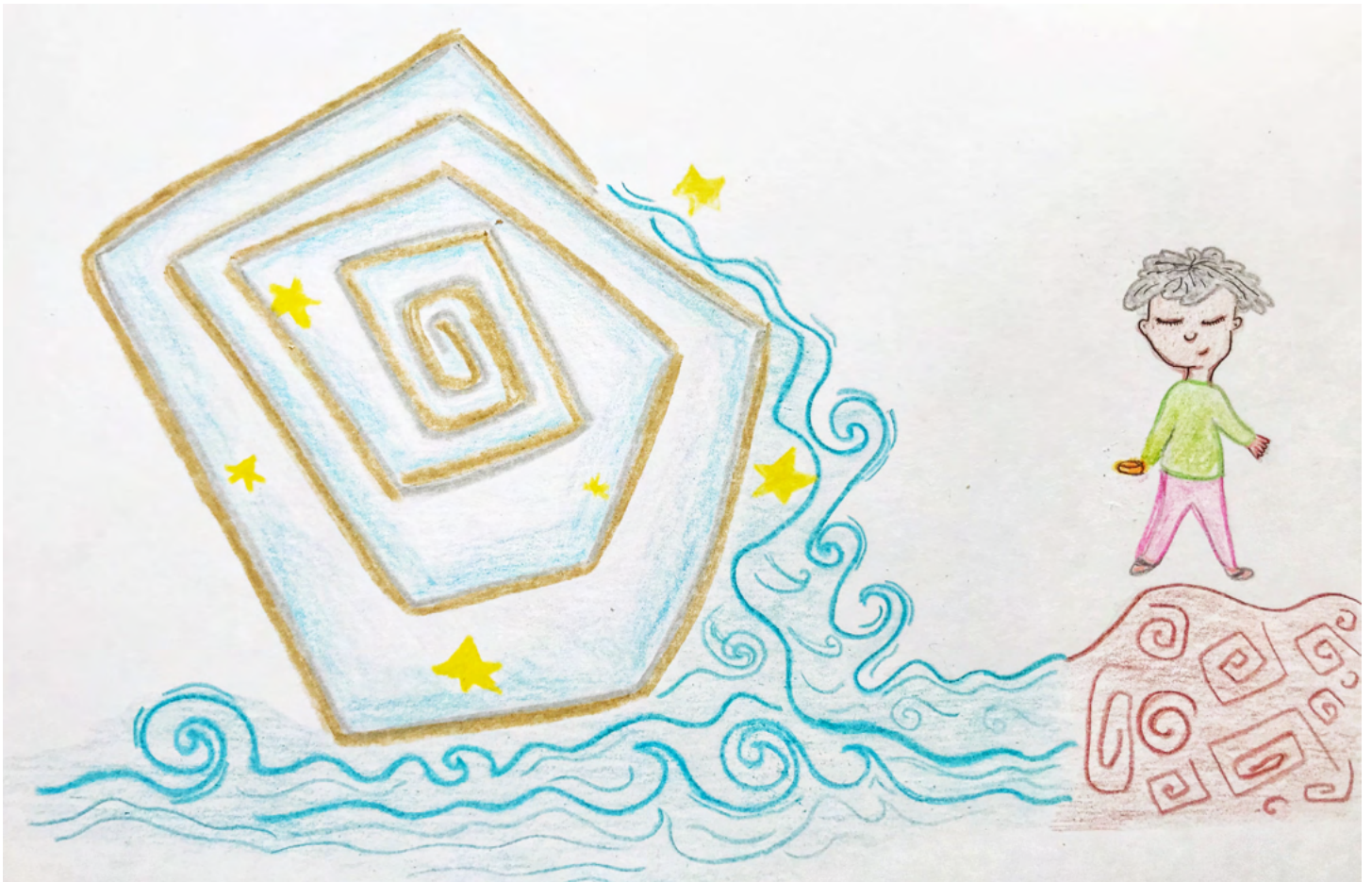
–Deseo que los murciélagos nunca dejen de vivir en nuestro mundo y que las demás personas los quieran y cuiden como yo haré de ahora en adelante.



Más tarde, Carlitos se despertó por el sonido de aleteos en su ventana. Mostró una gran sonrisa y fue a saludar a sus nuevos amigos los murciélagos.

RASCANDO LA TIERRA
Fernando Jiménez Moreno
Autor: Luis Daniel Olivares Martínez
Autora e ilustradora: Enedely Vargas Muñoz

RASCANDO LA TIERRA



H'lao era un niño de nueve años, vivía con su papá y sus dos hermanas menores en una comunidad alejada de la gran ciudad.

La comida favorita de H'lao eran las gorditas de trigo rellenas de piloncillo que su mamá solía preparar en ocasiones especiales, como en su cumpleaños.

H'lao disfrutaba mucho salir y jugar. Vivía rodeado de árboles que le parecían enormes, pero que trepaba sin miedo e imaginaba que en lo más alto podría alcanzar a ver el pueblo vecino.

A veces, H'lao corría velozmente y se tropezaba lastimándose las rodillas, pero no lloraba aunque le dolía. Prefería levantarse rápido y seguir jugando.

Un día su amigo Hunek lo visitó. Se les ocurrió jugar a los exploradores, el juego consistía en que quien encontrara la cosa más bonita ganaría el juego.

H'lao dijo:

–Esta piedra brilla mucho con el sol. ¿Tú qué encontraste, Hunek?

–Encontré pequeños huesos de aves y algunas semillas.



H'lao se sorprendió, pues no entendía cómo algo que había muerto podría ser lindo o especial.

–Es algo triste, los huesos de un ave que ya no vuela y los restos de una fruta deliciosa –dijo H'lao.

–El ave no está aquí, ahora forma parte de la tierra y será el alimento de estas semillas, de donde florecerá algo muy bonito –le explicó su amigo.

H'lao se sorprendió, él no había pensado que del suelo crecen los alimentos que él y su familia comen. El trigo, por ejemplo, se usa para su comida favorita, y recordó el lugar donde hace unos meses sepultaron a su mamá Guadalupe; ella hacía las mejores gorditas de trigo del pueblo.

–Bueno, nos vemos mañana –dijo H'lao a su amigo y chocando las manos cada quién tomó su camino de vuelta a casa.

H'lao vivía en la penúltima casa de la cuesta que daba al cerro Pardo, frontera entre su pueblo y el pueblo vecino.

Mientras H'lao caminaba no podía sacarse de la cabeza aquellos huesos que seguramente habían sido parte de un hermoso pajarito como el que todas las mañanas canta frente a su ventana cuando sale el Sol.

Sin proponérselo, H'lao pasó de largo su casa y siguió de frente adentrándose por primera vez en la selva del cerro Pardo.

–¡Rayos! Por andar pajareando (distráido) ya se me pasó la casa, creo que lo mejor será volver... aunque realmente no tengo muchas ganas aún, mejor exploraré un poco.

Y así fue como H'lao se adentró por primera vez en la selva a la que sus papás solían ir a leñar todas las madrugadas, mientras él y sus hermanas aún estaban durmiendo.

H'lao caminó hasta que descubrió algo que le produjo sorpresa y un poco de asco. Al cruzar un riachuelo y pasar un gran ceibo, vio lo que seguramente había sido un conejito, pero que ahora estaba lleno de escarabajos, moscas y algunos gusanitos blancos que jugueteaban dentro de los blancos huesos.

–Lo sabía –se dijo H'lao.

–Esto no puede ser bonito. El pobre conejito se está pudriendo por culpa de esos gusanos feos que se comen lo que una vez fue su carne. Ahí están esos escarabajos que se esconden en la tierra, seguro ahí se llevan su carne. ¡Ojalá no existieran esos bichos!

Una curiosidad le brotó y quiso averiguar a dónde podrían estar guardando los restos del pobre conejito aquellos “villanos”. Así que tomó una varita, empezó a quitar la hojarasca y rascar sobre la tierra con la esperanza de poder ver los pedacitos del rompecabezas que alguna vez se llamó conejo.

H'lao había rascado hasta conseguir un agujero en el que podía asomarse y ver lo que había abajo. Vio que los escarabajos daban paso a lombrices moradas, no eran como las pequeñas larvas blancas de los huesos.

Entonces, H'lao descubrió más abajo unos huesitos de un ratón que estaban siendo agarrados por las raíces del gran árbol que tenía justo en frente.

En otra parte, incluso vio una especie de telaraña blanca; viéndola más de cerca, descubrió que eran las raíces de un hongo que parecía comunicarse con las raíces del árbol.



Ahí fue cuando H'lao comprendió que los escarabajos y las larvas no “secuestraban” avaramente los restos de los seres vivos, sino que ayudaban a hacerlos parte del suelo para que las plantas y otros animales pudieran seguir teniendo comida.

–Todo lo que muere en el suelo no se queda ahí

–pensó H'lao.

–Si no fuera por esos animalitos en la tierra, las plantas no tendrían qué comer. Si esas plantas no comen seguro morirían y luego los demás animales también. Incluso el trigo de las gorditas de piloncillo debe de comer de la tierra.

H'lao ya no despreciaba la vida del suelo, la respetaba y le despertaba, sin proponérselo, un sentimiento de querer protegerla.

Se apresuró a regresar a su casa, a lo lejos lo esperaba su padre angustiado, junto a sus pequeñas hermanas que gritaron de felicidad al verlo de nuevo.

–¿En dónde te habías metido, H'lao? Hace tiempo que la hora de salir a jugar terminó, estaba muy preocupado

–cuestionó su padre.

–Lo siento, papá, me distraje y terminé adentrándome a la selva; no quería que te preocuparas...

H'lao le contó a su papá y a sus hermanas todo lo sucedido, sus ganas de explorar y de responder a esas preguntas que rondaban en su cabeza desde hace ya tiempo, y que no fue sino hasta que escuchó a su amigo Hunek sobre sus tesoros recolectados que se animó a hacerlo.

Al terminar, todos se abrazaron fuertemente. Estaban alegres por el regreso de H'lao.

Ahora, aunque la mamá de H'lao ya no estaba con ellos, sentían que podían encontrarla en las caricias de las hojas sobre su rostro que se encontraban camino a su escuela y en las gotas de lluvia que caen desde el cielo y se filtran en la tierra para regresar al arroyuelo donde todos los días lavan sus caras.



Volver a la Tierra es el fin y el inicio.

NATI LA NUTRIA

Evodia Silva Rivera

Autor e ilustrador: Luis David Pérez Gracida

Científico asesor: Pablo César Hernández Romero

Nati la nutria



En los últimos días, mamá nutria nos ha dejado pescar solas a mi hermana y a mí. ¡Entramos y salimos del agua buscando peces! Hay algunos más difíciles de pescar, otros son más lentos, pero todos son sabrosos.

A veces, vamos a zonas con muchas piedras para buscar cangrejos, ¡los adoro! A veces, me pellizcan la nariz, pero, aun así, me los como. ¡Son bastante sabrosos!

A veces, nos encontramos al señor mapache, él utiliza su cola para pescar cangrejos, nos parece muy curioso. Mi hermana y yo intentamos hacerlo con la colita también, pero no podemos.

Nos gusta la vida en el río, nadar en pozas que son cubiertas por las hojas y ramas de muchos árboles, estar en las piedras y troncos para poder descansar y revolcarnos en ellas, tratando de marcar nuestro aroma.





Un día mi hermanita nutria y yo nos alejamos del río y entramos en el camino de los animales que tienen ruedas en los pies. Mi mamá nos dijo que no fuéramos ahí por ninguna circunstancia.

Nos causó curiosidad y nos acercamos.

Estábamos por regresar cuando un animal que camina en dos patas nos atrapó a mi hermana y a mí. Nos encerró en una jaula muy pequeña y comenzamos a gritarle desesperadas a nuestra mamá nutria.

Después, taparon la jaula con algo y nos quedamos en completa oscuridad. Teníamos mucho miedo y escuchamos a mamá gritar nuestros nombres, mientras nosotros gritábamos para que fuera por nosotras.

Escuchábamos cada vez más lejos su voz y nos pusimos a llorar.

Mi hermana nutria y yo tratábamos de tranquilizarnos la una a la otra, pero estábamos muy asustadas y no podíamos, cuando de repente una luz roja y azul que parpadeaba nos detuvo.

Escuchamos que le hablaba a quién nos atrapó y caminaron hacia nosotras.

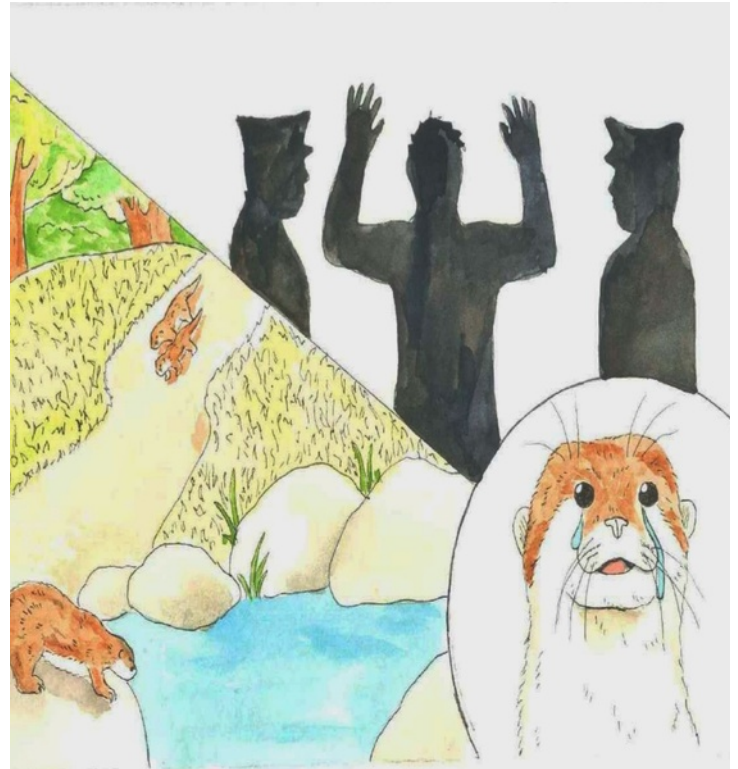
En un momento nos quitaron la oscuridad y su mirada se llenó de tristeza y enojo al vernos. Le gritaron a quien nos atrapó.

Cargaron las jaulas y sentimos mucho miedo. Pero no fueron groseros con nosotras, nos hablaban con mucha tranquilidad.

Nos llevaron a un sitio alejado donde nos dieron de comer unos ricos pescados y nos colocaron en un río que no tenía salida, donde no encontrábamos cangrejos debajo de las piedras.

Unos días después nos llevaron al río con mi mamá, no podíamos esperar, ¡estábamos emocionadas! Abrieron las jaulas y corrimos a buscar a mamá.

La encontramos y ella nadó para abrazarnos. Nuevamente estábamos las tres reunidas para pescar juntas y acurrucarnos en nuestra madriguera a la hora de dormir.





Del autor: Lamentablemente, un problema que afecta a la nutria de río ha sido el tráfico ilegal para utilizar a sus crías para mascotas.

Ésta involucra a cazadores, pescadores y demás personas que creen que las nutrias silvestres pueden “ser domesticadas”, y saquean las madrigueras para atrapar los cachorros.

Muchos de los cachorros no soportan el estrés y el medio donde los encierran y terminan pereciendo.

Afortunadamente, nuestras protagonistas pudieron ser rescatadas a tiempo y ahora pueden volver a pescar con su madre.

EL GUARDIÁN DE LOS VOLCANES

Luis Miguel López Díaz

Ilustradora: Catalina López Ortiz

El Guardián de los volcanes



Al regresar de la escuela primaria, a diferencia de otros días, Mauri estaba muy callado. Esto no era normal en él. Generalmente, no paraba de hablar durante la comida familiar, dando cuenta de lo aprendido en la escuela.

Lo que más le gustaba era dar a conocer a toda su familia sus hazañas deportivas que durante el recreo vivía en compañía de sus grandes amigos, pero este día, durante la comida, todo era silencio en la confortable madriguera de la familia teporingo.

Su mamá lo notó de inmediato, con ese instinto que tienen las madres para adivinar cuando las cosas no van bien.

—Mauri Teporingo, no has tocado tu plato. Hoy cociné tu comida favorita, zacate fresco de la montaña, combinado con alfalfa y para acompañar unas rodajas de zanahorias, de postre una jugosa caña de azúcar, todo acompañado con una refrescante agua del manantial. ¿Mauri, qué te pasa? ¿Te sientes mal? —preguntó la angustiada madre.

—Me siento bien, Mamá, —contestó apresuradamente el pequeño conejito. Pero enseguida añadió —aunque estoy preocupado por una tarea que nos dejaron en la escuela.

—¡No sabe, no sabe! —dijo Adelita, en tono festivo con ese tono que tiene las hermanas menores para ridiculizar al hermano mayor.

—Yo lo sé todo en el kinder.

—Adelita Teporingo, si tu hermano tiene una dificultad en la escuela, lo ayudaremos a resolverla, para eso somos una familia, debemos ayudarnos unos a otros —el señor Fausto Teporingo, que era el jefe de la familia, reprendió a su hija. Luego le preguntó a su hijo.

—¿Qué situación te provoca tal preocupación, Mauri?

Mauri comenzó a explicar con detenimiento la causa de su tristeza y de su falta de apetito:

—La maestra nos ha dejado de tarea que realicemos una reseña y resaltemos las características de nuestra especie, algo único y fantástico, lo que nos haga especiales en la naturaleza —el angustiado conejito continuó narrando el infortunio de su desdicha.

—La maestra nos ha puesto como ejemplo el caso del conejo que se quedó plasmado en la Luna, en agradecimiento de Quetzalcóatl por ofrecerle alimento cuando visitó la Tierra en forma de hombre. ¿Ahora comprenden mi tristeza? Nosotros no tenemos nada que resaltar de nuestra especie.

—Te equivocas, Mauri —se escuchó una voz ronca y profunda. Era el abuelo Teporingo.

—Pero, abuelo, nada comparado al conejo que está en la Luna, el mismo Quetzalcóatl lo colocó ahí y lo podemos ver todas las noches de Luna llena.

—Te contaré una historia, que espero cambie tu parecer de los teporingos —continuó el abuelo con una pausada voz, llena de sabiduría.

—Hace muchos, pero muchos años en el horizonte de estas tierras, que apenas comenzaban a poblarse y los primeros habitantes tomaban posesión de su nuevo hogar, surgieron los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, que son la segunda y tercera montañas más altas de México.



-Al no poder casarse con la hermosa princesa de los tlaxcaltecas, Iztaccihuatl, el valeroso Popocatépetl quedó desconsolado, ya que ella había muerto de tristeza al creerlo muerto en combate contra sus acérrimos rivales, los aztecas.

Para honrarla, Popocatépetl ordenó erigir una gran tumba bajo el sol, amontonando 10 cerros para levantar una enorme montaña. Es en este lugar donde aparece uno de nuestros antepasados registrados: un conejito que habitaba uno de estos cerros. Al unirse, estos cerros crearon un magnífico territorio, ideal para que el conejito decidiera quedarse.

—Una vez construida la tumba, Popocatépetl tomó el cuerpo inerte de su princesa y recostándola sobre la cima de la montaña, la besó por última vez para después, con antorcha humeante en mano, arrodillarse a velar su sueño eternamente. Fue en este preciso momento cuando Popocatépetl se percató de la presencia de nuestro antepasado, lo observó y le preguntó:

“¿Tú quién eres? No eres como los otros conejos que conozco, tu tamaño es más pequeño y tus orejas redondas apenas las puedo ver, tus patitas son muy cortas, por lo que no debes de ser un gran corredor y tu colita apenas se nota”.

—Nuestro tatarabuelo contestó con cierto temor: “Me llaman Zacatuche o conejo de los zacatonales, ya que mi principal alimento es el fresco zacate de los cerros y montañas”.

“Interesante, conejito, [contestó Popocatépetl] pero desde hoy te llamarás teporingo que viene del término tepolito y significa ‘el de las rocas’”.



—Con el tiempo, la nieve cubrió los cuerpos del Iztaccihuatl y Popocatepetl, que se convertirían en dos enormes volcanes y a lado de ellos un valeroso conejito, un teporingo, que ha permanecido inmutable hasta el final de los tiempos.

—Es así, Mauri, como los teporingos nos encontramos distribuidos a lo largo de los volcanes del centro de nuestro país.

Tienes primos, primas, tíos y tías en el volcán pelado que se encuentra en Tlalpan, en el volcán Tláloc, ubicado en la delegación Milpa Alta, en el Nevado de Toluca y desde luego en el Popocatepetl e Iztaccihuatl.

—En nuestros orígenes éramos una familia muy numerosa, pero siempre estamos expuestos a temibles depredadores como el coyote, el zorro gris, la víbora de cascabel, el cacomixtle norteño, la comadreja, la musaraña y el lince.

—La tristeza se dibujó en su rostro.

—Pero realmente lo que ha disminuido nuestra especie es el avance de las grandes ciudades. Nuestros cerros, montañas y volcanes se han visto cercados por las construcciones del hombre. Lo que nos pone en gran peligro.

—Aun así, nos estamos recuperando, gracias a la ayuda de refugios creados especialmente para que nuestra especie viva cómodamente y sin peligro alguno.

—finalizó el teporingo sabio.

—Abuelo, tienes razón, los teporingos somos muy importantes pues actuamos como guardianes de los volcanes del centro de México; con esta gran historia voy a entregar una excelente tarea, será la mejor de mi salón.

—¡Me gustó mucho la historia, abuelito!

—añadió emocionada Adelita Teporingo.

—Recuerden, Mauri y Adelita, que no porque otras especies sean más grandes y fuertes son más importantes que nosotros, los teporingos, igual que las rocas, siempre estamos donde somos útiles.

EL RESCATE DE NAZARIA
Oriana Ramirez Sanchez
Autora e Ilustradora: Maria de la Luz Delgado Gómez

El rescate de Nazari

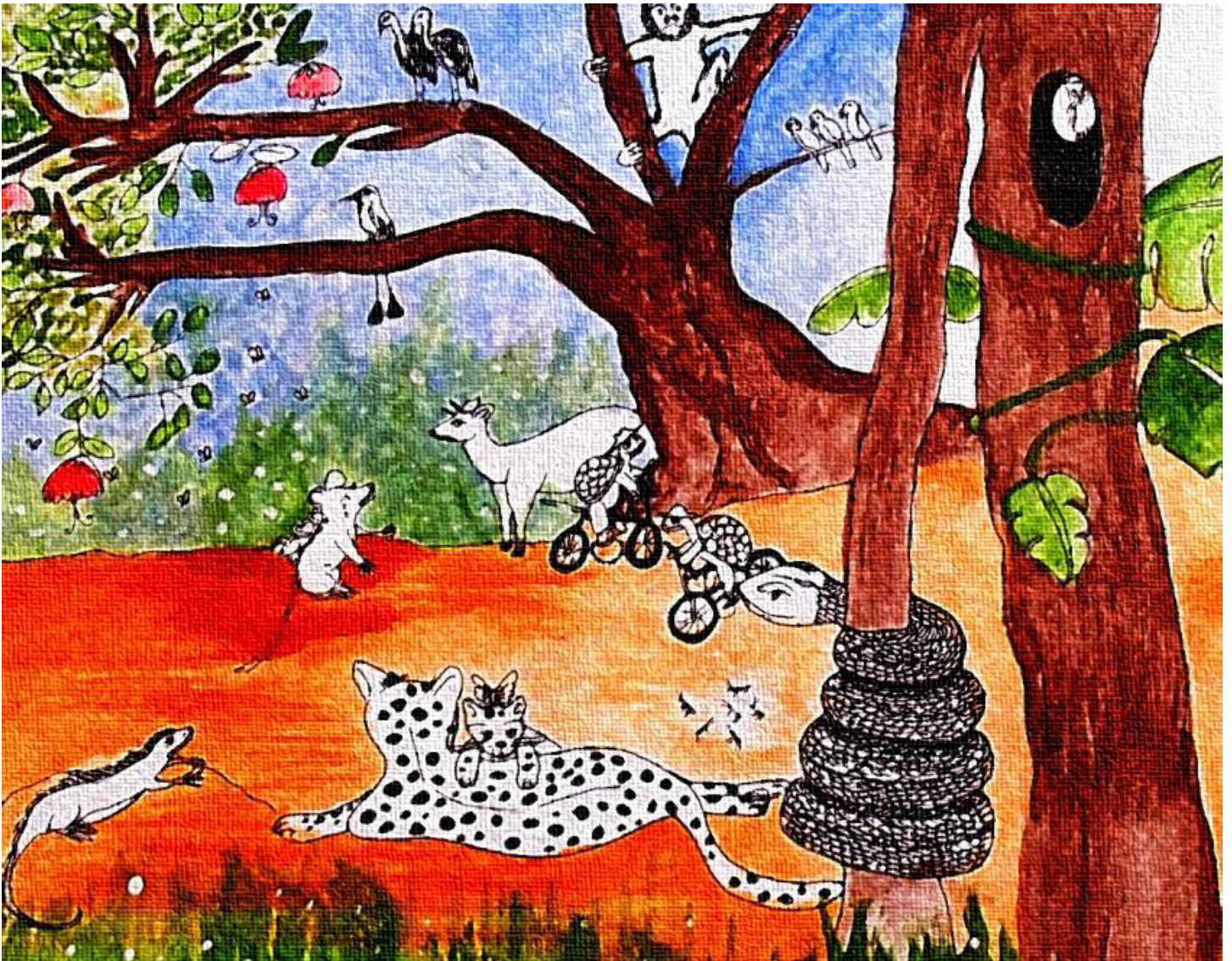


Era la hora en que los pájaros despiertan y el Sol se levanta con ellos, cuando doña Zariguella, con un grito, estremeció a todo el pueblo:

–Nazarita, ¿dónde estás? –Lloraba desesperada.

Al escucharla, el mono aullador negro tomó aire e hizo un llamado a toda la comunidad. Rápidamente, los habitantes se reunieron cerca de las canchas de béisbol.

Las abuelas y los abuelos Tortuga llegaron en su bici, también llegó don Temazante y el joven Tolok, después el señor pájaro Tho, la tía Balam y su sobrina, y por último, el gran ejército de hormigas rojas y las abejas meliponas. En los árboles estaban los amigos zopilotes, también unos loros verdes, la señorona boa enroscada en una ceiba y, desde su guardia, el sabio búho.



Doña Zari les contó que hacía tres meses dio a luz a seis hermosas zarigüeyas y que, en cuanto aprendieron a enroscar su colita por las ramas, se escapaban por todos lados.

–Hace días que no duermo en la noche por el miedo a que se pierdan, pero anoche descansé mis agotadas patitas, cuando caí en un profundo sueño. Al despertar, mis tiernos bebés colgaban de mi pancita y al contarles sólo había cinco.

–Busqué por toda la madriguera, debajo de las hojas, entre las raíces y en la cama de pelitos, pero no hallé a mi Nazarita, la más traviesa –dijo la madre Zarigüeya entre lágrimas.

Al escuchar la historia, los demás animales sintieron mucha tristeza por ella, pues siempre ha sido una vecina amable, cariñosa y solidaria con todes y verla así les rompía el corazón.

Así que se propusieron armar un plan de búsqueda por toda la selva, comunicar a pueblos cercanos y proponerse encontrar a Nazarita en calidad de urgente.

Entonces, los equipos se formaron de la siguiente manera:

Equipo 1: Los animales terrestres. Su tarea fue rastrear todo el territorio, buscar huellas e informar a los poblados más cercanos.

Equipo 2: Los animales aéreos. Se encargaron de vigilar, hacer mapas de la zona y buscar desde el aire.

Equipo 3: Los animales nocturnos. Su tarea fue la de activar el plan de búsqueda durante la noche.

Pasaron dos días y no había señal de bebé Nazarita. Estaba por anochecer, el silencio triste y sombrío reinaba en el pueblo, cuando de pronto un grupo de hormigas rojas llegaron a la junta comunitaria con la siguiente información:

–Hormigas negras de la zona oriente, nos acaban de informar del hallazgo de una criatura peluda y juguetona. Fue encontrada herida de sus patitas al costado de la nueva carretera. Por el momento, está siendo atendida por las abuelas sabias curanderas de la selva, quienes con hierbas han logrado sanar algunos de sus deditos.

Al escuchar esto, la abuela tortuga no tuvo reparo en subirse a su bici para avisarle a la mamá Zarigüeya. Pedaleó más rápido que nunca, tanto que ni siquiera se veían las flores de su huipil. Mientras tanto, el abuelo, montado en su bici, fue a buscar al mono aullador para que diera el aviso a todo el pueblo.

Como ya era casi noche y el reporte venía de lejos, el equipo nocturno acordó que Búho se llevara en su espalda al joven Tolok y a la mamá Zarigüeya, escoltados de un comando de luciérnagas y tres murciélagos.

Muy amablemente, el Búho aceptó y mamá Zarigüeya encargó con la abuela a las cuatro cuatro bebitas zarigüeyas.

Tanto el joven Tolok como la mamá zarigüeya nunca habían volado y se sentían muy nerviosos, pero Búho les dijo que respiraran profundamente y confiaran.

—Mírenme a los ojos —dijo.

Ellos lo miraron y se emblandecieron hipnotizados. Así se los pudo llevar sin que se desmayaran ante el oscuro y rápido viaje.

Durante el trayecto entre nubes, pudieron observar largas carreteras que cruzaban la selva, autos que iban a máxima velocidad y, desafortunadamente, varios animalitos atropellados. El peligro era mucho, afortunadamente, el equipo nocturno era muy profesional.



Al llegar al oriente, ya les esperaban algunas hormigas para guiarlos hasta la taberna de las sabias abuelas curanderas.

El lugar olía a hierbas húmedas y era iluminado por la luz de la luna llena.

La madre Zarigüeya, inmediatamente, olfateó a su bebé y lo halló, lo abrazó y le llenó de besitos toda su carita, su pequeña nariz rosada y sus ojitos grandes y negros, chispeantes como las estrellas.

Sus lágrimas de felicidad corrían por sus bigotes y la dicha era tan grande que parecía que la Luna iluminaba de más y el viento danzaba sobre las hojas de los árboles haciendo una armoniosa melodía que sonaba en toda la Tierra.

En ese momento, todes comenzaron a llorar de felicidad, incluso el pueblo. Así todes sintieron cuando Nazarita y su mamá volvieron a estar juntos y supieron que todo el esfuerzo había valido la pena.

Aquella noche se quedaron en la taberna para recuperar fuerzas, la madre agradecida se ofreció ayudar al ver que no sólo su pequeño estaba herido, pues había otros animalitos aéreos, terrestres y nocturnos lastimados por esas grandes máquinas que van en las carreteras.

Ellas le dijeron:

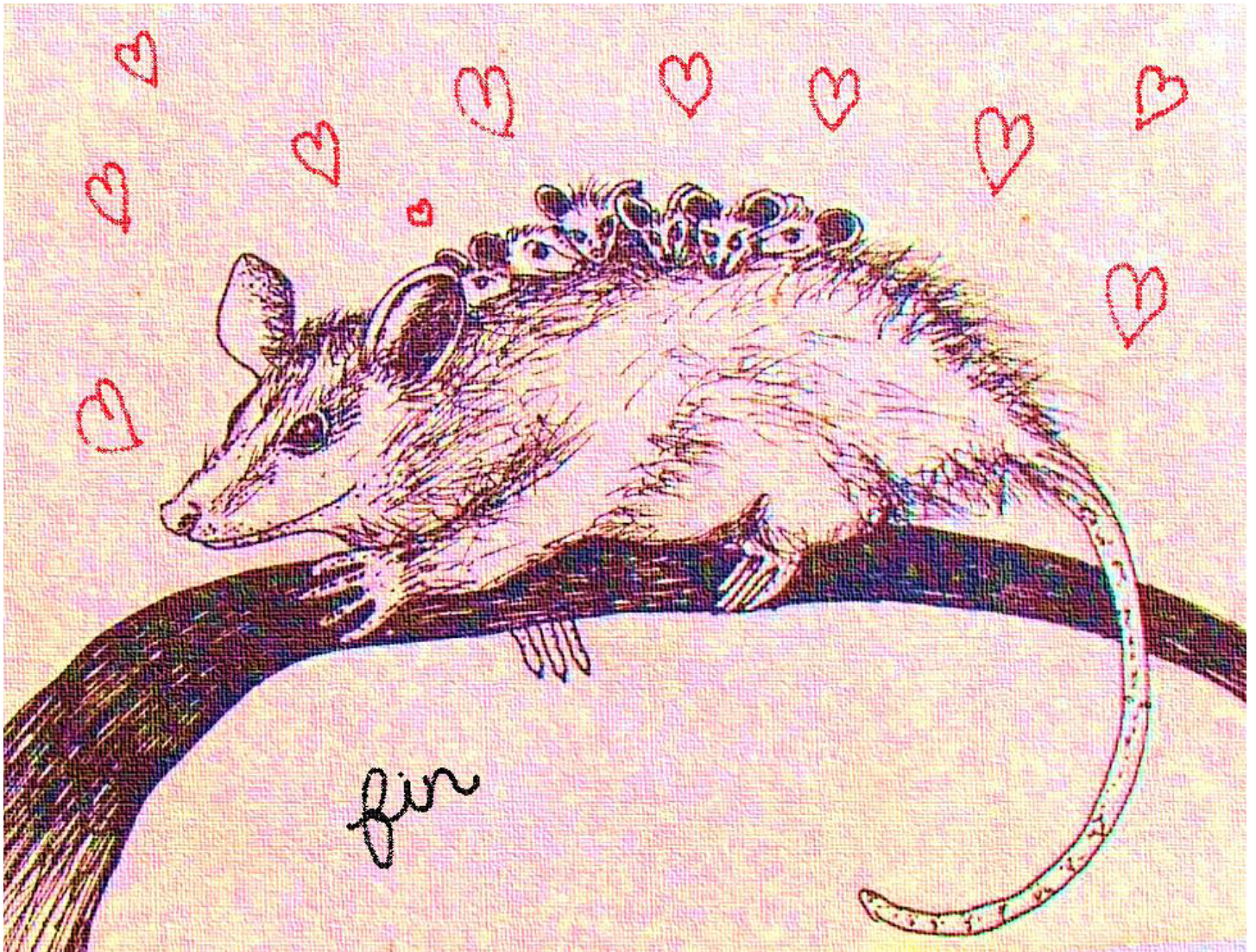
–No te preocupes querida, descansa. Aunque estamos exhaustas, es nuestra vocación curar a las criaturas de la madre selva.

Poco antes del amanecer, el equipo nocturno, joven Tolok, Doña Zary y Nazarita, emprendió el vuelo de regreso a casa. El viaje fue tan veloz que apenas iban saliendo los primeros rayos de Sol cuando llegaron al pueblo y todes salieron a recibirlos.

También, llevaban frutas de colores y flores de dulces olores para celebrar que, gracias al trabajo colectivo y las habilidades de cada animal, fue posible reencontrar a Nazarita con su mamá.

Desde entonces, la comunidad de animales se dio cuenta de que con empatía, organización y trabajo en equipo es posible cuidarse, resolver problemas y proteger la selva.

También las bebes zarigüeyas entendieron que tienen qué avisar cuando salgan y ser consideradas con su mamá que tanto les ama.



CUENTOS DE LUNA
Autora e ilustradora: María Villegas Ledesma

Cuentos de Luna



La luna todo lo ve, aunque a veces no quisiera.

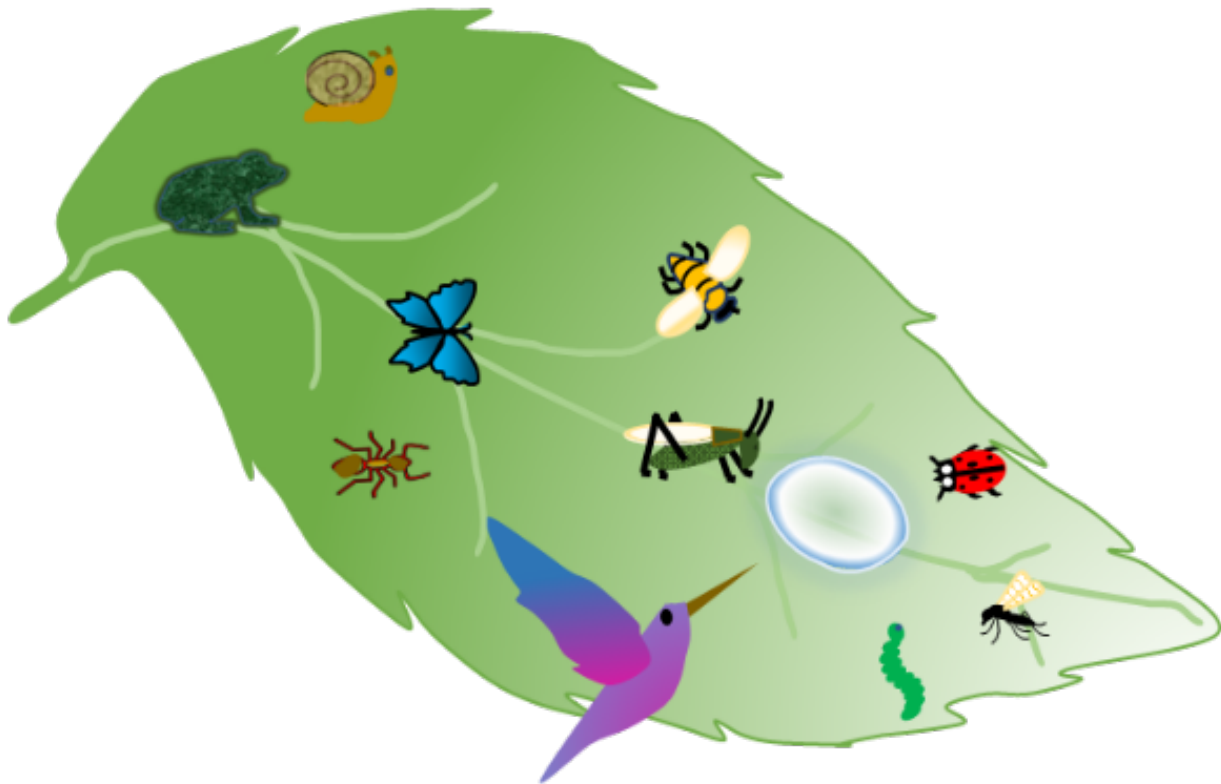
La otra noche me dio la impresión de que la luna quería decirme algo, parecía nostálgica, me hizo sentir como si trajera un nudo en la barriga, esa sensación incomoda cuando algo nos preocupa. Me fui a recostar y empecé a soñar que sus rayos entraban despacio a mi cabeza y me susurraba lo siguiente:

—En mi continuo andar alrededor de la tierra he visto tantas cosas, que no podría hablar de todas, pero en particular quisiera contarte aquellas historias que encierran amor, esperanza, lucha, fortaleza, paz, justicia y una buena dosis de solidaridad. Deseando crear puentes que rompan la indiferencia y puedan crear lazos que los unifiquen como lo que son una gran familia humana.

A partir de ese momento empezaron a fluir poemas o a veces historias que, por las noches aparecían bajo mi almohada.

¿DE QUIÉN ES EL AGUA?

Gota de rocío, un oasis sin dueño. ¿Quién quiere beber?



Chala, (valiente en lengua mazahua) caminaba con su madre en busca de agua, les llevaba varias horas llevar una cubeta del líquido a su casa pues tenían que llegar a un pequeño manantial que quedaba camino arriba allá en el monte. No podía ir a la escuela pues debía ayudar a su mamá. El no conocía los baños de regadera ni de abrir la llave para lavarse las manos o los dientes, mucho menos podía darse el lujo de jugar guerritas con globos o pistolas llenas de agua como algún día le contó su primo Tomás que lo hacían en la ciudad.

Él sí que había viajado; pensaba mientras caminaba. Pues con su papá se fueron buscando empleo y mientras el tío trabajaba como albañil en una construcción bien bonita, de esas que hasta alberca tienen. Tomás se iba a limpiar parabrisas en un semáforo. Mínimo les alcanzaba para un refresquito y unas papitas. Eso sí, cuando no les alcanzaba para pagar la renta de un cuartito, pues dormían en alguna banca en un parque, con un buen gabán que hacen los artesanos, la libraban rete bien.

Al menos ellos si volvían al pueblo de vez en cuando pero su papá se había ido hace años y no sabían nada de él.

Sus pensamientos le hacían olvidar el cansancio, aliviando un poco la caminata. De pronto sus huaraches gastados tropezaron con una piedra y lo hicieron volver a la realidad.

El agua que acarreaban era solamente para beber, preparar los alimentos y asearse un poco. La ahorran y la hacían rendir hasta su última gota.

¡Ah como le gustaba la época de lluvia! pues descansaban un poco de esos viajes tan pesados y podrían tener su milpa, maicito y frijolitos.

Primero barrían y lavaban el techo de su cuartito y ponían las cubetas donde escurría el agua para poder usarla. A veces podía jugar en algún charco imaginando que una hoja seca era un barquito, le ponía algún insecto y pretendían que cruzaban el mar, aunque no lo conocía personalmente; el tío Juan le había contado que era muy hermoso ver esa enorme cantidad de agua toda junta y que nunca se secaba.

Mientras miraba el paisaje de matorrales secos, la sed lo devoraba y recordaba las palabras de su abuelo cuando le decía:

—Mira mi niño este lugar antes no era así.

Los ríos corrían libres, había lagunas con peces, bosques, animalitos silvestres teníamos comida y éramos felices. El tener tanta agua, nos llevó a perderla pues llamó la atención. Hace cuarenta años, vinieron muchos hombres la apresaron se la llevaron para la ciudad y la hicieron suya.

Quisimos defenderla, pero ellos eran más fuertes y traían la orden de los jefes y, pues a partir de entonces todo cambió para nosotros, unos se fueron otros nos quedamos, porque ésta es nuestra tierra y aquí está nuestro corazón.

Entonces Chala, pensativo y triste, seguía caminando con pasos cansados mientras recordaba un viejo canto.

“El agua sube hasta las nubes
baña los bosques y las montañas
corre entre rocas, salta en cascadas
brincando alegre se sabe dar
besa mi boca y me da la vida.
Sin distinciones, ella se entrega.
¡La extraño madre! ¿Hoy dónde
está?

MAMÁ SE ENFERMA

Se levantó tarde, no se sentía bien, estaba muy caliente. Fui a buscar unas hierbitas medicinales, le hice un té y le dije que descansara. Alguien tocó la puerta. Era una anciana que nunca había visto y me dijo:



Un escalofrío recorrió mi cuerpo, lucía muy delgada, pálida y extrañamente elegante, tuve un presentimiento desagradable y me sentí en conflicto, pues me quedaba poco líquido, pero tranquilizándome, le dije:

—Me quedan tres vasos de agua, le puedo obsequiar uno, otro es para mojar un trapito y ponerlo en la frente de mi enfermita y el otro lo voy a guardar para que ella pueda beber; si me espera, iré a conseguir más.

Sentí angustia al dejar sola a mamá con una desconocida, pero me apresuré, pues ya pasaba de las 4:00 de la tarde.

Caminé rápido, aunque me alcanzó la noche, pero la Luna me acompañó iluminando mi camino.

Llegué a casa, la viejecita estaba afuera sentada en una piedra y me dijo al verme:

—Chala, tienes poco y lo compartes, eres generoso, trabajador y valiente.

Soy la muerte y no venía por tu madre. Sólo sentía curiosidad por conocer cómo sobreviven los pueblos que sufren grandes despojos. Hoy, entiendo que sus virtudes son las que les dan la fortaleza para sobrevivir. Ahora puedes entrar y abrazarla, pues la bebida que le diste hizo su efecto.

Estrechó mi mano y, con paso lento, desapareció en la oscuridad del camino.



CALAVEREANDO

A la muerte en Tula, Hidalgo,
la alcanzó la inundación
aunque dio su paso largo
le tocó esta maldición.

La corriente y sus desechos
la dejó más que indignada
porque sus muy blancos huesos
se dieron santa embarrada.

Qué ofensa, ¡es un ultraje!
violar derechos de vida
de quien llena aquí su guaje
¡y de mí que soy catrina!

Las ciudades en la gloria
con su drenaje malhaya
se deshacen de la escoria
aunque a otros les caiga.

Hoy la muerte intoxicada
sus huesos llenos de lodos
aunque va algo mareada
pide equidad para todos.



Tres textos de prosa poética y poesía

I. Pulsos

¿Has visto a las luciérnagas que empiezan la tarde prendiendo y apagando cada una por su cuenta, pero que mientras oscurece se sincronizan y hacen que parezca que los árboles se enciendan enteros, rítmicamente?

Como el pulso de las luciérnagas, los pulsos que me cimbran tienen siempre algo de colectivo, de nunca haber sido solos: como millones de bacterias que despiertan con la lluvia y cocinan el olor a tierra mojada, áridos valles que por unos días se transforman en desierto florido, aves y hormigas que solas van erráticas, pero que juntas forman ríos y nubes palpitantes.

La vida herida ¿será un pulso abierto, interrumpido, dispuesto a acoplarse, en busca de un resonar?

Buscaremos nuestros pulsos, el tuyo, el mío, el de las luciérnagas, las flores, las hormigas y las aves. Al encontrarse, al saberse, como aquellos árboles, vamos a brillar.



II. Amanecer

Oigo al grillo que vive en la cocina. Empieza a frotar sus élitros en la madrugada, cuando arranca jaloneando como motor viejo y luego sigue constante bajo el refrigerador, hasta que lo invaden la luz y el ruido matutinos.

¿Cómo llegó ahí? ¿Qué come? ¿Qué hace durante el día?

Y a lo lejos, árboles que despiertan con voz de gorriones citadinos y un halcón que los roza silbando.

Y a lo cerca, zumbidos constantes del refrigerador-casa del grillo y de un foco demasiado luminoso para mis ojos desmañanados.

Oigo los chirridos de la familia de murciélagos que está por migrar, me dicen que hasta Colombia, pero que aún no deja su madriguera afuera de la ventana del baño.

¿Se confundieron o no encontraron lugar en las paredes de roca volcánica? Quédense un poco más. Hay muchos escarabajos en los macetones del balcón.

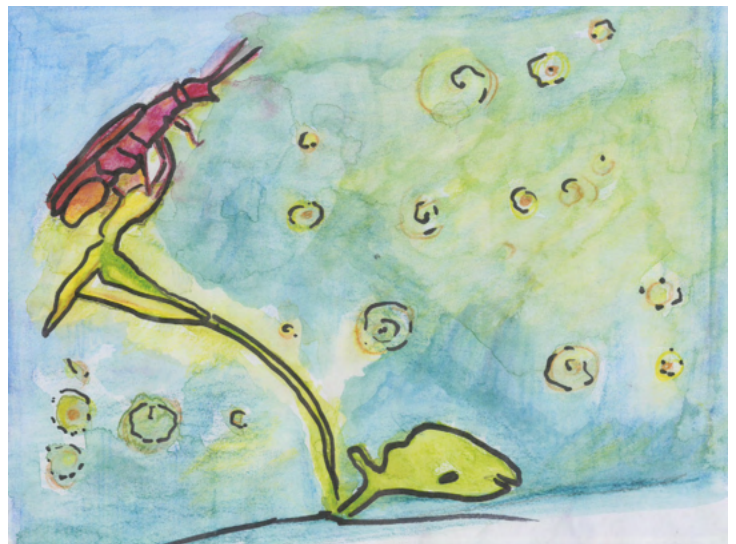
Nunca oigo a la araña de colores, pero desde el día en que nos asustamos la una a la otra la busco de reajo todo el tiempo y sé que está ahí, debajo de las repisas, tejiendo el mantel de su cena y buscándome con sus ocho ojos.

¿Le temerá el grillo a la araña? Hasta ahora sólo la he visto comer mosquitos y polillas.

Por unos segundos, sólo oigo un avión trasatlántico que apaga todo lo demás. Cada mañana nos escuchamos el avión, el grillo, los gorriones, el halcón, los murciélagos, la araña y yo.

¡Mamaaaaa! Se anuncia otro habitante de la casa con un sonido de burbujeante vigilia.

El grillo calló. El desayuno.



III. Árbol

Para Gerardo Camacho de la Rosa, árbol y defensor del bosque.

Su follaje se veía desde lejos,
también en la noche, también en la niebla.
Constante lucero forestal.

Crecía haciendo espacio para otros,
amoroso, intercalaba sus ramas.
Abrazo del bosque.

Alojaba nidos, telarañas, madrigueras...
en sus grietas, musgos y líquenes.
Árbol mundo.

En sus raíces se tejían infinitas hifas,
conversaban en los poros del suelo.
Secretos de humus.

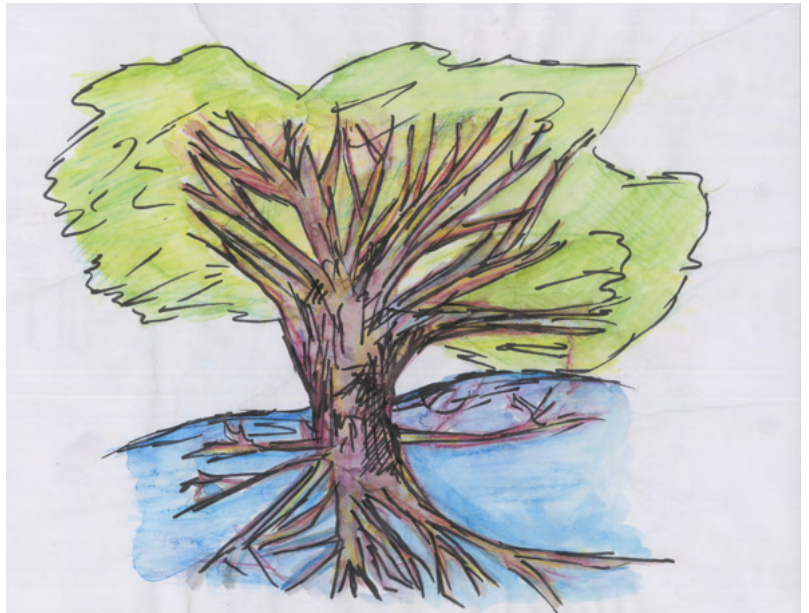
Bajo él se acurrucaba el agua y
la convertía en manantiales.
Alimento para las nubes.

Nubes ingratas. Le devolvieron un
trueno.

Se desgarró la montaña, adolorida
hasta el vientre.

Escapó herida el agua, colapsaron los refugios.
Otros árboles, entrelazados, cayeron también.
Crujidos, cenizas, chirridos, aullidos, ruinas.

Se abrió un claro inmenso y silencioso,
sólo habitado por un brillo inerte.
Ven ya, alfarero de Ceará,
hagamos del dolor un papagayo.



DENTRO DE UNA PLANTA
Autora e ilustradora: Mariana Rios Londoño

DENTRO DE UNA PLANTA



DENTRO DE UNA PLANTA

Hojas, ocasos de insectos ¿en dónde está la clorofila?
entre las ramas, la leña
cada cascada del río se lleva el agua a una fila
está muy cerca la peña.

En mis manos reposa una mariquita
mueve sus pequeñas patitas
se encarga del botón de rosa
y regresa su retoño entre su boquita
como el encanto de cualquier cosa.

Muestra el ritmo de los aromas en sus flores
es una azucena azucarada que conquista a la mariposa
entra en el fondo del pistilo para tomar el dulce con un pitillo de colores
son los sabores de las plantas en la esquina armoniosa.

Voy a escarbar lo más hondo y encuentro
un cuento en el interior del tronco y un espeso líquido
por segunda vez, me quedo pasmado ante la clorofila
repito lo mismo de las palabras de este cuento que recuerdo
finalmente desemboca mi respiro en el espíritu del bosque pálido.

Fue desde una semilla, desde aquel día de polinización
era primavera y tendía a salir el Sol
pero también había una fría brisa como un envuelto
se escondía entre los estambres antes de hacer su acción
con el viento llegó al estigma
y penetró en el ovario con una sonrisa
fue la fecundación y nació la semilla.

Desde lo lejos me llamaba al Sol, buscando calor
ante la espesa lluvia, me puse a esperar la llegada del primer brote
ese colorido retoño llegó al instante sin saludar con mucho olor y color
estaba suspendido entre los cotiledones de la semilla y consciente de su rebote.

Fue dando consistentes vueltas hasta ser un tierno retoño
no era leñoso, era verde como el brebaje de bledo de la botica
compuso una hoja que llegaba a visualizarse a lo alto de un caño
me esperaba para crecer, pidiendo Sol y agua con una mirada amiga.

Cuando me acercaba, descifraba que era parte natural del bosque
como un pequeño caracolí que se alarga entre su hábitat
mi mirada se detuvo en el tiempo, me quedé estático en el estanque
le llevé agua y lo puse donde el Sol llegaba.

Y entonces, escuché sus primeras palabras
estando yo a la guardia como un mosquetero
mis parpadeos hicieron notar mi felicidad en todo el bosque
era un completo impacto de amistoso coqueteo
mi primer hija planta está creciendo con fortaleza en su ensamble.

Es un ensamble de notas melosas
que retienen los colores de un paisaje entre la naturaleza
esta planta mira con los ojos desde sus raíces
hasta la última hoja en su copa
guarda un saludo que dice el silbido de las aves
en el picoteo de un pasaje
revive por siempre el bostezo de un oso perezoso cuando ve al alba.

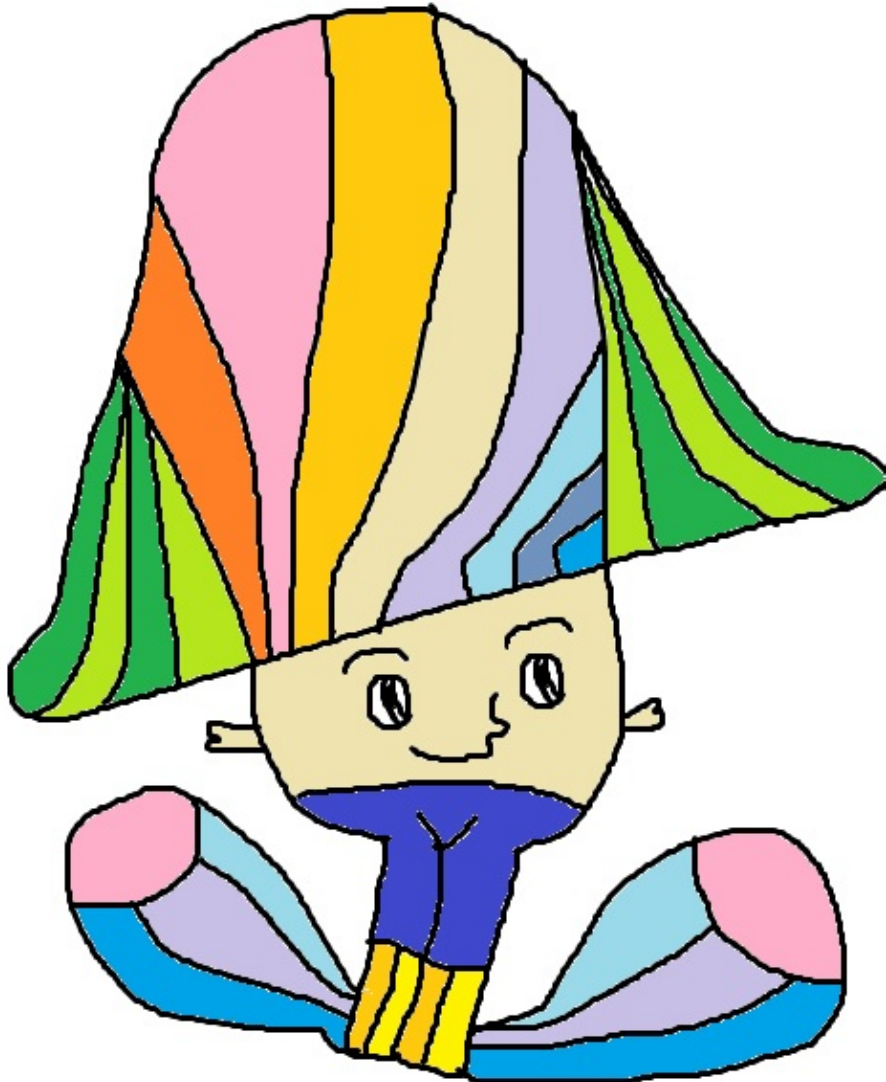
En la capa de un retrato, lee las canciones de las aves
me sostiene para ver el tarareo de la colina ante el árbol
es su labor tomar a la naturaleza por sus flamantes claves
en cualquier caso se conecta con el agua del manantial y el trébol.

Con el río que emana agua dulce, sin azúcar es dulce
el sonido de las rocas alcanzadas por el agua
como el chasquido de mis uñas al mayor alcance
nadie ha partido a excepción de aquella ave migratoria desde el río al fango
hasta la montaña aquella ave se despide de lo que aún se encuentra aquí...

SOMBRERÍN COLORÍN

Tengo una pared de deliciosa quitina filamentosa, mi nombre es Sombrerín porque sobre mi pie poseo un gran sombrero que mide menos de un centímetro, para mí eso es ser un gigante en el mundo de las bacterias, me gusta que me recuerden como todo un conquistador, pues gracias a mis esporas voy dejando descendencia y huella por donde paso.

"Toc, toc", toco la puerta de cada casa, sin pedir permiso, esperando si alguien me abre para dejar un paquete lleno de esporas dentro de mi basidio, tengo a la vez un regalo de millones de hifas al cual llamo micelio, pero esto no es todo, he vivido muchas aventuras a la sombra del mundo.



Les voy a contar un secreto: mis alargadas manos hifas ya no alcanzan a llegar al puente que están construyendo, porque ese puente va hasta las nubes, entonces tengo que resignarme a ver el cielo sin poder tocarlo.

Soy considerado un saprófito porque dependo de lo que está a mi alcance: el suelo, saboreo todos los días la materia descompuesta, me encanta comer la fruta con moho, porque yo también soy un hongo, por eso mi cuerpo produce muchas micorrizas, tengo una armadura hifa con un material tan fuerte como los ladrillos, llamado actina. Yo me encuentro aquí con ustedes para que conozcan mis historias, desde el día que hice cerveza cuando se fermentó mi sombrero en el circo, hasta el día en que me disfracé de un rey para jugar ajedrez.

Era temprano que la Luna se veía en el crepúsculo, estaba caminando entre el pasto y me encontré con el señor gusano, éste me saludó con un gran bostezo, yo le contesté con un estornudo de esporas.

–Hola, señor gusano, hoy tenemos una cita con las lombrices que están haciendo lombricompuesto, vamos a bailar con ellas; luego les regalamos anillos, luego comamos cáscaras de mango y manzana entre el lombricompuesto.

El gusano aceptó y posteriormente fuimos a tomar jugo de petróleo para obtener energía, combustible y encender una gran hoguera.

Somos grandes amigos nosotros, vamos a ver entre los hoyos de los arrecifes de corales los gusanos que salen para apreciar lo inimaginable, aquella hoguera que sale y se conserva en las profundidades del mar como el fango en un volcán, el humo está soplando fuerte y mis esporas de hongo se están triturando.

Pronto serán parte de la ceniza, mi amigo el gusano me mira atónito ante la lava, ese lombricompuesto está estallando, libera agua entre el arrecife, pero esa agua se evapora cuando pasa por el fango incandescente que se está consumiendo con fervor, como una fiera que se ha herido con los sollozos de su presa.

Es una llamarada que no podrá alcanzar mi sombrero, ya que como hongo me protege la capa de quitina, soy inalcanzable, pero cuando cuentan conmigo pueden ver lo accesible que soy, especialmente mi amigo gusano.

Vamos al día siguiente, luego de salir de aquel arrecife vulcano a un lugar donde los animales son gigantes y las plantas son microscópicas, en este sitio exploraremos que los animales son autosuficientes, pues producen su propio alimento y las plantas son depredadores que no pueden fabricar su alimento.

Parece que fuera lo contrario a lo que dicen los libros de Ciencia y Botánica, pero es que es un lugar que anda algo fuera de lo convencional y por eso yo y gusano miramos con lupa aquellas plantas para ver su comportamiento voraz, pues tienen dientes afilados, mientras que los animales no poseen dientes, porque en su sistema circulatorio tienen enzimas para crear su alimento triturado.

Éste les sirve para enseñarle a esas plantas caníbales que los animales también pueden hacer lo que en las bibliotecas está expuesto en cada libro.

–¿Quieren saber cómo logré llegar a aquel misterioso reino?

–Dijo sombreroín a nosotros.

–Esto fue gracias a que mi sombrero es mágico y, al darle la vuelta, me permite explorar dentro de un caleidoscopio de mundos. Cuando yo elijo un color puedo ir a un lugar diferente con sólo decirlo, como soy un hongo parlanchín, en aquel momento repetí varios colores hasta llegar a este mundo.

–Es todo lo que he dicho, un misterioso mundo, lugar y reino donde las criaturas son autosuficientes y dependen de lo que no se ha dicho jamás en los libros, ellas son libres a su estilo, sin dejar estigmas a su paso.

–Como soy un hongo nadie me ha comido porque hoy en día dicen que tenemos mal sabor debido al sombrero y a nuestra fuerza, por eso estamos colonizando cada esquina, respirando esporas, nos movemos con el ritmo de las aventuras y nos gusta comer la luz de las estrellas.

–Pero nuestro alimento ideal es la Vía Láctea, es una galaxia que queda a pocas horas de aquí viajando en canoa, se encuentran en las profundidades del océano, porque son estrellas de mar que se cocinan con picante. Yo uso mi sombrero para la cocción de las estrellas y les quito las espinas con mis zapatos haciendo fuerza a modo de palanca, quedando el plato perfecto para comer al

aire libre.

—Después, voy a dormir y sueño con que soy un pirata, me animo a soñar hasta el otro día y tras el fango veo más hongos, ellos son mis familiares, me saludan y me dicen que he estado durmiendo no “hasta el otro día”, sino hasta el otro mes.

—El tiempo en mis sueños pasa más lento y en mis sueños, lo que es un mes, realmente es un día, por eso a veces pienso más de una vez si es mejor evitar dormir porque, cuando lo piensas más de una vez, dormir se hace efectivo cuando no tienes nada más que hacer.

—Pero se vuelve tedioso cuando tienes que efectuar mil tareas; esto conlleva a que yo sea aquel que elija autónomamente el momento adecuado para dormir porque durante mi ausencia en este mundo, mi familia no me despierta debido a la profundidad de mi sueño.

LA VAQUITA MARINA Y EL CEMPASÚCHIL ACUÁTICO



Eri, la vaquita marina, tan rápida como una centella de luz, ha salido a ver el barco que se aproxima tras la espuma, para hablar con el señor pulpo que se encuentra atascado en un hueco debajo de una concha, pero el pulpo no la alcanza a escuchar porque Eri tiene la voz ronca, debido a un camarón atravesado en su camisón.

–Por favor, señor pulpo, ven para ver el barco que tiene una reunión de piratas –le dice Eri, pero el pulpo con sus tentáculos le guiña el ojo y le lanza una pantalla de humo.

Sorprendida, Eri piensa que esta es una señal de que tiene que escribirle una carta al pulpo; sin embargo, éste se siente amenazado por los piratas y se libera del hueco, sale nadando y se va.

A lo lejos, Eri le grita asustada:

–¿Te ha ocurrido algo?

El pulpo no retrocede y desaparece.

Piensa reflexivamente que ese pulpo debió de haber tenido un suceso trágico con aquellos piratas, y se resigna a quedarse allí esperando que venga otra criatura marina a hablar con ella.

Se da cuenta que, en algunas horas, todas las criaturas marinas han desaparecido desde que llegaron los piratas a excepción de ella. Por eso imagina que los piratas pudieron causar un gran desastre en la costa.

–Yo también debería de marcharme, pero mejor espero a que llegue alguien. Pensó Eri aún esperanzada.

Un remolino la envolvió y pronunció un canto que le decía que su elección eran los piratas. Eri no entendió en absoluto, pero pensó que quizás ella iba a ser la mascota de los piratas y ellos la tratarían con bondad.

No fue así, los piratas comenzaron a sacar de su barco unos jarrones y aspiradoras, con las cuales succionaban el agua del océano dejando sólo charcos y sequía.

Eri comprendió el miedo que inspiraban los piratas en las criaturas del mar y se decidió por hablar con ellos con su dulce voz, pero algo la detuvo. Una gaviota le dijo:

–¿Eres tú quien nos va a conseguir peces a los piratas y a mí?

Entonces Eri, consternada, le contestó:

–Yo soy la encargada de conciliar la guerra entre piratas y criaturas del mar, voy esclarecer este mal entendido y a evitar que los piratas sigan succionando el agua del mar.

–¿Acaso no sabes que los piratas son los dueños de estos mares? –cuestionó la gaviota.

–Los mares son primero de las criaturas que allí habitan y tú eres parte de nosotros y el mar; no puedes estar del lado de los piratas –contestó la vaquita.

Entonces, la gaviota le hizo una señal y le mostró una semilla en un charco de los pocos que le quedaban al mar, de ella comenzó a salir un bejuco y una flor de cempasúchil que se enredaba en cada charco que quedaba y milagrosamente formaba puentes entre cada uno de éstos hasta provocar que el agua fluyera de charco en charco y generar de nuevo el mar que los piratas habían estropeado.

EL VIAJE DE RUFINO
Maribel Arenas Navarro
Autora: Jhenifer Reyes Galvez
Científico asesor: Gabriel López Segoviano
Ilustradores: Laura Dennise Meza Lecuona y Manuel Alejandro Arenas Navarro

El viaje de Rufino



Rufino
(*Selasphorus rufus*)



Rufino es un pequeño colibrí con un hermoso plumaje color bronce, con unas plumas en la garganta de color rojo brillante que empiezan a salir. Los colibríes de la especie *Selasphorus rufus* nacen en la costa oeste de los Estados Unidos de América y migran, es decir, viajan haciendo pequeñas paradas para alimentarse en México durante el invierno y luego regresan al norte en primavera.

Rufino está muy emocionado, pues será su primera migración, saldrá con otros colibríes desde las montañas rocosas en Estados Unidos a los bosques de México. A Rufino le encanta visitar muchas flores, volar por el bosque, posarse en los altos y hermosos árboles y jugar a diferenciarlos por sus hojas.

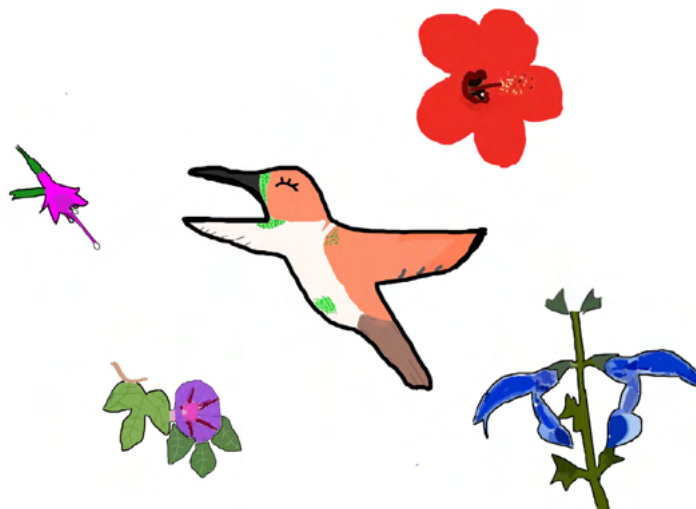
Los demás colibríes le enseñaron que los abetos tienen hojas en forma aguja que crecen en manojos y con puntas redondeadas, mientras que los pinos tienen agujas largas y sueltas. Además, los encinos tienen un fruto llamado bellota que parece llevar un sombrero.

Su madre le ha contado que los bosques de México son hermosos, tienen árboles con hojas de muchas formas y colores y, además, conocerá otras especies de colibríes. Una mañana de julio, al salir a alimentarse, Rufino vuela acompañado de su madre a un arroyo para darse un chapuzón y mientras chapotea le pregunta:

–Mami, ¿cuáles son tus flores favoritas... las rojas o las anaranjadas?

–Creo que mis flores favoritas son las fucsias y rosas, de forma alargada; son tan bonitas

–respondió su madre.



Rufino no sabía exactamente a cuáles flores se refería, pero le emocionaba conocerlas en el viaje. Su madre le contó que en los bosques de México conocerá muchas flores nuevas de las que podrá alimentarse.

Flores de color rojo, amarillo, rosa, morado, azul e incluso, blancas de formas alargadas y algunas otras con nuevas formas de las cuales podrá obtener néctar, que es su alimento favorito.

La mañana siguiente, Rufino despertó con mucha emoción, es el gran día y empezará su viaje hacia México. Después de varios días de viaje y algunas paradas para alimentarse, Rufino llegó junto con otros colibríes a El Palmito, en Sinaloa, y observó que hay árboles, chaparritos, medianos y muy altos; además está lleno de flores largas y tubulares de colores brillantes.

–Mami, ¿qué tipo de bosque es este?

–Se llama bosque templado, lo encontramos en las montañas donde no hace mucho frío, ni mucho calor y llueve una parte del año. Hay veces que hay más pinos, más oyameles o más encinos, o una mezcla de todos. Y de noviembre a febrero se llenan de flores para que nosotros, los colibríes del norte del continente, vengamos a visitar a nuestros amigos colibríes que viven en México.

–Hay muchos árboles que se parecen a otros en el norte, pero ... se ven diferentes si los ves con atención –comentó Rufino.

–Así es, son parientes, pero los árboles de estos bosques crecieron en diferentes condiciones y están adaptados al clima y suelo de estas montañas –explicó su madre.

–Algunos viven por todo México y otros sólo los veremos en algunos sitios. Ya verás conforme sigamos viajando.

Después de unos días de descanso, alimentarse y hacer nuevos amigos, deciden seguir el viaje por las montañas de México. Tiempo después llegaron a Talpa de Allende, en Jalisco, un lugar hermoso donde desde la montaña más alta se podía ver el mar.

–Es mi lugar favorito –dijo su madre al llegar.

–Aquí podrás pasear por el bosque y encontrar muchos árboles con hojas de muchas formas.

Rufino no perdió el tiempo y empezó a recorrer las montañas cercanas de arriba abajo, visitando todas las flores que encontraba en el camino. Encontró árboles que poseen hojas de formas alargadas como hilos, hojas redondas, con picos pequeños o picos grandes como estrellas; además algunas tienen pelitos, mientras que otras son gruesas o delgadas o tienen forma de corazón.



Rufino también observó algunos pinos que tienen conos muy grandes y otros muy chiquitos. Además, algunos encinos tienen bellotas muy grandes con el sombrero despeinado y otras bellotas son muy pequeñas. Nunca había visto tanta variedad de árboles y formas diferentes de hojas en un bosque.

De regreso con su madre, le contó lo emocionante que había sido explorar las montañas, conocer el bosque, probar diferentes flores y conocer otras aves.

–¡Quiero seguir viajando y conocer diferentes bosques! ¿Puedo? –exclamó Rufino.
–Claro que sí –respondió su madre.

–La ruta de migración sigue, aún nos faltan muchos bosques por visitar y, aunque nosotros sólo conocemos algunos, tú puedes ir a explorar otros tipos de bosques y hasta conocer algunas ciudades.

En unos días seguiremos nuestro camino a los bosques de Oaxaca y después empezaremos nuestro regreso al norte. Subiremos hasta llegar a Alaska en primavera y descansaremos un rato hasta que sea tiempo de migrar a México otra vez.

Rufino quedó asombrado de que aún podía visitar nuevos bosques, conocer nuevos árboles y saludar a otros colibríes en el camino.

Al atardecer, se fue a perchar sobre una rama para descansar y se durmió emocionado pensando que tenía mucha suerte de ser un colibrí viajero.

ZIGZAG HUASTEKO
Autor e ilustrador: Juan Miguel Moran Ramirez

Zigzag Huasteco



Otro día normal, nada diferente de lo habitual, moviéndome hacia dónde me lleve el viento, arrastrándome por esta dura superficie. Algunos lo llaman semi desierto, yo lo podría llamar hogar, pero para mí todos los rincones son mi casa.

Muchos buscan dividir mi casa, pero lo único que la divide son esas hermosas montañas azules y los ríos. No me encuentro en un lugar específico, soy un alma libre. Nadie sabe exactamente dónde está mi hogar y, honestamente, yo tampoco lo sé.

Hoy casualmente el Sol es insoportable, cada vez que avanzo, el calor toca mis escamas, por lo que solamente deseo esconderme en un arbusto. Pero sé lo que quiero, busco algo que todos queremos y necesitamos, un recurso vital, así es, agua. Al día siguiente, desperté con muchas ansias, algo en mi me decía que sería un gran viaje, cada zigzag de mi cuerpo por este terreno lleno de rocas e infestadas de



nopales y magueyes, lo transforman en un paisaje sumamente hermoso. Pero no tiene lo que yo quiero, recuerdo que hace tan solo un mes atrás, encontré muy cerca de aquí un muy pequeño charco frío. Para mí, un lugar inmenso, cada zigzag recuerdo ese momento, cada que mi escama ventral toca la tierra me transporta a ese momento, la tierra comienza a convertirse en gotas de agua.

Tan sólo varios veranos atrás, partieron muchos de mis amigos, recuerdo los juegos con Gray y qué decir de Darwin, encontrar ese precioso líquido parecía sumamente imposible, pareciera como si se escondiera en las montañas, pero aquí no existe la rendición.

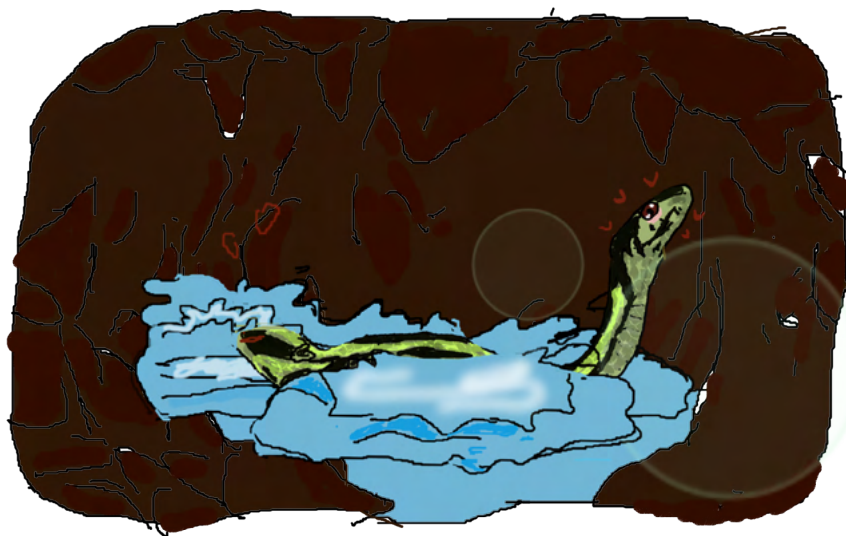
Oscurece y el cansancio me vence. Un pequeño rayo de Sol me hace despertar, sigo con mi aventura. Siento mi cuerpo cada vez más frío, eso es una señal, una señal que indica que estoy cerca, las montañas se hacen más grandes. Recuerdo que mi padre me decía:

–Quieres agua fácil, sigue los cerros.

Tras horas recorriendo este inhóspito lugar, sentí un calor distinto a través de mis escamas, sentí muchísima humedad.

Eso es, ¡humedad! De repente todo se volvió oscuro, comencé a sentir algunas vibraciones y cada vez se sentían muchísimo más fuertes. De pronto, sentí algo muy fresco, una gota en mi espalda, me emocioné tanto que corrí, pero de pronto caí estrepitosamente.

Mientras caía, sentía mucho miedo, pero éste sería fugaz, ya que rápidamente se transformó en felicidad, ya que al caer me zambullí hacia un paraíso, así que comencé a nadar, era libre.

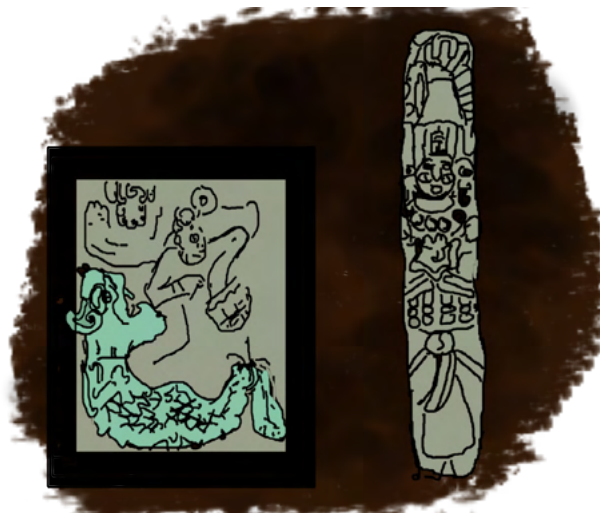


Había muchos matorrales, existía mucha oscuridad, pero también mucha felicidad. Después de varios días decidí explorar un poco más. Tenía hambre, no había peces, me arrastré por la maleza, saqué mi lengua, detecté un objeto enorme, parecía un humano, por ende, decidí huir a máxima velocidad.

Los relatos de mi padre eran claros, no te acerques a ellos, no nos quieren, solamente nos persiguen, pero eso no lo entiendo, yo no soy un ser malvado.

La necesidad de comida me obligó a explorar más profundamente ese lugar, por lo que volví a percibir la misma presencia, pero ahora decidí no huir, no podía creer lo que estaba viendo, se encontraban dos columnas y en ellas estaban plasmadas dos seres.

Una criatura muy parecida a mí, pero muchísimo más grande, con rostro muy raro, esto me hizo recordar la existencia de una leyenda que me contaban mis abuelos, ellos eran del sur, pero en sus relatos era una serpiente, no una culebra, esto me llenó de confusión, porque había escuchado que aquella contenía plumas, mientras que ésta parecía más un pez, simplemente no lo sé.



Y la otra columna estaba acompañada de otro ser, el cual me parecía muy familiar, me topé con múltiples artefactos, decoraciones, muy cerca de ahí encontré algo que me llamó mucho la atención, parecía otra culebra y le dije.

–Hola, ¿cómo estás? Soy Eques.

No me contestó absolutamente nada, esa actitud me ofendió bastante. Era de un color negro muy brillante, así que decidí dar un vistazo más cercano y parecía como si fuese de roca.

Me acosté un poco, volví a sentir una vez más las vibraciones, fue ahí que escuché al sonoro.

–¡Acoátl! ¡Acoátl!

Eran ellos, estaban vestidos de una forma particular, entró una mujer joven con una vestimenta rara y con una cabeza más grande de lo normal.

El miedo me consumió, no supe qué hacer, intenté correr, pero ellos me rodearon, seguían gritando “¡Acoátl! ¡Acoátl!” , por muchísimas veces. Comenzaron a celebrar.

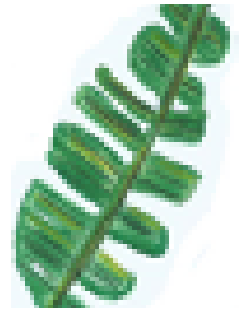


Por primera vez no me sentí odiado, era cómo si me consideraran una especie de deidad.

Después de un tiempo de festejar, se fueron, pero dejaron muchísimos más objetos de barro, de piedra, peces y demás comida; ¡era increíble!

Salí, me di cuenta que era una cueva, ya no sabía si iban a volver, pasaron varias temporadas y cada vez eran menos y cada vez más jóvenes. La mujer nunca faltaba, pero cada vez lucía distinta, era la mejor, simplemente su rostro transmitía ternura, hasta que un día dejaron de venir, es sólo un misterio, sigo recorriendo cada temporada esa cueva en su búsqueda, espero regresen pronto.

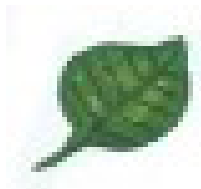
LOS MAMÍFEROS HERBÍVOROS DE LA SELVA LACANDONA

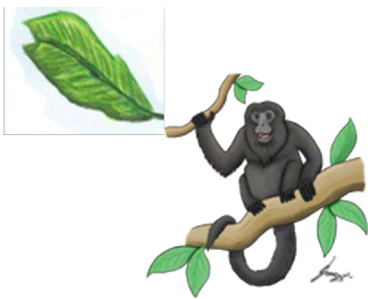


¡Bienvenido, pequeño explorador! Te contaré una bella historia, pero deberás poner mucha atención a lo que voy a narrarte. Será un viaje a un lugar donde todo es verde porque encontrarás muchas plantas, desde las que tímidamente se asoman en el suelo hasta imponentes árboles que no les verás el fin.

Encontrarás muchos paisajes con grandes ríos y cascadas, ¡agua por todos lados! También, podrás ver gigantescas montañas que, si son vistas desde lejos, podrás pensar que son de color azul; pero si te acercas, ¡descubrirás que en realidad son de color verde esmeralda!

Pero debo advertirte una cosa, tendrás que poner mucho cuidado al caminar para no tropezar con las raíces que se extienden como lombrices gigantes por el suelo y necesitarás un paraguas porque siempre está lloviendo. Pero sabes, lo más emocionante es que encontrarás muchísimos seres vivos en su interior. Podría decirte que es ¡el lugar más increíble que mis ojos han visto! Se llama selva Lacandona.





Esta selva se encuentra en el sur de nuestro país, en el estado de Chiapas, y es la casa de una variedad impresionante de animalitos.

Entre ellos están los mamíferos que tienen tres características que debes recordar: tienen pelo, toman leche y nacen directo de su mamá. Ahora bien, dentro de este grupo de animales podemos encontrar a los herbívoros, que se llaman así porque les encanta comer las hojas de las plantas, sus frutos y las raíces de los árboles.

En la selva hay mamíferos herbívoros pequeños como los conejos, tepezcuintles y guaunqueques, pero también tenemos a los de mayor tamaño como el venado temazate, venado cola blanca y los imponentes tapires. ¡Te contaré más sobre ellos!



Los mamíferos herbívoros viven en madrigueras, cuevas o pequeños escondites, pero hay otros que no les temen a las alturas, como los monos, y ¡viven en las copas de los árboles! Como ya te había platicado, a estos animales les encanta comer frutos, algunos de estos frutos son de gran tamaño, carnosos, jugosos. ¡Yummy, deliciosos!



Cuando animales como los tepezcuintles y los guaunqueques comen los frutos ayudan a mover las semillas de las plantas de un lugar a otro, ya que muchas veces prefieren comer en sus madrigueras.

En otras ocasiones, guardan las semillas para comerlas después. Pero, también puede ocurrir que, por distraídos, se les olvide dónde escondieron esas semillas, pero no te preocupes porque, al hacer eso, estos animalitos ayudan a que crezcan nuevas plantas y árboles y que así la selva pueda seguir creciendo.





Otros animales que son muy bellos son los venados temazates y los de cola blanca, su manjar preferido son las hojas y los brotes tiernos de las plantas y arbustos, por lo que son como jardineros que podan las plantas abriendo el espacio para que nuevas plantas crezcan.

El tapir es grandote y rechoncho y es muy habilidoso para con su larga trompa ayudarse a recoger los grandes frutos de mamey, sunzapote y chicozapote que caen desde la copa de los árboles.

En su gran panza, lleva las semillas de estos frutos y les ayuda a llegar a lugares que no podrían alcanzar por sí solos. Si aún no has comido estos frutos, te recomiendo que los pruebes, ya que son deliciosos y te encantarán tanto como al tapir.

Tristemente, la selva, que es la casa de todos estos increíbles animales, está sufriendo en estos momentos. Cada vez hay menos biodiversidad porque se daña cuando se tumba la vegetación para sacar madera o para tener más espacio para engordar vacas y sembrar.



La selva no sólo es la casa de los animales, su existencia nos ayuda a todos para tener agua y un mejor clima. Además, de la selva salen muchos alimentos, materiales y medicinas que nos ayudan mucho.

Hay muchas maneras en las que podemos ayudar a cuidar la selva. ¡Platica con tus papás y tus maestros para que te ayuden a encontrar la mejor!



¿Pero, sabes algo?, ¡ya tienes una misión! De ahora en adelante puedes platicarle a todos tus amigos y familiares sobre el increíble lugar que es la selva Lacandona y de los extraordinarios animales que viven ahí.

¿Contamos contigo, explorador?

¡Hasta la próxima!

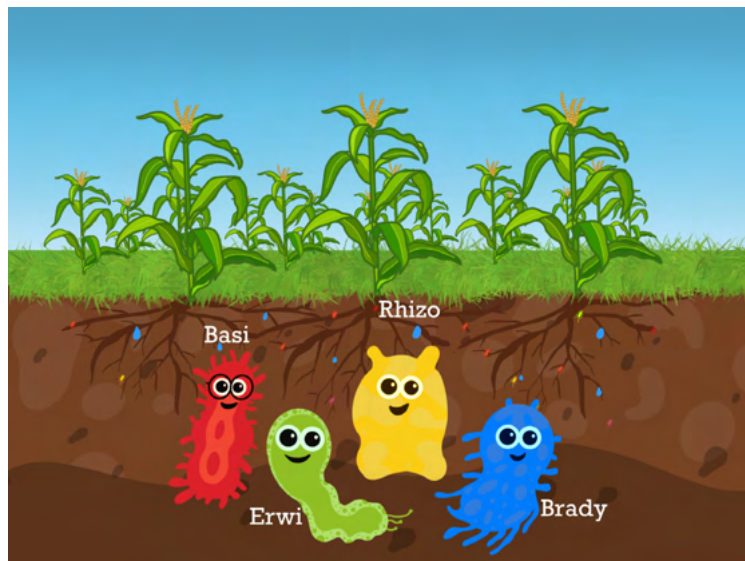


Descubriendo a los amigos y enemigos microscópicos de las plantas

Nuestra historia comienza en el suelo de un lejano jardín mágico, uno en donde habitaban cuatro bacterias amigas, ellas eran Basi, Rizo, Erwi y Brady. Durante toda su vida habían estado juntas y les gustaba vivir en el suelo, ya que ahí encontraban todos los nutrientes para vivir felices.

Un día a Erwi le surgió una gran idea:

–¡Oigan todas! Escuché que sobre este suelo están creciendo nuevas amigas, se llaman plantas, y dicen que son de color verde y puedes conocerlas desde abajo por sus largas raíces, por donde absorben agua y nutrientes. ¿Qué tal si vamos a darles la bienvenida?



Todas respondieron con mucho entusiasmo, se prepararon y empacaron sus maletas para comenzar su largo viaje. Después de mucho esperar, se toparon con unos hilos largos de color blanco, ¡no lo podían creer! Rápidamente la emoción les hizo darse cuenta que por fin habían llegado a las raíces de sus amigas las plantas.

–¡Hola, amiga! –gritó Brady.

–¡Es un gusto conocerte!

Pero la planta no respondió. Rizo creyó que no la había escuchado, así que le gritó más fuerte

–¡HOLA, PLANTA! YO SOY RIZO Y TE HEMOS ESTADO BUSCANDO.

En ese momento, las raíces se movieron y les contestaron:

–¡Fuera de aquí! Nosotras no queremos a las bacterias, nos van a lastimar.



–¡Tanto viaje y no nos quieren! –reprochó Basi al escuchar la contestación de las plantas, pero ella no se quedó callada y le contestó:

–Nosotras queremos ser sus amigas, es más, les vamos a demostrar que somos buenas para ustedes.

En ese momento, Basi empezó a crear unas gotitas llenas de nutrientes que ayudaron a crecer a la planta y alejaba a sus archienemigos que intentaban comérsela. Rizo se puso a recolectar todos los nutrientes que encontró en el suelo y se los llevó, mientras que Brady ahuyentó a todos los archienemigos de su próxima nueva amiga.

La planta ¡no lo podía creer!, se sentía tan llena y contenta por todo de lo que se alimentó y por fin dejó de tener enemigos molestos que la querían atacar, excepto por un pequeño detalle... una pequeña mancha amarilla apareció en una de sus hojas.

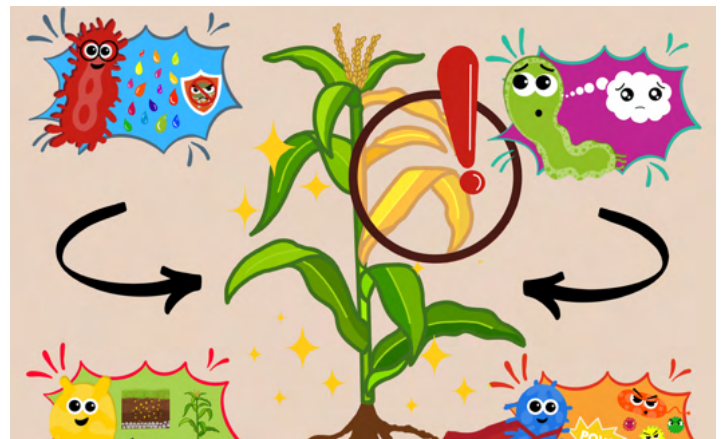
Todas se voltearon a ver entre sí, no podían entender que había pasado o que se les había escapado. Planta estaba muy agradecida por lo que habían hecho por ella, así que empezó a platicarles lo que ella había visto.

Primero, Basi la alimento con muchos nutrientes que ella hizo y la defendió de sus archienemigos, así como Brady, Rizo había recolectado muchos nutrientes que se encontraban regados en el suelo, pero Erwi... nadie sabía nada acerca de lo que hizo; todas empezaron a sospechar que ella era la responsable de las manchas que le estaban saliendo a Planta, así que muy preocupadas fueron a preguntarle.

—¿Erwi, fuiste tú? —preguntó Brady.

Erwi estaba sorprendida, no sabía cómo había sido posible que lastimara a Planta, si sólo se quedó sentada en sus largas raíces pensando en la forma en la que podía ayudar.

—¡No sé qué pasó! —contestó Erwi en pánico.



Sus amigas no querían que Erwi se sintiera lastimada o excluida, pero antes de que pudieran decir algo, Erwi les dijo:

—Lo mejor será que me vaya, no quisiera lastimar a nuestra nueva amiga.

Todas intentaron convencer a Erwi que se quedara, incluso Planta estaba pensando en ideas para que Erwi no la lastimara y pudieran estar todas juntas.

Nada lograba convencer a Erwi, así que Basi corrió para abrazarla, luego se unió Rizo y, al final, Brady con la esperanza de que ese abrazo lograra hacerla quedarse.

Planta les gritó:

–¡Miren! ¡Estrellas de colores! Las cuatro amigas levantaron la mirada y se dieron cuenta que estaban rodeadas de todos los colores del arcoíris: rosa, morado, azul y amarillo, estaban tan felices de lo que estaban viendo, a lo que Planta agregó:

–¡Miren mis hojas!

Aquellas hojas amarillas que Erwi había causado en Planta se habían desaparecido, Planta era verde, brillante y ahora ¡Habían crecido unos maíces en ella! Todos voltearon a ver a Erwi, gracias a ese abrazo, ella se dio cuenta que había algo nuevo en ella, algo que estuvo oculto y era su talento de ayudar a que las plantas dieran fruto.

Planta abrazó con sus raíces a Erwi y con ello todas volvieron a ser felices sabiendo que no hay nada malo en ellas, sólo diferencias, y que juntas y en amistad pueden mejorar una con la otra.

Fin



TENOCH Y EL MONSTRUO DE AGUA

Paulina Cortés Sánchez

Ilustrador: Rallase

TENOCH Y EL MONSTRUO DEL AGUA





Volví a tener ese sueño, un gran monstruo me perseguía por oscuras y turbias aguas, no sé por dónde ir, siempre me despierto antes de salir de la penumbra.

Ahora estoy aquí, despierto, agitado y con miedo. Tomo entre mis manos a Barak, mi jaguar de tela, cuando lo abrazo muy fuerte me tranquiliza, me siento a salvo; no dejo de pensar en aquella figura de mis sueños, tan sólo el recuerdo de las sombras bajo el agua me estremece.

Escucho el viento soplar, me asomo por la ventana, me llama la atención que afuera de mi casa a lo lejos veo a mi abuelo Tenampi sentado en medio de la selva, junto a la fogata tan brillante como si los troncos tuvieran luces con tonos rojos, amarillos y naranjas que nunca se apagarán, cantando con su voz muy suave como si lo que dijera bailara con el viento.

Mi abuelo alzó la voz llamándome junto a él con un gesto paciente, mientras camino con Barak acompañándome y arrastrando mis pies por el suelo húmedo por el sereno de la madrugada.

Tenampi, con su voz en un tono cálido y tranquilo, me dijo:

—¿Tenoch, otra vez tuviste ese sueño?

Inmerso en mis pensamientos, considero más bien que fue una pesadilla; acercándome al fuego, dejo caer mi cuerpo y mis pies en una gran piedra mientras me acomodo, le platico de mi gran viaje al mundo de las pesadillas.

El abuelo Tenampi sonríe por un instante y comienza a platicarme que ese gran monstruo de agua en realidad existe. Sorprendido, con miedo, pero curioso, abro mis ojos y escucho atento a cada palabra que me dice:

—Tenoch, este monstruo, como tú lo llamas, habita en el gran lago de Xochimilco. Es un ser místico, es un animal que puede regenerar sus extremidades en caso de que las pierda, incluso pueden hacer que crezcan tejidos de su cuerpo; pareciera que tuviera vida eterna, pero es por su apariencia y siempre permanece en un estado juvenil.

Alrededor de su gran rostro tienen unas extensiones que parecen grandes plumas, pero son sus branquias, con una mirada amigable este ser mágico es una especie endémica de ese lago, no lo encontrarás naturalmente en otro hábitat, es un ser maravilloso.

Mi abuelo suele llamar a la ciudad grande: “la ciudad gris”, debido a la gran contaminación que genera y que ha hecho que poco a poco los monstruos de agua vayan desapareciendo. Pero no todo está perdido, afortunadamente hay personas como científicos, médicos, biólogos, veterinarios y muchos habitantes que les importa este asombroso monstruo de agua y hacen todo lo posible por protegerlo.

Mientras lo escuchaba, me quedaba pensando que mi pesadilla no era nada comparado a lo que me contaba, así que, temeroso, le pregunté:

–Abuelo, ¿cómo sabes del monstruo?
Tenampi resopló, hizo una pausa y dijo:

–Tenoch, tú no lo recuerdas, pero hace unos años, cuando eras un cachorro humano, vinieron unas personas de la ciudad gris a conocer la selva, tenían curiosidad sobre la belleza natural; querían aprender sobre los animales y las plantas que viven en nuestro hogar.

–En una de las caminatas que tuvimos mientras recorríamos la selva, me platicaron que eran unas personas que se dedicaban a estudiar y proteger a los animales y las plantas, querían entender cómo coexisten en armonía; también aprendían sobre este gran monstruo de agua.

¿Quieres conocer el nombre del monstruo de tus pesadillas?

Entusiasmado por conocer a este ser oscuro de mis pesadillas, permanecí en silencio por un momento, pero era más mi curiosidad, así que tuve valor y pregunté maravillado ¿Cómo se llama?



–¡Ajolote! –dijo el abuelo.

–¿Ajolote? ¡Qué nombre tan extraño! –grité.

–Tenampí rio a carcajadas: así es, ajolote y su nombre viene del náhuatl; axolotl que significa monstruo de agua.

Después de esa historia sentí un poco de tranquilidad, quizás ahora cuando tenga ese sueño no será igual, quizá seré valiente para conocer a ese gran maravilloso monstruo.

Volví a mi casa, con una actitud más alegre y valiente, dejé caer mi cuerpo en la cama, mientras abrazaba a Barak veía las vigas de madera en el techo de mi habitación; en ese instante decidí enfrentar mi pesadilla. Poco a poco, sentí un gran cansancio hasta que se me cerraron los ojos; de un momento a otro volví a estar en esta pesadilla,

pero ahora con una sensación de curiosidad y expectante por lo que podía pasar...



Nadando entre las aguas turbias de mi sueño, decidí hacerle frente a esta situación, me dejaba guiar por la corriente de agua hasta que llegué a un lugar donde veía unas grandes sombras que flotaban.

Observé con atención y lo que veían mis ojos, eran unos lirios acuáticos, continué explorando en busca de este ser mágico y en un solo instante estaba ahí, no uno, si no cientos de pequeños ajolotes, cabían en las palmas de mis manos, eran tan

brillantes sus branquias; había ajolotes de muchos colores: rosas, blancos, negros y marrones moteados, no quería despertar, me sentía muy feliz por conocerlos y darme cuenta que ya no tenía miedo.

Ahora todas las noches sueño que Barak y yo nadamos en el lago de Xochimilco entre los lirios en busca de mis amigos los ajolotes que me enseñan a nadar, hacer burbujas y me cuentan las aventuras que vivieron en el antiguo Teotihuacán, así como un sinfín de historias ancestrales.

EL ENCuentRO DE ANHÁTAPU

José Roberto Morales Vásquez

Científica asesora: Patricia Valentina Carrasco Carballido

Ilustradora: Jezabel Danaeh Flores Martínez

El encuentro de Anhátapu

Anhátapu (nombre p'urhépecha que significa árbol) era un niño que veía pasar las horas entre los videojuegos y su computadora, todo lo que pasaba fuera de su habitación le parecía aburrido y sin emociones.

Influenciado por las ideas de su padre, un constructor de grandes complejos residenciales, que le decía que la naturaleza era peligrosa y estorbaba para el desarrollo humano, Anhátapu creció pensando que la naturaleza era peligrosa y que se debía de acabar con ella antes de que lo lastimara.

Anhátapu mantenía una relación bastante ríspida con la naturaleza que circundaba su casa, cortaba las plantas que se atravesaban en su camino, aplastaba insectos y gustaba de lanzar piedras a los pájaros que cantaban en los árboles.

Una mañana, el padre de Anhátapu le regaló un dron, éste inmediatamente se dispuso a probar su nuevo juguete. Ya en el patio de su casa, manipulaba de un lado a otro al dron, hasta que en un movimiento violento, se desplomó en el interior del bosque.



Al ver tal incidente, Anhátapu gritó por ayuda, pero nadie fue a ver qué le sucedía. Al percatarse de que estaba solo y nadie iría a ayudarlo, tomó la difícil decisión de ingresar al bosque en busca de su dron; esta idea le despertó una sensación de miedo e intranquilidad, tendría que enfrentar la inmensidad del bosque solo.

A su mente llegaban las palabras de su padre advirtiéndolo los peligros del bosque. Lentamente, se acercó a un túnel formado por ramas, ya que era el único lugar por donde se podía ingresar al bosque. Armándose de valor, ingresó, caminaba con precaución tratando de no tocar, ni pisar nada, estaba atento a cualquier ruido; sin embargo, por ese mismo túnel ingresó una bandada de aves que lo asustó mucho.



Este hecho provocó que Anhátapu corriera tan rápido y sin precaución que terminó tropezando con la rama de un árbol y ¡se fue directo de cara contra el suelo! Al incorporarse, se encontró de frente con un ser muy extraño, nunca había visto algo semejante, se acercó con miedo y al momento de querer tocarlo, éste exclamó.

–¡Hola! Bienvenido. Soy Lactarius indigo. ¿Cuál es tu nombre?

Anhátapu no podía creerlo, ese organismo de aspecto raro y color azul lo estaba saludando. Con un poco de miedo, le contestó.

–Hola, mi nombre es Anhátapu... ¿Qué es un Lactarius indigo?

–Soy un hongo y todo esto que ves es mi pie, mi sombrero y bajo el sombrero tengo mis láminas que esconden mis esporas. Todo esto forma mi cuerpo fructífero y ayuda a reproducirme liberando mis esporas que, llevadas por el viento, recorrerán el mundo. Y ¿te cuento un secreto?... ¡soy comestible!

Siguió el hongo con la explicación:

–Realmente nosotros los hongos estamos bajo tierra en forma de hilos llamadas hifas y todas las hifas juntas se llaman micelios, que están latentes esperando bajo tierra la humedad adecuada para generar nuestros cuerpos fructíferos.

Anhátapu se quedó maravillado con la explicación de Lactarius indigo. Le causaba tanto asombro el hecho de que se pudiera comer.

–¿Y todos los hongos son comestibles? –preguntó.

–No, algunos son muy venenosos. Por ejemplo, ese que ves a tu derecha se llama Amanita muscaria y es un hongo tóxico.



–Explícame más, comentó Anhátapu con un brillo sin igual en los ojos.

–¡Encantado! –repuso Lactarius indigo.

–Vamos por partes. Los hongos tenemos la función de degradar materia orgánica, esto es todo aquello que se pueda descomponer, como la hojarasca que estás pisando, aquel árbol caído a tu derecha o las frutas que comes.

–Una vez degradada, se incorpora al suelo para que las plantas puedan utilizar estos nutrientes tales como el nitrógeno, fósforo y potasio, entre otros elementos indispensables para el desarrollo de las plantas.

La cara de Anhátapu era de una incredulidad total, en su cabeza no concebía los procesos que su nuevo amigo le explicaba. Su fascinación aumentaba en cada palabra expresada por el hongo.

–¿Qué otras cosas pasan en el bosque? –cuestionó Anhátapu.

–Un sinfín de procesos e interacciones pasan entre los habitantes del bosque –contestó el hongo.

A lo lejos se empezaron a escuchar gritos

–¿Anhátapu, dónde estás? ¿Estás bien?

–¡Es mi padre! –repuso el niño poniendo una cara de terror.

–¡Me tengo que ir!

Anhátapu corrió al encuentro con su padre, olvidando por completo el dron. No sin antes decirle a su nuevo amigo que volvería lo antes posible.

–¿Dónde te metiste? Sabes que no me gusta que estés en el bosque –le dijo su padre con un tono bastante molesto.

–¿Y tu dron?

–No sé... no me importa, ya no me hace falta –contestó Anhátapu muy convencido.

–¿Estás seguro? –preguntó el padre.

–Sí, ahora me interesan otras cosas –afirmó y no volvió a decir palabra alguna. En su mente seguía recapitulando todo lo que había aprendido de su nuevo amigo.



Al correr de los días, Anhátapu regresó al bosque para encontrarse y hablar con aquel hongo; siempre adquiriendo nuevos conocimientos sobre el funcionamiento de los bosques.

Cierto día, al llegar Anhátapu al encuentro, aquel hongo ya no se encontraba, había desaparecido por completo y una tristeza enorme invadió su cuerpo; sin embargo, recordó todo lo que su amigo le había contado sobre los hongos y sonrió al pensar que en cuanto las condiciones de humedad fueran óptimas, su amigo regresaría.

Mientras esperaba el reencuentro con su amigo, Anhátapu investigó por su cuenta en libros todo lo relacionado con los bosques; además, explicaba a su padre todo lo que aprendía, esto con la finalidad de que también se enamorara de los bosques, como le había pasado a él después de su encuentro con aquel hongo.

MIS AMIGAS ESPONTÁNEAS

Sandra Escobar Colmenares

Donají López Flores

Ilustradoras: Laura Escobar Colmenares y Sandra Escobar Colmenares

MIS AMIGAS ESPONTÁNEAS



Esta es la historia de tres amigas espontáneas que empiezan con una semillita y pueden terminar en tu comida.

Esto sucede en cualquier lugar de México: en las milpas, en el huerto, en los cerros, en los caminos, incluso a orilla de carreteras de Oaxaca, Puebla, Chiapas, Hidalgo y otros estados del país. Bajo la tierra, alejadas unas de otras, semillas diminutas de tres quelites diferentes esperaron con paciencia la llegada de la lluvia, pero no una llovizna, sino una lluvia fuerte que les permitiera brotar.

Estas semillas germinaron después de una gran lluvia, cada una a su ritmo fueron entregándose totalmente a la vida. La hierba de conejo, el chepiche y el pie de pajarito, por fin, pudieron sentir los rayos del Sol en sus hojitas nuevas.



Te voy a contar más sobre ellas, estas tres plantitas son espontáneas porque no necesitan que alguna persona las siembre. Cada año con la temporada de lluvia, nacen, crecen, tienen sus flores y dan semillas, las cuales quedarán en la tierra listas para germinar al siguiente año. La hierba de conejo tiene varias divisiones en sus hojas y muchos pelitos blancos, tiene bastantes flores pequeñas agrupadas y protegidas por hojas que parecen mágicas.

Porque no son verdes, son amarillas, las personas que estudian las plantas le llaman brácteas y la mayoría pensamos que son pétalos de tal forma que semeja una sola flor, pero no es así, si te acercas o las ves con una lupa distinguirás cada una de las florecitas. Le gusta estar pegada al suelo y con otras plantas, a veces se ven como una pequeña alfombra muy gruesa.

El chepiche es una planta con hojas delgaditas, muy olorosas, crecen en la milpa o en algunos cerros, sus flores también son chiquitas y muchas de ellas forman una cabeza alargada de color morado. Las semillitas las dispersa el viento.

Al pie de pajarito también le dicen piojito, tiene las hojas anchas donde se pueden ver a simple vista las nervaduras, las diminutas flores amarillas forman cabecitas con el centro amarillo y las brácteas que las protegen son blancas; es una planta superpoderosa, pues puede crecer hasta en nuestras macetas.

Las semillas de estas tres amigas espontáneas son chiquititas, incluso más chiquitas que un granito de arroz. ¿Y qué crees? A estas plantas espontáneas, las personas las podemos comer cuando sus hojas y sus tallos están tiernos, pues son, como le dicen en mi pueblo, quelites.

Las primeras personas que habitaron nuestro territorio los comían porque son muy sabrosos y nutritivos. ¡Sorpresa! La hierba de conejo, el chepiche y el pie de pajarito las podemos comer de diferentes maneras; en Oaxaca, el chepiche lo comemos crudo con una tlayuda y en unas ricas guías de calabaza donde también podemos encontrar pie de pajarito. La hierba de conejo le da sabor a un platillo conocido como yobezaa, que son frijoles negros enteros con bolitas de masa conocidos como chochoyotes.

En Puebla, el chepiche o pipicha, como le dicen allá, las hojas las agregan a un guisado de calabazas, elote con tomate frito, con pedacitos de chicharrón.



Con un poco de tristeza, te cuento que a veces no están disponibles estos quelites para comer; algunas prácticas humanas, como el uso de venenos para “las plantas malas” las hace desaparecer. ¿Te imaginas una planta mala? ¿Qué harían? Pues no existen plantas malas, sólo son seres vivos que quieren tener un espacio en este planeta.

Las personas que no las quieren en los campos de cultivo es porque sólo siembran un solo tipo de planta, es decir, sólo quieren un campo de puro maíz, por eso utilizan líquidos que secan y matan a estas plantas comestibles, medicinales o las que cubren el suelo y ayudan a mantener la humedad.

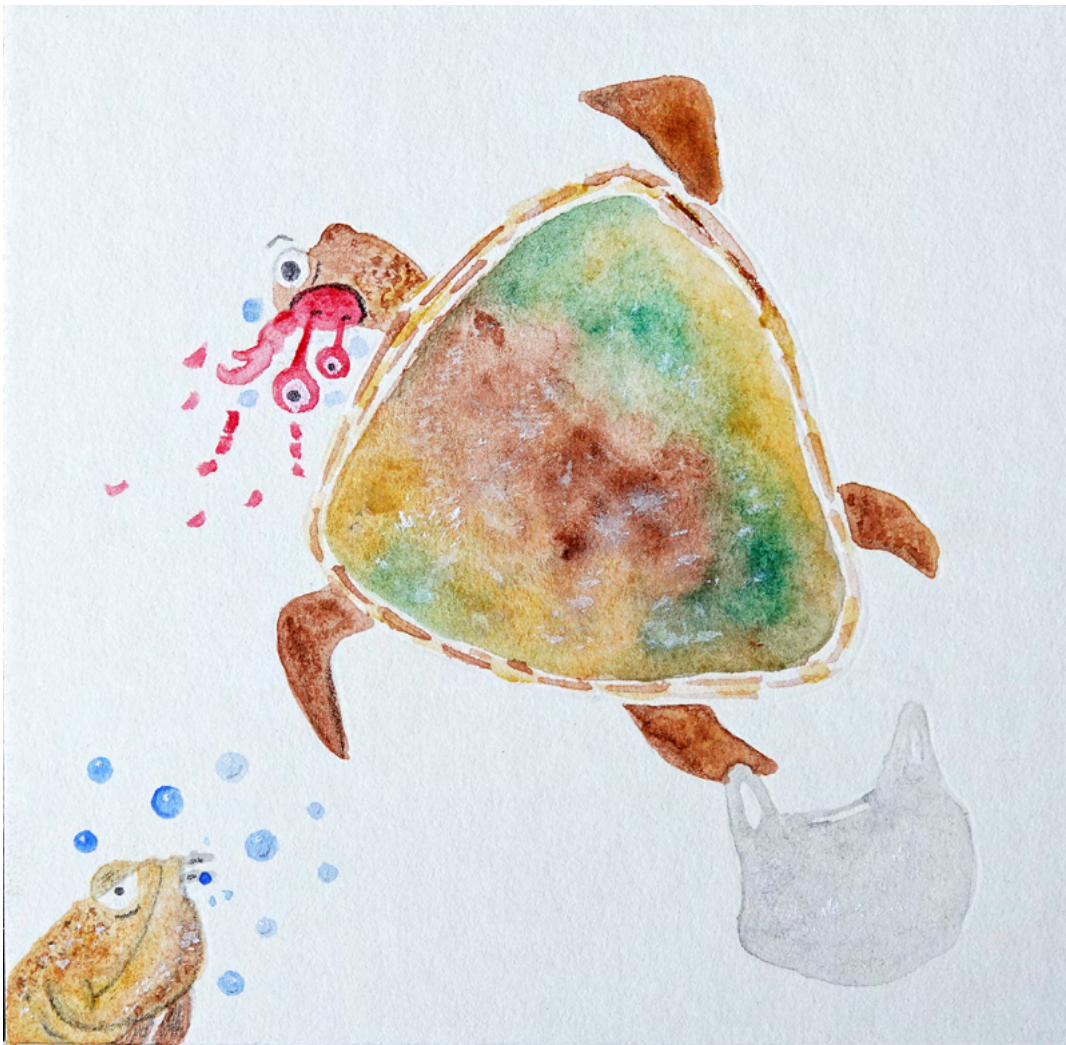
Nosotras, campesinas de estas tierras, estamos acostumbradas a tener plantas de todas las formas, con diferentes frutos, colores y sabores, nos gusta que haya variedad en nuestras parcelas; de esta manera habrá diversidad en nuestro plato.

Así que es mejor que incluyas en tu dieta a la hierba de conejo, el pie de pajarito y al chepiche, aún las puedes encontrar en los mercados de la ciudad de Oaxaca o de otros lugares y por supuesto en el campo, cerca de las milpas en la temporada de lluvias. Si las consumimos, seguirán existiendo porque se cuida lo que apreciamos. Donde tú vives ¿cuáles quelites se comen?

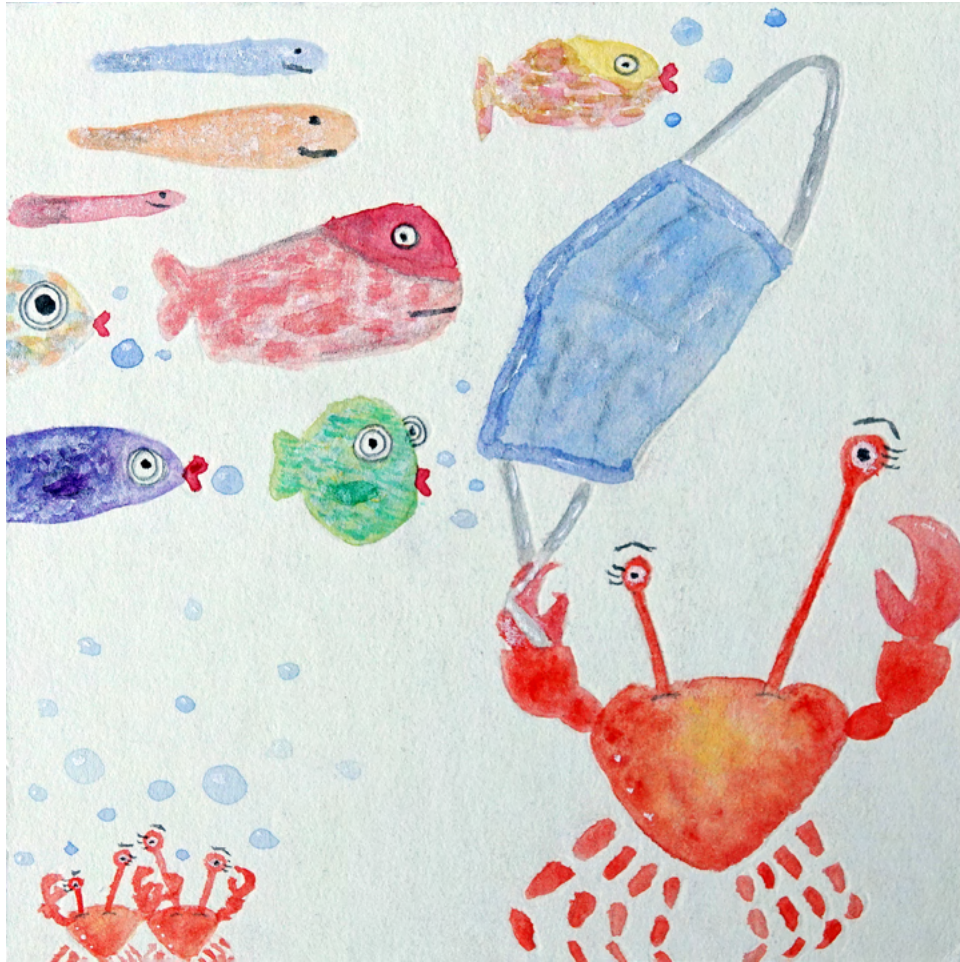


UNA TORTUGA LLAMADA LORA
Santiago García Nava
Científica asesora: Alma Delia Nava Montes
Ilustradora: Vanessa Matamoros Nava

Una tortuga llamada Lora



Soy una tortuga y mis hermanas tortugas me llaman Lora. Lo que más me gusta es comer cangrejos. Y yo conozco la playa donde están los cangrejos más sabrosos de todo el mar.



Mi hermana Carey, que prefiere comer medusas, me dice:

–No vayas para esa playa, Lora, hay muchos barcos pescando y puedes quedar atrapada en las redes que usan para pescar. Pero a mí me gustan mucho esos cangrejos y esta noche, sin que me vea mi hermana, unos cuantos voy a cenar.

Logré llegar al lugar donde están los barcos, pero me costó mucho atravesar el mar. El agua del mar es muy pesada y huele mal, está llena de basura marina que me estorba para nadar.

Un calamar que iba cruzando, al verme me dijo:

–¡Oye, tortuga! No te acerques más. Los barcos sueltan un veneno negro que lastima todo lo que llega a tocar.



Pero a lo lejos se ven muchos cangrejos juntos alimentándose de pequeñísimos peces. Y yo nadé hasta aquí para cenar. Así que me seguí acercando a los barcos y sus redes de pescar.

Una de mis hermanas, la tortuga Caguama, que buscaba caracoles para cenar, en una red pesquera se quedó atrapada.

–¡Ayúdame, Lora. No puedo salir! –me gritó mientras masticaba un caracol.

–¡Deja ese caracol y muerde la red! –le respondí.

Mordimos la red mucho tiempo, pero no conseguimos romperla. A un hambriento delfín cerca de los barcos lo arrastró la corriente hasta la red de pesca donde Caguama estaba atrapada.

Como el delfín iba hambriento no tenía fuerzas para nadar.

¡Chocó contra mí! Y el impacto nos metió dentro de la red de pesca junto a Caguama y muchos peces bacalao.

Aburrida y atrapada, me dio mucho más hambre y pensé “al menos me comeré el cangrejo que tanto vine a buscar”.

Entre el escándalo, un cangrejo estaba distraído

con los colores de un pez y me decidí a darle un mordisco. El cangrejo, los peces, el delfín y mi hermana se volvieron locos. Los cangrejos gritaron:

–¡Nos va a comer!

Y los peces bacalao gritaban muy asustados: –¡Ay, un delfín! ¡Nos va a comer!

Y todos dentro de la red nadaron para todas direcciones sin llegar a ningún lado.



Tanto alboroto causó mi mordida al pobre cangrejo que la red de pesca se rompió mientras nadábamos al mismo tiempo intentando escapar. Los peces bacalao, el delfín, los cangrejos, mi hermana y yo nadamos lejos de los barcos, hasta que el agua del mar dejó de oler mal.

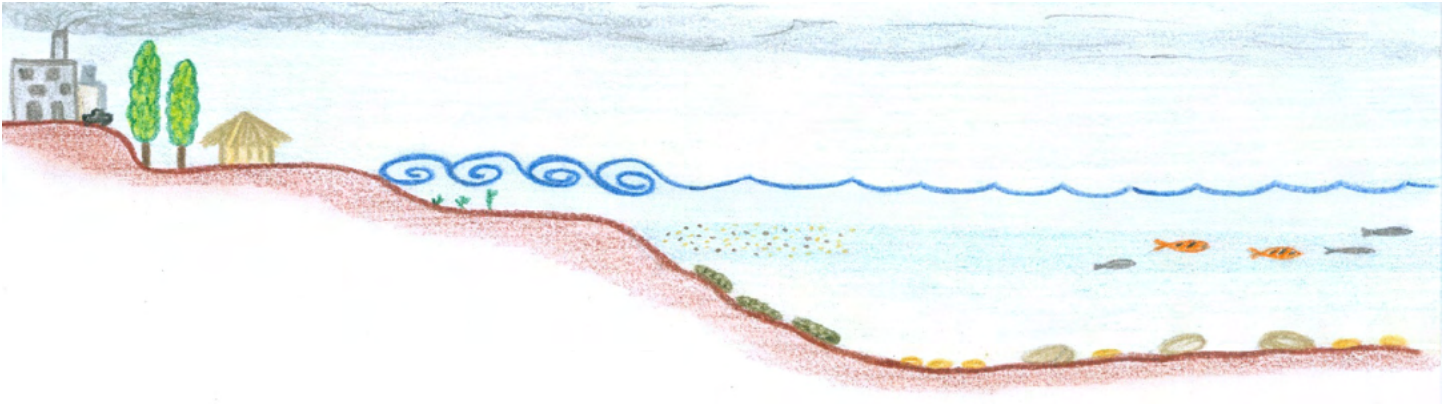
Ahora siempre ceno cerca de una playa donde casi no hay cangrejos, ni peces bacalao, pero en esta parte del mar no hay barcos y puedo acercarme a la orilla de la playa a descansar.

EXPERIENCIAS MARINAS DEL CAMBIO CLIMÁTICO

Ángel Scarry González Cruz

Autora e ilustradora: Laura Margarita Cruz Gómez

Autor: Sergio Scarry González Peláez



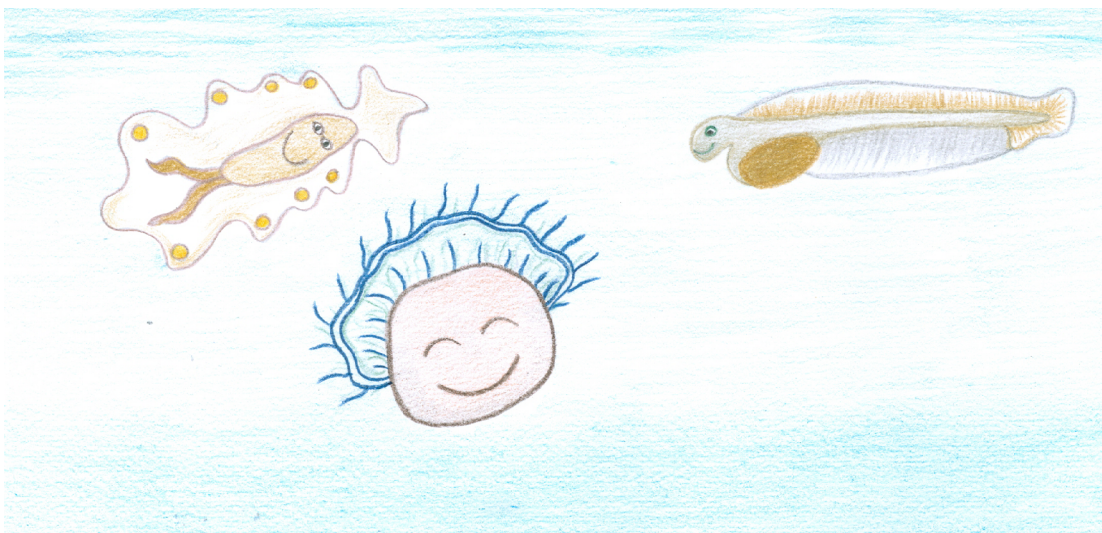
EXPERIENCIAS MARINAS DEL CAMBIO CLIMÁTICO

En el océano muchas especies nacen tan pequeñas que son capaces de mantenerse, como si flotaran en el agua. En esta etapa comúnmente se les llama larvas. En este cuento todo comienza cuando una larva de pez que tenía unos pocos días de nacida se encuentra con dos larvas de otras especies que aún no conocía.

–¡Hola, amigas! Soy una sardina bebe, ¿y ustedes?

–Hola, yo soy una almejita y mi amiga es un pepino de mar –contestó una pequeña larva de almeja.

–Eres la primera sardina que conocemos –dijo la larva de pepino de mar.



–Cuando crezca un poco más, nadaré hacia el norte a buscar aguas más frías –dijo la pequeña sardina.

–¿Por qué te irás a buscar aguas más frías? –preguntó la almejita.

–¿Acaso no han escuchado acerca del cambio climático? –respondió la sardina.

La almejita y el pepino de mar se observaron con duda y contestaron que no tenían idea de ello.

–El cambio climático afectará incrementando la temperatura del mar, por lo que en esta zona hará más calor de lo habitual y, como puedo nadar, me iré a buscar un mejor clima al norte, como lo hacen otras especies de peces

–explicó la sardina.

–¿Pero por qué hará más calor? –preguntó la larva de almeja.

–Esto es a causa del ser humano, que contamina la atmósfera provocando un efecto invernadero –respondió la pequeña sardina.

Las larvas de pepino de mar y almeja se vieron nuevamente con gran duda, ya que no entendieron nada.

–¿Qué es todo eso? –preguntaron.

–¡Les explicaré! –contestó la sardina.

–Los humanos queman combustibles para generar energía que usan en sus fábricas, autos y hogares. Todo esto produce gran cantidad de gases que se acumulan en la atmósfera.

De estos gases, el dióxido de carbono se acumula envolviendo el planeta como una manta que evita que la radiación de calor proveniente del Sol regrese al espacio.

–Esto hace que se acumule el calor y, en consecuencia, se incrementa la temperatura promedio de todo el planeta, afectando también a los océanos.

–¿Quién te dijo todo esto? –preguntaron desconcertadas las larvas de almeja y pepino de mar.

La sardina contestó:

–Hace poco escuché la plática de unas sardinas adultas. No recuerdo con exactitud lo que estaban hablando, pero lo que decían es que, si sigue aumentando la temperatura, se afectará el clima del planeta entero y con ello, toda forma de vida resultará afectada en menor o mayor medida.

–Por ejemplo, si se derriten los polos, aumentará el nivel del mar afectando el lugar donde viven muchas especies marinas y terrestres, esto también incluye a los humanos. Eso obligará que las especies se adapten al cambio, que migren buscando una mejor zona donde vivir o bien, aquellas que no lo logren, estarán en riesgo de extinguirse.

–Ahora necesito ir a encontrarme con otras de mi especie y seguir mi camino. Ha sido un gusto platicar con ustedes –dijo la larva de sardina al despedirse.

Las larvas de pepino de mar y almejas se quedaron muy preocupadas, ya que ellas en su etapa adulta permanecen prácticamente toda su vida sobre el fondo marino y no pueden moverse a buscar un mejor clima.

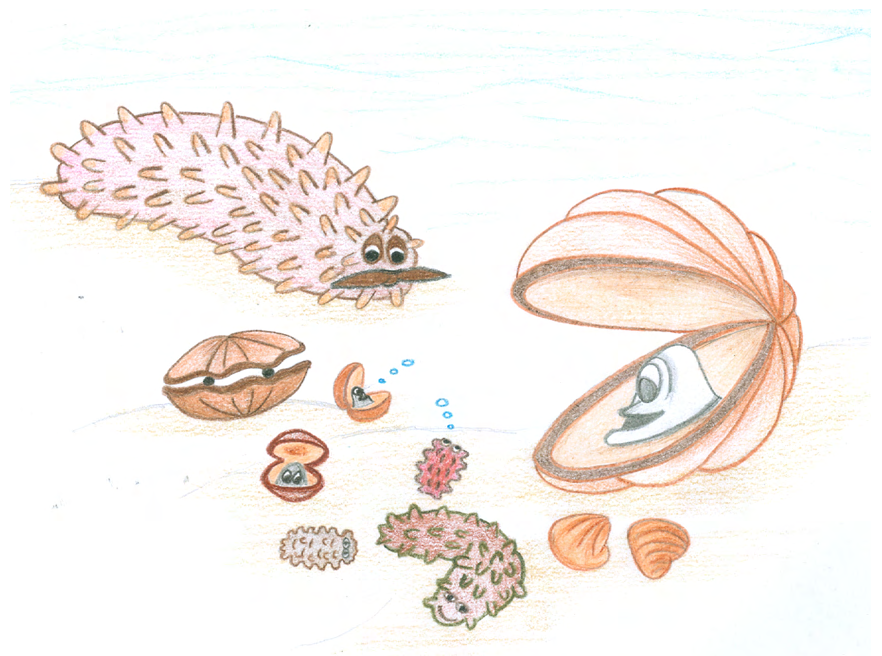
Pasaron los días y como es lo natural, las larvas de almeja y pepino de mar crecieron y se movieron al fondo del mar para transformarse en juveniles, donde no tardaron mucho en encontrarse con otros de su especie y pensaron que sería bueno comunicar lo que les dijo aquella pequeña sardina.

Los jóvenes de almeja y pepino de mar informaron del cambio climático a los adultos. Una almeja muy sabia que había vivido por más de 47 años quiso hablar:
–En mi opinión, considero que no deberían preocuparse tanto.

Si bien, cuando nos asentamos en el fondo tenemos poca capacidad para movernos a otras zonas, hemos logrado sobrevivir durante millones de años gracias a que nuestras larvas pueden viajar en las corrientes por muchos kilómetros, llegando a zonas adecuadas para sobrevivir, crecer y mantener nuestras poblaciones.

–Ya hemos pasado por estos cambios en el pasado y, en tal caso, lo preocupante es que el clima cambie tan rápido que no nos permita sobrevivir en todos los lugares, reduciendo nuestras poblaciones. Pero tenemos la esperanza en que nuestra especie perdure apostando nuestro futuro precisamente en los más pequeñitos, o sea, en nuestras larvas.

Es decir, estamos frente un reto difícil, pero hay esperanza de sobrevivir y perdurar.



Un adulto de pepino de mar también quiso dar su opinión.

–Cuando era muy joven, estaba preocupado igual que ustedes, entonces unos adultos que notaron mi angustia dijeron: “¡Mira, otro pequeñín preocupado por el cambio climático!” Yo les dije que me preocupaba que nuestra especie se extinguiera. Ellos hablaron acerca de que nuestra especie tiene gran capacidad de adaptación a un mar más cálido. Por ello es posible que con la ayuda de nuestras larvas podamos colonizar zonas que especies de agua fría hayan dejado libres.

La pequeña almejita, junto con el pepinito de mar, al fin se tranquilizaron y alegres gritaron

–¡Viva, viva! ¡Nuestras especies pueden sobrevivir!



Aunque este relato no sea real, ya que los animales no hablan, nos da una enseñanza de algo que es verdad. Eso es que las especies marinas responden al cambio del ambiente con mecanismos biológicos tan complejos que han logrado evolucionar y perdurar por millones de años. Es decir, muchas tienen esperanza de sobrevivir ante el cambio climático; no obstante, cada uno de nosotros tenemos la posibilidad de contribuir con acciones que no contaminen nuestro planeta.

¡Fin!

SEMILLAS EN EL DESIERTO
Silvia Margarita Carrillo Saucedo
Ilustradoras: Gabriela Uribe Lizardo y Sarahí Alfaro Guzmán

SEMILLAS EN EL DESIERTO



¡Clap!, ¡clap!, ¡clap!, van las hormiguitas.
¡Clap!, ¡clap!, ¡clap!, pasito a pasito.
¡Clap!, ¡clap!, ¡clap!, bien formaditas.
¡Clap!, ¡clap!, ¡clap!, forman un caminito.

Sin distraerse muy trabajadoras,
cada una su carga lleva:
una semilla corona sus cabezas
y hacia el hormiguero van.

Bien ordenaditas
a su montaña entran
y cada hormiguita
su granito acomoda.

Entre túneles bajo suelo
su preciada carga
es almacenada
para tiempos difíciles.

Pero en las tierras áridas
las semillas almacenadas
además de alimento
son un tesoro para el desierto.

¡Chipi!, ¡chipi!, ¡chipi!, caen las gotas de lluvia.
¡Chipi!, ¡chipi!, ¡chipi!, se siente la humedad.
¡Chipi!, ¡chipi!, ¡chipi!, el tesoro despierta.
¡Chipi!, ¡chipi!, ¡chipi!, la semilla florece.



FILLIP... SE FUE DE PINTA
Silvia Ramírez Chávez (AylisRamírez)
Ilustrador: Luis Enrique Martínez Ramírez

Fillip se fue de pinta



Había una vez una niña llamada Lucía y su periquito australiano *Melopsittacus undulatus*. ¡Ay, qué difícil! Simplemente Filip para los amiguitos.

Filip nació una mañana de abril, de esas en donde el Sol calienta y resplandece hasta encandilarte. Imposible mirar el Sol manteniendo los ojos alejados de humedad.

Cuando Filip llegó a la calle Cascabel como regalo de cumpleaños de Lucía, su hermoso plumaje ya mostraba algunos de los bellos colores que caracterizan a estas aves: azul pastel difuminado hasta el blanco perlado entre negras líneas que resaltaban su vistoso cebrado.

Cada tarde, al salir de la escuela, Lucía llegaba hasta mí para jugar con Filip y abandonando la apacible soledad de nuestras mañanas salía de su jaula para revolotear por toda la habitación para trepar por los barrotes de la ventana y situarse en el cortinero. Pues has de saber que los periquitos australianos adoran hacer acrobacias en el aire, ya que esta actividad les ayuda a quemar energía manteniendo en calma su mente.



¡Ah! Si te contara las horas maravillosas que pasaban juntos. Filip se posaba en el hombro de Lucía, mientras ella reproducía las divertidas aventuras de Bely o cuando descargaba videos de Youtube. ¡Ambos sacaban sus mejores pasos! ¿Sabes por qué?, a los periquitos australianos les encanta desplazarse de un lado a otro sobre su palito de madera cuando escuchan la música que les agrada. ¡Es como si bailaran!

Caía la tarde, Lucía y Filip jugaban al tiempo que la frescura bañaba al barrio, el Sol había decidido dormir una siesta detrás de las nubes que le arrullaban contándole historias de gotitas inquietas.

Filip miró uno de mis espacios particularmente luminoso, cuyas ventilas descubrían una vista diferente de la escuela que varias veces había disfrutado a través de los cristales de mi gran ventanal que enmarca la recámara de Lucía.

Y no pudo evitar dejarse llevar por el suave viento que lo invitaba a experimentar el vuelo entre los frondosos árboles, atraído por el murmullo y múltiples verdores de sus pobladas ramas. . .

Cuando Lucía vio que Filip había desaparecido, comenzó a llorar amargamente y a gritar:

–¡Abuelita, Filip se me escapó! ¡Abuelita, Filip no está! ¡Vamos a buscarlo, vamos a buscarlo!



Abuelita y Lucía bajaron y comenzaron a buscarlo entre los árboles de la calle, lo llamaban: ¡Filip, Filip! Lucía, con los ojos inundados, comentó a los vecinos que su periquito azul se le había perdido.

Empezaba a sentirse una fría brisa que despeinaba los ligeros risos del cabello de Lucía, era como si la brisa pretendiera acariciarle su carita para amainar sus rasgos de tristeza. Entonces, regresaron a la tibieza de mi interior con el mayor desgano.

Lucía decidió contarle a mamá lo sucedido, suplicó por medio de varios mensajes con su entrecortada y afligida voz que regresara; su mami le pidió que esperara, que haría todo lo posible por llegar más temprano, le prometió que lo encontrarían y que pronto sus oídos volverían a escuchar su alegre canto.

Que de nuevo serían felices mirándolo comer, pelando y separando las cascaritas de sus semillas favoritas, disfrutando de sus pellets: alimento preparado con vitaminas, minerales y vegetales frescos como la zanahoria y el brócoli que tanto le gustaban.

Su abuelita, al ver a Lucía tan desanimada, hizo sonar una relajante música que invadió todos mis espacios, le preparó una ducha tibia y con delicadeza le sugirió que derramara sobre su piel el agua y las burbujas que tanto le agradaban para esperar con calma a mamá y salir por segunda ocasión en busca de Filip.

Mamá llegó con la respiración aceleradísima y cuando Lucía se reflejó en sus ojos, sus lágrimas se unieron desbordándose, al tiempo que de sus mentes estalló y de sus labios al unísono se desprendió la frase:

–¡Vamos por Filip! ¡Sí, vamos!

Lucía tomó un platito de comida y mamá la jaula. Corrieron a abrir mi puerta y cuando se disponían a bajar las escaleras, Lucía dijo:

–¡Vamos a la azotea!

Mamá aceptó con una sonrisa, pues le pareció una gran idea.

Entonces, ambas corrieron escaleras arriba y volando llegaron hasta el área de los lavaderos. Yo escuchaba sus pasos de una esquina a otra, gritando:

–¡Filip, Filip, Filip!

De pronto, mamá recordó que a su periquito azul pastel le fascinaba que lo llamaran con silbidos. Qué tenían un silbido único, con el que todos los días platicaban, se decían cuánto se querían y las locuras que imaginaban si pudieran alguna vez salir juntos a circunvolar por el vecindario y llegar a lo alto del Chimali, todo el día hasta sentir la nieve de los volcanes al desvanecerse la claridad.

Mamá lo llamaba sintiendo la desdicha de no haber sido invitada a su paseo, de que no hubiera cumplido la promesa hecha de que se irían Lucía, mamá y Filip de pinta.

En ese pensamiento estaba cuando mamá miró cruzar desde un alto pino atravesando la techumbre del patio de la escuela para alcanzar las ramas de un gran eucalipto a una bellísima ave azulada. Mamá exclamó en su mente.

–Es Filip. Sí, es él!



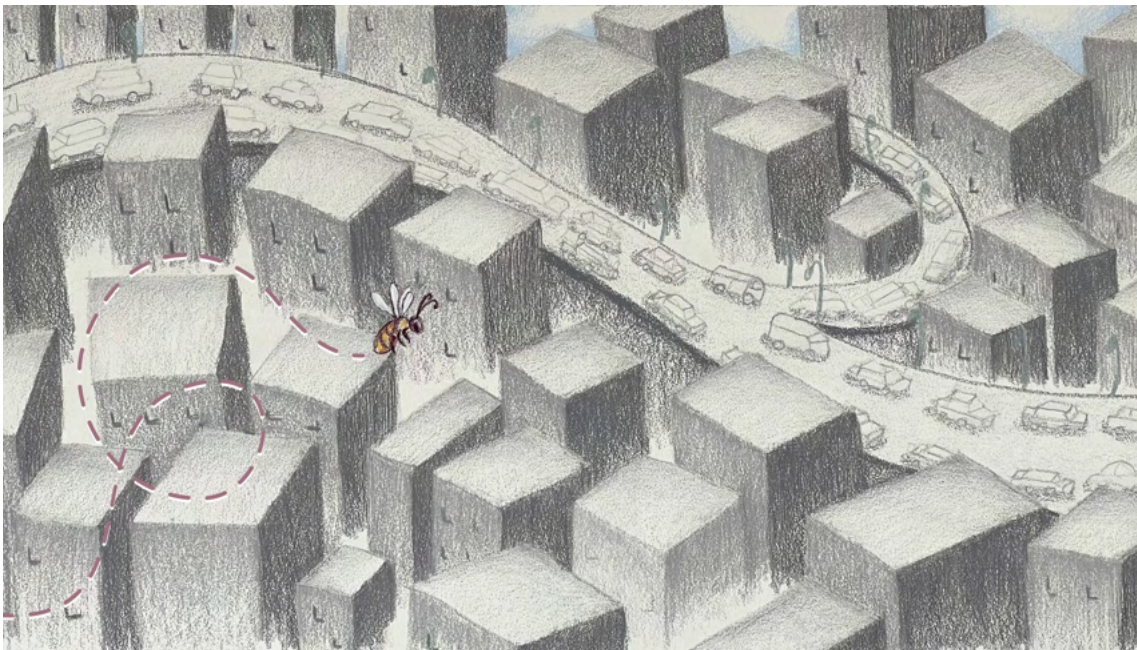
Lucía y mamá no podían creer lo que ocurría cuando lo vieron emprender el vuelo y titubeante llegar hasta uno de los lazos, justo en frente a ellas. Mamá mantuvo la jaula abierta con sus temblorosas manos, sus corazones se detuvieron por unos instantes, los latidos de los tres se reconciliaron y Filip. . .

ENTRANDO EN SU CASA, LES REGALÓ DE NUEVO SU AMISTAD.

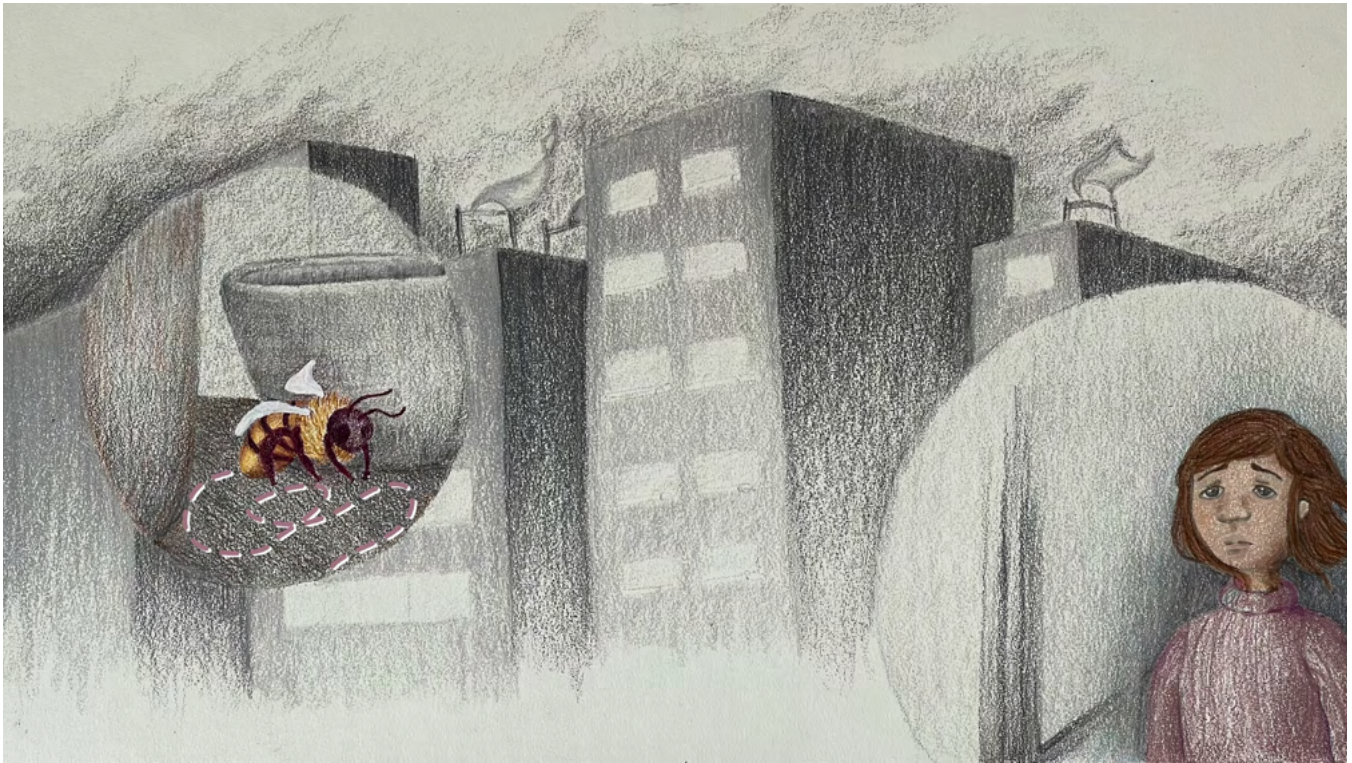
Lugares Verdes



Cada vez, encuentro menos lugares verdes, espacios con plantas y otros amigos insectos. Hay poca agua para beber, puede ser muy cansado recorrer este lugar. Eso me pone muy triste.



A veces, busco refugio entre maderas o huecos, otras me escondo entre cubetas y botes. Cuando hay tormentas, tengo mucho miedo y no sé qué hacer.



Afortunadamente hay quienes nos ayudan a mis amigos y a mí. En pequeños espacios por toda la ciudad han comenzado a surgir lugares verdes, llenos de flores y hojas.



Flores como las dalias, los cosmos, la salvia y otras plantas nos esperan ahí. Deliciosos olores y cálidas bienvenidas aparecen cuando llegamos a visitarles.

Gracias a ellos, los insectos tenemos más espacios donde podemos descansar, alimentarnos y resguardarnos.

CRECIMIENTO DE UN ÁRBOL
Patricia Valentina Carrasco Carballido
Patricia Eugenia Carballido Díaz
Autora e ilustradora: Valentina Luz Carrasco Carballido

Crecimiento de un árbol



Un señor, que estaba buscando algo que despertara su interés, se paseaba por las parcelas y de repente tuvo una gran idea y dijo:

–Este árbol me gusta para sacar unas buenas tablas, con ellas podría hacer una linda cabaña ecológica y ganar mucho dinero – mientras ponía su hacha afilada en el piso.

Una niña, que jugaba por ahí, le dijo:

–¡NO! ¡NO! ¡Un rotundo NO! ¡No puedes hacer planes con mi amigo!

El señor asombrado, preguntó:

–¿Cómo es que un árbol puede ser tu amigo?

La niña le explicó, con toda claridad, que ese árbol lo habían sembrado sus seres queridos el mismo día en que ella nació, así que han crecido juntos. Ambos han compartido aventuras, vivido momentos importantes, por lo que son cómplices y amigos en los años que llevan de vida.

–Ha crecido tanto este árbol, que ya me puedo trepar a jugar, disfrutar bajo su sombra y hasta comer sus ricos frutos. Incluso, un día una familia de pájaros hizo un nido entre sus ramas y pudimos escuchar a los pollitos piar hasta cuando llegó el momento de volar y abandonaron el nido.

–Después, descubrí a varios insectos merodeando sobre sus hojas. Por ejemplo, a un extraño insecto llamado “gusano canasto”, que finge ser un capullo de mariposa, pero que, en lugar de estar fijo sobre una rama, se mueve por todo el árbol para conseguir alimento.

–También, vi a una gata treparse al árbol para huir de un gato latoso que insistía en perseguirla. Y bajo sus raíces hay varias cochinillas y lombrices que aprovechan las hojas que caen, para transformarlas

en pedazos chiquititos que se pueden volver parte del suelo. Muchas cosas han pasado con este árbol que no dejaré que alguien venga a cortarlo.

La niña propuso que, en lugar de cortar árboles para construir cabañas, se podría ofrecer un espacio a las familias que quisieran sembrarlos para festejar y



recordar algún evento, que podrían crecer a la par que sus proyectos, ya fueran el nacimiento de sus hijos u otros motivos.

Sería una forma de atraer a las personas a disfrutar bajo la sombra que den los mismos árboles que ellos han sembrado y cuidado, desde que su proyecto inició. Y si muchas personas adoptaran esta acción como una tradición, un día cada familia tendría un bosque amigo a quien cuidar y querer, con el cual disfrutar para toda la vida.

El señor finalmente cambió de idea y ahora ofrece espacios para que la gente pueda sembrar. Curiosamente, las personas fueron eligiendo distintos tipos de árboles.

Esa gran diversidad atrajo una gran cantidad de animales. Muchos insectos llegaron y llevaron el polen de flor en flor, ayudando a la reproducción de las plantas por medio de la polinización.

También, hemos visto animales más grandes que mueven las semillas de un lugar a otro, generando que crezcan plantas en donde ningún humano las había puesto.

Lo que comenzó con unos cuantos arbolitos, ha ido creciendo y, felizmente, un día llegarán a conectar como corredores con las islas de bosques que aún nos quedan y así los animales podrán moverse con mayor facilidad entre ellos. Y como sucede con los proyectos chiquitos que, cuando se cuidan, crecen y crecen y se multiplican.

¿Y tú quieres un árbol que crezca junto contigo? ¿Te puedes imaginar subiéndote a sus ramas? ¿Disfrutando de sus jugosos frutos? ¿Qué tipo de árbol escogerías? ¿Cuál sería tu proyecto que crecería junto con tu árbol amigo?



RHIZO EL MANGLE

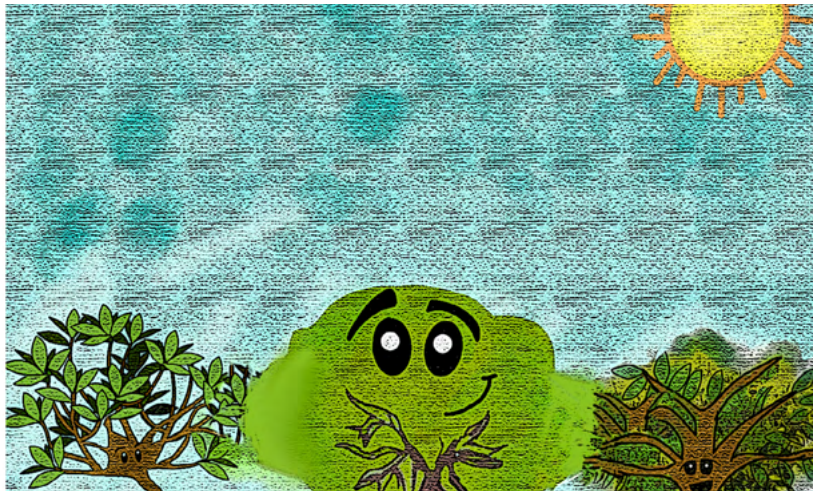
Había una vez un pequeño mangle llamado Rhizophora mangle. Su familia y amigos le decían Rhizo, ya que sólo medía un metro de altura. A diferencia de otros mangles, Rhizo se distinguía de ellos por sus raíces aéreas y su tallo rojizo.

Rhizo y su familia tenían la peculiaridad de crecer en distintas regiones y condiciones. Creció en las costas de Bahía Magdalena en el estado de Baja California Sur. Fue llevado ahí cuando apenas era un propágulo (tipo de germen) al lado de algunos integrantes de su familia y, aunque él no recuerda de qué lugar provenía, eran memorables las palabras de su abuelita:

–Tu misión es preservar nuestra especie y hacernos cuidar a nuestro querido país –le decía su abuela.

Aunque él era muy pequeño para entenderlo, decidió tener siempre presente esas palabras. A Rhizo le gustaba donde vivía por el clima frío de la región. Le gustaba admirar el paisaje y el ecotono (zona de transición de dos ecosistemas diferentes) entre la zona del manglar donde vivía con su familia y el desierto lleno de dunas y cactáceas.

A lo largo de su vida, Rhizo creció con muchos de sus integrantes de su misma especie y sus amigos, entre los cuales se encontraban otros mangles como Avicennia germinans la cual llamaban Avi, o Lagu (Laguncularia racemosa).



Cada inicio de año, Rhizo esperaba con ansias la llegada de su amigo Willy, una ballena gris que iba de vacaciones a visitarlo a Baja California Sur.

Conforme crecía, Rhizo fue descubriendo sus funciones en la vida. Trabajaba todo el día junto con su familia descontaminando el aire. Aunque a veces se aburría, pasaba los días trabajando.

A lo largo de que Rhizo crecía, comenzaba a sentirse triste al pensar que no tenía ninguna función de la cual los humanos podían disfrutar, por lo que un día les dijo a Lagu y Avi:

–Todas las personas usan a los árboles de tierra por ser grandes, se cuelgan y recargan en ellos, ¡se toman fotos y hasta comen al lado de ellos! Mientras que conmigo ni a tomar la sombra se acercan –decía Rhizo muy triste.

Mientras escuchaban, Lagu le contestó:

–Eres más importante de lo que crees, recuerda lo que te dijo tu abuelita –dijo Lagu.

–Así es, Rhizo, tal vez ahora no puedas ver lo importante que eres, no sólo para los humanos o para el país, sino para todo el mundo –decía un poco animado Avi.

–Tu importancia es tan grande que ni los mismos humanos la comprenden –replicó. Pasó el tiempo y en el mes de septiembre Rhizo se encontraba un poco más animado, ya que era temporada de lluvias, una de sus épocas favoritas.

Rhizo contento platicaba con Avi y Lagu mientras empezaban a notar que la marea subía. La lluvia y el viento arreciaban y el cielo se oscurecía por las inmensas y densas nubes que se posaban sobre ellos.

–¡Miren! La gente está corriendo asustada y gritando –decía Avi asombrada.

De pronto, el ruido de la lluvia y el viento era tan intenso que los tres mangles dejaron de escuchar lo que el uno al otro se decía. Sin embargo, se escucharon unas palabras:

–Todo va a estar bien, resistan –decía Rhizo

animado, aunque un poco asustado.

Rhizo y sus amigos comenzaron a adherirse fuertemente al suelo. Fue ahí cuando por algunas horas permanecieron callados al intentar resistir el impacto de la intensa lluvia y el viento.



En un instante, las calles se vaciaron y únicamente se escuchaban las ráfagas de viento y la lluvia chocando contra las paredes de las casas. Unas horas después, la lluvia empezó a ceder, los vientos eran cada vez menos fuertes, la marea descendía y el cielo empezaba a aclarar.

Rhizo observó que la aldea cerca de él había sufrido daños menores en las casas a pesar del pánico de la gente. En el paisaje sólo percibían algunas ramas y basura esparcida por las calles.

Días después, la vida volvió a la normalidad y Rhizo se encontraba jugando con Avi y Lagu, cuando de repente un antiguo amigo suyo que se paseaba por ahí se acercó a saludar. Era Canis latrans o cani, el coyote como todos lo conocían.

Cani, el coyote, empezó a contarle cómo se había refugiado él y su familia ante el huracán:

–Mi familia y yo nos refugiamos en una madriguera la cual construí lejos de la costa, para que no se inundara tan fácil, por lo cual salimos sanos y salvos –decía Cani, el coyote, un poco aliviado.

Además, contó que los daños que habían ocurrido en una aldea a unos kilómetros de ahí eran mayores a los de la comunidad donde vivía Rhizo. Cani explicaba que había muy pocos manglares, ya que los humanos solían cortarlos para obtener leña.

Esto provocó que los humanos tuvieran que abandonar la aldea tras el paso del huracán, ya que sus olas y vientos eran tan fuertes que ocasionaron la inundación del pueblo y la pérdida de muchas casas del lugar.



Fue un momento después cuando Rhizo empezó a reconocer su importancia en este mundo y de lo que tanto su abuelita le había platicado.

Era gracias a él y sus amigos que el huracán no había dañado las viviendas y, aunque los humanos no jugaban con él, era precisamente esa la forma de convivir con ellos, dejándolos crecer y no dañarlos. Fue ahí cuando Rhizo entendió la importancia de los manglares para la vida en la tierra.

Fin.

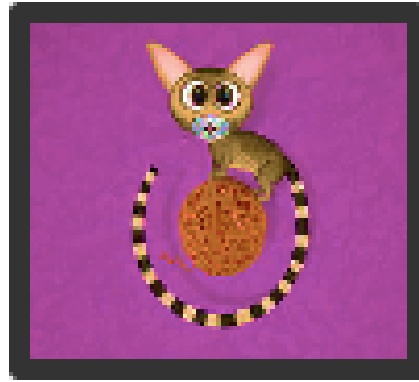


ALLÁ EN EL PARQUE VIVE UN CACO LLAMADO TLACO

Miguel Ángel Torhton Granados

Científico asesor: Juan A. Cervantes Pasqualli

ALLÁ EN EL PARQUE VIVE UN CACO LLAMADO TLACO



En el parque de Tlacoqueméc, entre árboles, arropado, vive un cacomixtle llamado Tlaco.

Le pusieron así unos vecinos que pensaron que era un gato. Otros que lo vieron, ya menos pazguatos, luego luego supieron que era un caco. Le dejaron Tlaco. Mitad cuerpo, mitad rabo.

En las noches Tlaco se anda paseando y en el día duerme casi todo el rato. No es que sea perezoso, ni valagardo. Es hábito antiguo de animales lunarios, que en el mundo aparecen cuando todos descansamos.

Por eso, tan pronto se pone oscuro, Tlaco camina sin rumbo en su barrio. No necesita la luz porque conoce todo el campo: desde el carrito de esquites hasta el puesto de tacos.

También, sabe sin fallo cada camino y hasta el último árbol.

Muy pocos humanos ven a los cacos. Se dice que trae mucha suerte verlos, mas nunca tocarlos.

Tlaco, aunque elegante de trato, es muy solitario. No es malo que sea tan huraño. Tan solo prefiere que todos la pasen muy bien por su lado.

Cuida por eso muy bien sus espacios: no acepta de cerca ni humanos, ni perros, ni algún otro caco.

Él pasa solito casi todas las noches del año.

Le gusta encontrar secretos profundos brillando en tejados.

La pasa saltando de uno a otro lado, buscando y buscando.

Va siempre detrás de manjares muy bien sazonados: ramitas de junípero y algún cucaracho. Otras veces sale de caza por un ratoncito asustado.

En la ciudad uno come lo que encuentra, no sea que falte mañana o pasado.

Los días que triste anda la primavera, a inicios de mayo, Tlaco, de tanto estar solo, se siente cansado.

Tras mucho pensarlo, sabe que ha llegado la hora de hallar una casa entre el bosque chilango.

Para eso le pide consejo a su cuate el tlacuacho, en todas las áreas un sabio.

Gran conocedor en rentas y rastros, muy seguro sugiere tres barrios.

Tlaco, que es entendido y bien franco, a su buen consejo hace caso.

Emprende veloz su camino a buscarse un espacio.

Busca primero su casa en la estatua del mago, pero ahí ya cortaron el último árbol.

Según supo Tlaco, destruyeron la zona ambiciosos gabachos.

Eran de allá, de acá o incluso tal vez de otros lados.

Sigue buscando en el jardín del Tamayo.

Allí le sorprende que no hay perros, ni gatos.

Nomás 100 vecinos ya muy asustados.

Por fin, fatigado, el caco se sigue a la calle Dakota, detrás del mercado.

Cual dicta el mandato, sin nunca esperarlo, se topa con Placa, una caco muy guapa.

Placa y Tlaco muy pronto se encuentran sus tratos.

Comparten la casa detrás del mercado, un nido adecuado, los días y noches que dura el encanto.

Dos lunas pasaron. En la madriguera nacieron cachorros de cacos.
Son cuatro. Placa, la madre, se queda a cuidarlos.
Tlaco se sigue él solito a explorar otros barrios.

Esa es la historia Tlaco, tu vecino, el buen caco.

Vuelve siempre a Tlacoqueméc cuando muere el verano.
Él sigue aprendiendo de esta ciudad todo el rato.
De tanto que sabe, la noche, ella entera, está a su cuidado.

Debajo del cielo estrellado, los cacos contemplan futuro y pasado.
Llegaron aquí hace años, cuando en vez de ciudad era un lago.
Seguirán todavía, aunque el último humano se haya marchado.

Por eso, en el día, es nuestro turno cuidar a los cacos.
Es fácil poder ayudarlos: no les ofrezcas comida de humano. Cuida sus parques, sus
verdes espacios.
No dejes nunca que corten ni un árbol.

En esta ciudad, los cacomixtles son amos.
No importa la hora ni el barrio: la ciudad vive y cambia cuando vigilan sus calles de
noche los cacos.

LAS HISTORIAS DEL MAESTRO MEZCALERO

Ivan Nabor Terres Mata

Científica asesora: Liliana Márquez Benavides

Ilustradora: Maria Fernanda Centeno Roque

LAS HISTORIAS DEL MAESTRO MEZCALERO



Los tiliches somos personajes muy famosos, nacemos en Putla, Oaxaca, que es un pueblecito en la Costa, muy cerca ya de Guerrero. Somos muy famosos, tanto como el mezcal, no bueno, el mezcal es más famoso y más sabroso. Jejejejeje, pero el punto es que somos populares, pero entre nuestras telas multicolores y majestuosos agaves, también se cuentan historias... como esta que les voy a contar.

Mi historia inicia en un pequeño pueblo de Oaxaca, Tlacolula, con el maestro mezcalero... porque ¿ustedes saben que es un maestro mezcalero, no? Es tan básico como saber de qué color son los agaves, para quien no sepa le voy a decir, porque no quiero que nadie pierda detalle de esta historia.

El maestro mezcalero es el que sabe desde donde se consiguen los agaves silvestres para la producción del mezcal, el tiempo de cocinado de las piñas en los hornos para hacer mezcal, la molienda, en fin, hasta cómo echar la lumbre para destilar este líquido.

Este maestro se llamaba don Tacho y era un abuelo sabio y de memoria privilegiada, recordaba olores, sabores y texturas... de todas las comidas y bebidas, principalmente las que le había hecho su mamá cuando era chiquito y todo eso lo guardaba como un tesoro en los rincones de su arrugadito, pero ardiente corazón.

Don Tacho ya era muy grande y presentía que pronto tendría que dejar todo su conocimiento a alguien. Y ese alguien era su nieto, un chiquillo llamado Julio que sólo tenía 12 años, justo la edad a la que don Tacho había empezado a trabajar con el mezcal.

Don Tacho llevó a su nieto a donde crecían los agaves y comenzó a instruirlo sobre los tipos de agave, cuanto tiempo tardaban en madurar, cuáles eran los más viejos y cuáles los más sabios. ¡Ah!, no me miren así... los agaves tienen vida propia y también hay aquellos que son sabios, como don Tacho y como por ejemplo Tata Tepextate.



Tata Tepextate tiene a su nieto, que es un agave joven y desparpajado llamado Cuixe. Tata está muy preocupado, pues su historia pareciera estar a punto de desaparecer, ya que la forma de que hubiera otros como él depende de las semillas, así que su conocimiento tiene que ser pasado a otras generaciones como su nieto Cuixe, pero éste es más bien despreocupado y ni siquiera entiende qué es un legado...

¿Porque ustedes sí saben qué es un legado, no? Muy bien, pues por el bien del cuento les diré que un legado es aquello que se transmite de padres a hijos y no sólo puede ser material como una casa, sino también como el conocimiento de las fórmulas mágicas para producir en mejor mezcal, labor que ocupa a nuestros dos protagonistas.

Tata Tepextate le dijo a su nieto:

–Tienes que ocuparte de que los demás sepan cómo prepararse para hacer el mejor mezcal, el más fino, como el que se produce en los Valles Centrales de Oaxaca. Tienes que saber que cuando hay Luna llena es el mejor momento para producir el mezcal más dulce y que los murciélagos y los colibríes nos ayudan a esparcir nuestras semillas, para que haya más de nosotros.

–Está bien –dijo Cuixe

–Pero seguiré divirtiéndome viendo cómo el aire juega con mis pencas –así que sea, mi despeinado nieto –dijo el tata.

Muy bien... cabe hacer la aclaración que Cuixe viene de una palabra zapoteca, que quiere decir persona despeinada. De esa forma se les dicen a los agaves que tienen por nombre científico *karwinskii*.

Por otro lado, don Tacho también transmitía su conocimiento a su nieto...

–Debes apreciar la complejidad de sabores que persisten en la boca y cuánto duran. Debes evaluar el equilibrio de los elementos como dulzura, amargor, calidez y la expresividad que cada sabor tiene; todos los elementos tienen algo que expresar.

–Debes saber cuándo se debe quitar el quilete para que el agave produzca más miel y cuándo dejarlo para que haya más semillas.

Los dos viejos y sabios finalmente lograron transmitir su legado, y después de la última Luna llena ambos partieron al Mictlan juntos como compañeros en esta hermosa tradición que aunque el mezcal es sólo para mayores de edad, los niños nos podemos divertir escuchando estas historias de los abuelos mezcaleros.



NUESTRO BOSQUE ESTÁ CAMBIANDO

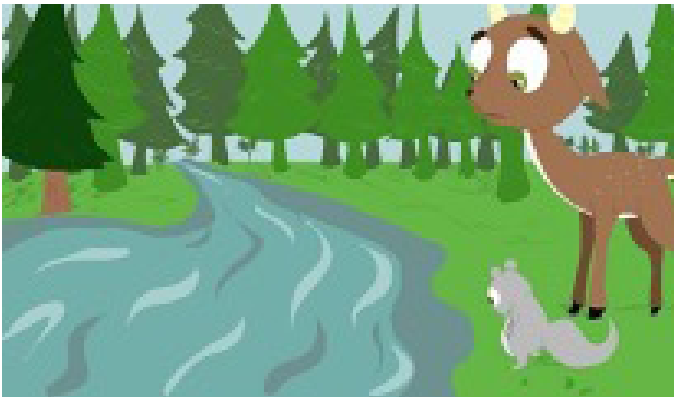
Guadalupe Pacheco Aquino

Víctor Aguirre Hidalgo

Ilustrador: Christian Carreño Rojas

Nuestra bosque está cambiando

Había una vez en un bosque, dos amigos inseparables, Tama, un joven y hermoso cervatillo con pequeñas manchas blancas, y Calvin, una curiosa ardilla con pelaje café y ojos saltones. Ellos se conocían desde muy pequeños y todos los días se reunían para jugar con otros animales del bosque alrededor de los manantiales cristalinos cercanos a sus madrigueras.



Un día, no encontraron su manantial preferido con las aguas cristalinas; en su lugar había una zona casi seca, con un agua muy sucia.

Entonces, Tama muy preocupado dijo: “Calvin, ¿qué ha pasado ¿Es mi imaginación o nuestro manantial se ha vuelto más sucio y lo veo más pequeño?”.

Calvin, un poco distraído, contesto: “Tienes razón, parece que este manantial se está secando y era tan limpio que hasta podíamos beber agua sin sufrir dolor de panza, creo que debemos investigar qué es lo que está pasando”.

Fue así como decidieron hacer un viaje hacia las montañas, para saber la causa de esa situación. Conforme avanzaban, veían que había árboles que perdían su color verde esmeralda característico,



algunos tenían un color verde alimonado, otros cafés y otros casi rojizo. Después de muchas horas caminando, se encontraron a un pino muy alto, de gran fuste y con una copa hermosa, pero que estaba cambiando de color y se veía ya muy débil.



Calvin, tuvo que subir rápidamente hasta su copa para poder platicar con él. Entonces le dijo: “¡Heyyy! ¡Despierta! ¿Cómo te llamas?”

El árbol le dijo: “Hola, pequeña ardilla, yo me llamo Frondoso y he vivido en este bosque por más de 100 años”.

Entonces Tama, desde abajo, gritó: “¿Qué te está pasando, Frondoso?”

“Realmente no sé qué es lo que me pasa, pero hace unos días muchos escarabajos llegaron a vivir en mí, he querido hablar con ellos para decirles que se vayan, pero ninguno me hace caso, están muy ocupados comiendo mi tronco y mis ramas”.

Entonces, Tama miró hacia otro árbol y dijo: “Miren, ahí está uno de esos escarabajos, se ve que ha comido mucho, casi revienta de tan gordo que se ve”.

Dirigiéndose al escarabajo, Tama le dijo: “¡Hey! Escarabajo, cuéntanos qué está pasando”.

El escarabajo casi emprende el vuelo para escapar, pero Calvin muy veloz lo pudo atrapar y le dijo: “Así que tú y tu familia son los que están ocasionando todo esto”.



¡Están matando a todos los árboles de este bosque! El escarabajo, que se llamaba comelón y que en realidad era muy pequeñito, algo temeroso contestó:

“En verdad, lo siento, tampoco nosotros entendemos nuestro comportamiento.

Un día empezó a hacer mucho calor y nuestras familias empezaron a aumentar, teníamos muchos hijitos y nos vimos en la necesidad de buscar más y más comida".



Entonces frondoso dijo: "Es cierto, antes estos escarabajos y los frondosos convivíamos armoniosamente, sólo se alimentaban de nosotros sin hacernos un daño mortal y casi siempre comían árboles viejitos y enfermos.

Cuando los comelones llegaban, nosotros producíamos resina como defensa y ya no nos lastimaban. Pero ahora, ya no tenemos mucha agua y no podemos producir resina para defendernos y por eso morimos".

Comelón, ya más tranquilo, dijo: "La sequía ha traído muchos problemas al bosque, si van hacia el norte, podrán descubrir qué la está causando".

Calvin bajó del árbol y siguió su travesía con Tama. Al seguir caminando, vieron que muchos Frondosos se encontraban en el suelo. Tama, apresurado llegó a uno de ellos para preguntarle que les había pasado.

Entonces, Frondoso contesto: "Vinieron vientos muy fuertes que lograron tirarnos a mí y a muchos de mis amigos, por lo que ya no hay más árboles que protejan a las plantas más pequeñas, el suelo se está secando al recibir los rayos del Sol de manera directa y el agua se pierde sin que podamos aprovecharla. Estamos sedientos".

Al seguir caminando, Tama y Calvin vieron áreas chamuscadas y árboles quemados. Caminado un poco más, se encontraron a un árbol muy asustado. Era otro Frondoso, que les dijo: "Tuve suerte que el fuego no llegara hasta aquí, cayó un rayo y encendió el pasto seco hasta que quemó a muchos de nosotros. Este camino amplio, evitó que el fuego llegara hasta aquí".

Así Calvin le dijo a Tama: "Al parecer, hay muchos cambios en el bosque y todo eso seguramente afecta a nuestro manantial favorito, pero creo que no es la única causa".

Cuando llegaron a lo alto de la montaña. Tama y Calvin vieron lo que está pasando. Había un lugar habitado por seres de dos patas, que tenían

un comportamiento muy extraño, quitaban bosques y selvas. El atardecer era más rojo de lo normal y comprendieron la causa de que hubiera más calor y que su bosque estuviera enfermando. Así que tomaron una difícil decisión para sobrevivir.

Tama se recostó en una colina y le dijo a Calvin: "Amigo, tendremos que buscar otro bosque donde vivir porque en este ya no habrá más agua".

Entonces, Calvin dijo: "¿y dejar a todos nuestros amigos y nuestras madrigueras?"

Tama dijo que sería la mejor opción y Calvin, con la mirada triste, aceptó. Así, los dos amigos emprendieron el viaje. Caminaron por muchos días, hasta que finalmente encontraron un lugar en donde los seres de dos patas eran diferentes, ellos tenían un especial cuidado con sus bosques.

A pesar del calor que existía en todo el planeta, ellos evitaban que los incendios se expandieran cuando ocurrían fuertes vientos, quitaban a los árboles caídos y llevaban arbolitos nuevos.

Asimismo, cuando encontraban a muchos comelones, ellos quitaban rápidamente a los árboles enfermos, para que no se enfermaran los demás y así mantenían sus manantiales limpios y con suficiente agua. Tama y Calvin pudieron conocer nuevos amigos y aprendieron muchas más cosas sobre el bosque.

Reflexión: Muchos bosques están enfermando como consecuencia del cambio climático, pero en México muchas comunidades están realizando esfuerzos por seguir conservándolos.



UN BUEN TRATO ENTRE HORMIGAS Y PLANTAS

Autora e ilustradora: Nancy Vargas Cortés

Científica asesora y autora: Karina Boege Paré



Encontrar un hogar no es fácil, y menos uno con hospedaje y alimentación incluida. Por eso, las hormigas reinas de ciertas especies en zonas tropicales buscan plantas muy particulares, como las Acacias, que son plantas también conocidas como cornizuelo.



Cuando por fin las reinas encuentran el hogar perfecto, se instalan dentro de en las espinas, que tienen forma de cuernitos, para iniciar una colonia. Pero las plantas de Acacia y las hormigas tienen un trato...



La Acacia provee de refugio y deliciosos alimentos para las hormigas: néctar con azúcar servido en unas copitas (o nectarios extraflorales), y bolitas de alimento con mucha proteína (cuerpos alimenticios).



A cambio de este banquete, las hormigas ofrecen protección a la planta en contra de los herbívoros y de la invasión por lianas trepadoras. Patrullan una y otra vez los troncos y hojas de las plantas en búsqueda de indeseables inquilinos, a los cuales echan fuera o se los comen.




Así, las plantas viven sin enemigos naturales, y las hormigas aseguran casa y alimento en su planta-hogar. ¡Un buen trato para ambas!



A este intercambio de favores o “servicios”, los científicos y científicas le han llamado

MIRMECOFILIA



En el mundo la mirmecofilia se conoce en 465 especies de plantas y es común sobre todo en regiones tropicales. Sólo en América se conocen 250 especies de plantas mirmecófitas. ¿Has visto alguna?



SCME
SOCIEDAD CIENTÍFICA
MEXICANA DE ECOLOGÍA

